

Contemporánea

**BELÉN  
GOPEGUI**

**La escala de  
los mapas**

DEBOLSILLO

# **La escala de los mapas**

## **Belén Gopegui**

**DEBOLSILLO**

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

## Índice

Cubierta

La escala de los mapas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Capítulo 39  
Capítulo 40  
Capítulo 41  
Capítulo 42  
Capítulo 43  
Capítulo 44  
Capítulo 45  
Capítulo 46  
Capítulo 47  
Capítulo 48  
Capítulo 49  
Capítulo 50  
Capítulo 51  
Capítulo 52  
Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

*A la memoria de Miriam*

Si un hombre pequeño nos besa la mano y acto seguido empieza a describirnos una manivela, ¿qué hacer? Dada mi actividad profesional, no deberían plantearseme estas dudas. Admito, sin embargo, que durante los primeros minutos Sergio Prim me confundió. De pie frente a mí, hablaba de la pequeña pieza. Su voz grave, estremecida, porosa, fluía con una lentitud inusual en este tipo de pacientes. Era bastante más bajo que yo. Sus brazos se movían en una capa inferior del aire, quizá por eso apenas me fijé en ellos. El recuerdo, en cambio, destaca ahora ese manoteo de ilusionista tímido, única nota disonante en el reposado aspecto del señor Prim.

—Frente a mi mesa de trabajo hay una ventana que da a un patio interior —dijo en tono reservado—. Es una ventana antigua: marco de madera, falleba negra, vidrio esmerilado y amarillo. La falleba se abre haciendo girar una manivela que termina en un remate circular, digamos un punto grueso. Si ahora le pido ayuda es porque tal vez decida irme a vivir ahí.

Conduje al señor Prim a mi despacho. El cielo se había oscurecido como si estuviera a punto de empezar a llover. Sergio carraspeó circunspecto y se instaló en uno de los sillones grandes que heredé de mis abuelos. Encendí una lámpara baja situada en el otro extremo del cuarto; su círculo de luz no nos tocaba. Antes de retirarme tras el ancho tablero de mi mesa, le ofrecí un cigarrillo que no aceptó.

—¿Así que piensa irse a vivir a su oficina?

Sonrió melancólico.

—No, no. Lo importante no es la oficina sino la manivela. Aunque, de todos modos, la manivela es sólo una posibilidad. Hay muchos más puntos, huecos,

si no tiene inconveniente los llamaremos huecos. Me dirá que no hay nada malo en frecuentar unos cuantos huecos de vez en cuando. Tiene razón, tiene razón. Pero verá —el brazo de Sergio Prim cayó sobre el sillón con inesperada contundencia—, mi problema es que yo los necesito. Son el único modo que tengo de pararme. Esta misma tarde, si no hubiera sido por un hueco, seguramente no habría llegado aquí, no estaría conversando con usted porque le habría roto los auriculares al muchacho del microbús.

Me incorporé, moví unos papeles de sitio intentando disimular mi conmoción. Muchos años atrás había venido a mi consulta, aquejado de un problema parecido, Julio Bernardo Silveria. Su caso cambió el rumbo de mi tesis doctoral, así como también la biografía de mis afectos.

—Me ha tocado sentarme —proseguía Prim— justo detrás de un joven que llevaba puestos esos minúsculos artefactos de escuchar música por su cuenta. La situación era ridícula. Los cascos dejaban escapar la suficiente cantidad de sonido, moderno, monótono, ya sabe, para perturbar a los pasajeros más cercanos, y ni siquiera permitían apreciar la música naturalmente. Entretanto el joven, indiferente a su estruendo particular, tan pronto daba cabezadas como miraba las páginas de colores de una revista. Yo iba pensando en Brezo y aquel nudillo no hacía sino aumentar mi desazón. Entonces tuve una pequeña fantasía de maldad. Me vi tomando delicadamente los dos extremos de la aureola del joven, separándolos poco a poco hasta formar una línea recta... y ¡clac!, los auriculares rotos.

—Pero se contuvo —intervine con fingida distancia.

—No exactamente. Busqué un hueco. Lo encontré en la tela del abrigo de mi compañero de asiento. Y durante el resto del viaje moré allí. Mirar, morar. Como ve, una simple vocal puede trastocar la vida de un hombre.

Prim acercó el sillón, se inclinó hacia delante y su figura cobró fuerza. Tenía esa clase de complexión que se ve favorecida estando su dueño sentado y, a poder ser, tras un obstáculo que oculte lo desproporcionado de su estatura.

De su cuello bajaban hacia los hombros dos líneas breves. En cambio su rostro, por una jugarreta del destino, parecía concebido para coronar el uniforme de un apuesto correo del zar: ojos de zorro sorprendido, nariz recta, pómulos de triángulo equilátero; en la cabeza, rizos oscuros y, a la sombra de un ancho bigote gris con destellos blancos, labios del tono rojo pulido de una manzana de cera.

—Tal vez quiera saber por qué escogí la tela de un abrigo —añadió suavemente—. Todavía no puedo darle una respuesta. Según he comprobado, los objetos esconden una concavidad invisible. Pero aún no sé si nuestra capacidad para detectarla depende de alguna característica común (si los objetos están comunicados entre sí), o bien del estado en que uno se aproxime a pedirles protección. Lo cierto es que he comenzado a escribir un tratado sobre el asunto.

—La idea es interesante —le animé. Más de una vez, al principio de mi carrera, sufrí la desdicha de ver cómo un juicio apresurado, una sombra de indiferencia o desdén, abatían sin remedio a hombres con ilusiones de niños. Desde entonces pongo especial cuidado en no desalentar a los pacientes que voluntariamente deciden emprender una tarea. En este caso, sin embargo, me movía un interés espurio, así el fotógrafo retrata la bala que va a matarle.

Sergio Prim se arrellanó en el sillón y disparó los ojos hacia el final del techo. Desde allí, con acento distante, me reconvino:

—No es tan fácil. ¿Sabía usted que el primer mapamundi conocido, el de Anaximandro de Mileto, data del siglo VI antes de Cristo? Hubo un tiempo, exagerado y absorto, en que nuestro planeta existió sin mapas. Si un hombre quería representar una región de África en un plano, tenía que ir allí. O bien fiarse de los informes, memorias y relaciones que traían los exploradores. Mi situación es la misma. Para escribir un tratado del hueco (todos los puntos pertenecen a un único hueco) es imprescindible ir a él. Aún no hay mapas y los escasos testimonios de gentes que dicen haberlo frecuentado son hartos

imprecisos. Así que mi «idea interesante» —repitió dirigiéndome una mirada de reproche— significa que debo emprender una expedición. Que a mis treinta y nueve años debo salir en pos de un paradero desconocido. ¿Se da cuenta? Aventurarme por regiones ignotas con este cuerpo endeble. Y no crea que empleo el adjetivo a la ligera. A lo largo de mi vida he sufrido tres roturas de fémur, dos de cúbito y una de metatarso. A menudo los músculos me tiemblan sin motivo, me dan vahídos de debilidad y siento que voy a disgregarme en el aire.

Como si pretendiera demostrármelo, Sergio Prim empezó a maniobrar con su gabán oscuro. Debajo apareció un jersey de lana entre beige y rosado por cuya boca asomaba el borde de un cuello de camisa azul. Sergio Prim tenía, en efecto, el torso escurrido, si bien no podía decirse que estuviera flaco. Lo cierto es que sus palabras, unidas a la pulcritud de su atuendo —el ángulo recto que trazaba la raya de sus pantalones, la superficie acendrada, cremosa, de su jersey—, me hicieron suponerle un cuerpo vulnerable, delgado como una lámina, casi ficticio.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señor Prim? —pregunté con el secreto temor de que el asunto del hueco fuera sólo una obsesión transitoria.

—Yo desearía saber qué pasará con Brezo, la Esfumada —dijo despacio—. Desde hace una semana sus ojos vuelan como murciélagos, chocan con las paredes, dan vueltas y vueltas sobre alas de imaginarios ventiladores en todas las habitaciones donde estoy.

Sergio Prim fue hacia la ventana. Al abrirla, las cortinas de moaré se agitaron con el viento y la lámpara se tambaleó. Había empezado a llover. Me tomé un descanso de dos o tres minutos, escuchaba la lenta marea de la lluvia. Pero Prim me interrumpió:

—Por cierto, ¿le he dicho ya que me persiguen?

El comentario me hizo reaccionar. Podía haberme topado con uno de esos tipos que se dedican a leer libros de psiquiatría, apuntan los síntomas en una

libreta, los repasan y luego vienen a molestarnos. Una vez mi amor había enviado a un sujeto así para espiarme. Le observé recelosa. Su jersey claro se confundía con la tela color mejilla de las cortinas. Sergio Prim estaba de espaldas, asomado a la calle. Esférica, nocturna, su gran cabeza resaltaba. En aquel momento cerró la ventana y el cristal reflejó su rostro. Me tranquilicé. Sergio Prim tenía la expresión grave y no mentía.

Sergio Prim no mentía porque yo soy Sergio Prim.

Nunca hasta ahora he revelado mis estratagemas, me siento turbado, desearía borrarame con una goma de nata mientras ustedes toman conciencia del ardid.

Reaparecer en el párrafo siguiente. Siempre fui precavido. Daba las gracias por aquello que no merecía gratitud y pedía perdón por gestos que en ningún modo podían comportar una ofensa. Pues bien, no me importa hacerlo una vez más: por favor, discúlpeme o, al menos, acepten una explicación. ¿Con qué talante iban a leer estas páginas si las hubiera empezado diciendo: «Mi primera visita a la psicóloga transcurrió...»? Ustedes pueden no estar de acuerdo con mis conclusiones, pero sería un error que las invalidaran en virtud de que yo, su artífice, soy un desequilibrado. No, no. No. Yo tenía un proyecto del que la psicóloga formaba parte y por eso fui a verla. Ella debía proporcionarme la base científica, piedra de toque o roca silícea de color negro contra la que yo frotaría el oro de mi imaginación. Desde hace tres días, sin embargo, se han precipitado los acontecimientos y he venido a parar a este retículo cero de la Tierra, lugar exento de equivocaciones cuyo retrato me incumbe como una deuda de honor, como una última responsabilidad. Son las ocho de la tarde. Fuera, las mimbreras se entregan a las sombras con un escalofrío. En el salón de abajo alguien pone un disco de habaneras; la música se filtra por los corredores. Yo me enrosco la bufanda en torno al cuello, abro la ventana, exhalo su nombre, «Brezó», y lo dejo flotando por el aire como un aro de humo iridiscente.

Heme pues aquí. Réplica vana del genio de la estrategia que hubiera debido desempeñar esta misión, preparo la distribución de mis tropas con el celo exquisito de quien sabe que perder o ganar no está en su mano. En una

habitación de hotel, sobre una mesa extraña debo trazar los mapas y dar las órdenes finales a una guerrilla proscrita y sublevada que soy yo mismo. Ah, Brezo provocadora, ¿por qué induces a esta imaginación desorbitada, la induces y me induces, nos induces a trepar por las vallas cuando no somos ágiles, a recoger una afrenta y batirnos en duelo cuando no somos insolentes?

Verán, yo encontré a Brezo en una suposición. Era de noche y llovía, las luces rojas de los frenos, blancas de los faros, naranjas de los intermitentes, formaban una coreografía de reflejos cambiantes sobre el asfalto. Estábamos en octubre, pero a mí me vino a la cabeza el ambiente de hileras de bombillas y árboles encendidos que hay en las Navidades de Madrid. Inmediatamente pensé: A lo mejor ha vuelto, pues cada año, estuviera donde estuviera, Brezo regresaba para pasar la Nochebuena con su padre viudo. La imaginé camino de su casa por la calle de Alcalá e imaginé que ella reconocía mi silueta bajo el alero de la parada del autobús. Supongamos, me dije, que ahora notara sus finos dedos fríos tapándome los ojos. ¿Qué haría? En aquel momento, el 9 abrió sus puertas y apareció Brezo. Escoltada por una piña de viajeros, se bajó del autobús. La vi cruzar rápidamente mientras el semáforo parpadeaba y yo me debatía inmóvil, atónito, como atrapado y suspendido dentro de una sola «ó» gigantesca, cuanto más acentuada más temible. Los coches circulaban de nuevo cuando conseguí romper el maleficio, pero yo eché a correr encomendándome al hombrecito rojo y alcancé la otra acera sano y salvo. Corrí cuesta arriba, tamaña imagen grotesca, ¡a mis años!: zapatos de pato sobre los charcos, brazo izquierdo alzado con paraguas en ristre, corrí con el desorden que imprime la premura hasta casi tocarla y le habría tapado los ojos si no se hubiera vuelto antes de tiempo.

—¡Sergio Prim! —Te reíste, endemoniada geógrafa de ojos color de cáscara de nuez.

—Brezo Varela —tartamudeé yo mientras te albergabas bajo mi paraguas y

tomabas mi brazo, desenvuelta. «Brezo —y esto no te lo dije—, socórrrete en portátil soportal.»

Han pasado cuatro meses inconcebibles. ¿Ven esa bici sin frenos que corre por el camino de arena cuesta abajo? ¿Ven al caballero que la conduce pálido, con las manos en los oídos, los pies en aspa y el tronco tremolando sobre el sillín? Si se aproximan un poco distinguirán mis rasgos. Y les confieso que aquella noche, cuando caminaba del brazo de Brezo, no hacía otra cosa que cerciorarme de que los frenos no iban a funcionar.

Un hombre da un paso y no ocurre nada. Un hombre cruza el umbral de la misma puerta 14.637 días. Y el 14.638 descubre un ciervo enramado bajo el dintel. Diez años me he pasado viendo a Brezo sólo durante las vacaciones, asistiendo —yo su oyente, yo su mentor— a resúmenes de su vida, obsequiándola con episodios inventados de la mía, a qué aburrirla con la verdad. Como habrán adivinado, mi historia con Brezo no es más que otra versión de la del ciervo. Escuchen. Un hombre camina solo hasta llegar a perder la noción del número que marca su soledad. Anochece y ese hombre camina cogido del brazo de la mujer que ama. Ella levanta la cabeza, le mira; luego coge su mano, ríe. Y el hombre no sabe qué hacer. Me dirán: besarla. Oh, sí, besarla, pero el sexo es fugitivo, señores, la pasión azarosa y quién soy yo para abrigar un cuerpo. La besé, pese a todo.

Brezo subió a mi casa, miró por los balcones y se dejó acariciar el costado como un pájaro. Aún no serían las nueve, mi cuarto tenía la penumbra de los letreros luminosos. Me desnudé primero y ella estaba dócil y hermosa mientras se desprendía de la camisa blanca. Ver sus hombros, su agilidad de experiencias inciertas. Delgada, proporcionada, se tendió desnuda como si quisiera ser una figura para mí: no Brezo, no su historia, sólo una figura ofrecida, los brazos prolongando la línea de su cuerpo, mi mano por su espalda y mi estupor. ¿Por qué me había elegido, por qué después de tantos años? Soy un hombre pequeño, tengo hombros de boxeador antiguo y la piel pálida. Mirarla a ella era no percibir ni un solo silencio, como si por fin fuese posible imaginar un espacio sin monstruos agazapados, sin recuerdos

contritos, como si hubiera yo perdido el miedo a tropezarme entre una baldosa y otra baldosa, a hundir mi mano entre un fragmento y otro de aire.

La acaricié con pausa, al principio ella temía el arrebató y yo la protegía, yo le preguntaba por cada gesto mío insólito, me esmeraba para provocar un ronroneo apacible en aquel cuerpo hasta que lo vi despertar plenamente al deseo, alzándose como una aparición sobre mi cuerpo extraviado, mis ojos conmovidos, y ella existió en mí. Yo la llenaba y ella respondía con un gemido igual a una burbuja de luz, la sonrisa en el éxtasis, Dios, qué le había ocurrido a Brezo taciturna, Brezo umbría, Brezo ensimismada y sería para estarme sonriendo a mí de aquel modo. Soñaron mis manos en sus pechos pequeños, la besé con incredulidad, indefenso ante su indefensión que se entregaba, pero creciéndome como un hombre dichoso mientras su espalda era el tiempo y en sus muslos ondeaban otros años de mi vida, los que no supe, años durante los que no paseé reconcentrado y mudo al hilo de las vallas de un patio de colegio, años en los que nadie sometió mi deseo, sino que cada acto cometido era evocable eternamente, porque era bello y bueno y feliz. Tan cerca, el blanco de los ojos que se asombraron conmigo tan cerca. Tan cerca y su clavícula cabía en mi mano. Tan cerca y sus cabellos se perdían-me perdían cuando yo la besaba hasta dejarla tendida, pradera de mujer. Todavía miro y veo en sus pezones rojos una alarma llamándome, veo la sensualidad volcada sobre mi cama al solo objeto de entretener las horas. Pero si yo soy un escéptico, pero si yo he instaurado mi soledad como un salvoconducto, qué hizo de mí aquel rostro bellamente enajenado por causa de mi cuerpo. Yo era lo ajeno y ella me habitaba cuando la oía decir estoy desfallecida, labios rientes, qué me hiciste, loca, qué me estás haciendo.

Cuando ella se fue —madrugada vana y disuelta—, cuando el taxi blanco desapareció, busqué instintivamente el olor de Brezo entre mis ropas. Embobado, medía el ancho de la acera en todas direcciones, murmurando: «Qué cosas me pasan». Al fin me metí en un bar inglés. Recuperé el sentido;

me vino la zozobra. Pedí un ron añejo aunque no suelo beber y menos frecuentar ese tipo de local espumoso, con botones cosidos al cuero rojo de los sillones y gruesos posavasos de cartón. No era la ausencia de Brezo lo que me conturbaba, sino el temor. ¿Qué iba a hacer ahora con ella? ¿Cómo iba a comportarme cada día? Dejarse acompañar es un arte que yo no he cultivado. Jamás supe cómo conciliar mi estado de reposo, mi convalecencia íntima en una habitación del mundo iluminada sólo por la pantalla de una lámpara, con el aliento brusco, como de temporales, que exhala el recién llegado. En el tiempo que viví rodeado por otros —mi familia primero, después Lucía, mi mujer durante cuatro años— comprobé que el que venía de fuera usaba siempre un tono de voz excesivamente alto, y permanecía en pie más de lo indispensable, malgastando palabras, reiterando un mensaje que mi intransigencia desbrozaba minuciosamente. Además, los cuerpos venidos del exterior solían traer un halo de frío o de aire tórrido, de polen o de lluvia según la estación en que aparecieran. Yo me quedaba mirándolos desde mi sillón que se hunde y, aunque nunca he usado gafas, tenía la sensación de ser un profesor jubilado, uno de esos profesores que limitan con el universo por dos redondas lentes plateadas.

Noté un escozor incómodo en los ojos, todos fumaban a mi alrededor. Un joven vestido de camarero comenzó a tocar el piano, una mujer rubia con manos enguantadas peinaba la solapa de un caballero parecido a mí. Fuera, me dije. Sal fuera. Mañana te quedarás dormido y debes completar las páginas del área suroeste. Qué humedad en la calle. Qué olor a Brezo, qué insomnio en mi apartamento.

No había terminado de colgar mi abrigo en el perchero común, cuando la subdirectora, una dueña de ojos negros y modales venerables, vino a reclamarme el informe.

—Estamos a cuatro de octubre —dijo con inescrutabilidad oriental. Yo reparé en la fecha, de manera que fue el tres de octubre, cuánto tiempo tendremos, Brezo, cuánto tiempo nos habrá sido concedido.

—Buenos días, doña Elena —repuse preocupado—. Lamento el retraso. Como sabe, hemos tenido problemas con la Diputación. Pero se lo llevaré antes de una hora.

A las diez menos diez llamó Brezo. A menos nueve hizo su aparición un Sergio Prim sombrío, acuciado por la prisa. No acertaba a relacionar aquella voz con el cuerpo inerte que la noche pasada había reavivado el mío. Sólo oía palabras, una interferencia. Brezo-interferencia, ahora no puedo hablarte, te llamo luego.

Apenas si tuve tiempo de repasar el último folio. Hallé a Elena Morales removiendo un café de su máquina privada. Me invitó a prepararme otro. Mientras ella hojeaba mis comentarios a los mapas, yo buscaba el mejor modo de sujetar el vaso de plástico sin quemarme y sin verterlo. Doña Elena parecía satisfecha, pero debajo de la mesa se agitaba un empeine como un abanico. Empecé a ponerme nervioso. Tal vez si me sentaba, al menos perdería de vista aquel empeine. ¿Y qué hacer con el vaso? Dichoso vaso. Las circunstancias siempre se apoderan de mí, comprendo bien a esos almirantes que nunca llegan a dar batalla a ningún barco, toda la vida en lucha contra los elementos. En lugar de plantarle cara a doña Elena, en vez de prepararme un pequeño

discurso sobre mi trabajo, yo estaba peleándome con un vasito. El zapato de Elena Morales se detuvo.

—Está bien —dijo, e hizo un gesto ambiguo de aprobación. Yo callaba. Doscientas veinticuatro horas de trabajo, más alguna extra, clandestina, se escurrían por el desagüe de aquel gesto.

—¿Han hecho ya las copias?

Asentí manso, pero apreté mi vasito. El informe pasaría a engrosar la rueda de actos engañosamente imprescindibles. Una vez sumado a la memoria del proyecto, pondría en cuestión el diseño de la comarca. Considerando nuestro escaso margen de maniobra, su influencia sería de orden infinitesimal, como pintar una coma, pequeña, que en manos de otro geógrafo habría resultado más o menos firme. ¿Pero dónde quedaba mi vanidad? ¿Quién no ha necesitado sentir la admiración, el aplauso, el afecto, sí, el afecto de sus jefes? En secreto, yo imploraba un signo, un apretón de brazo, un comentario cómplice con que justificar aquellas tres largas semanas de quebraderos de cabeza. Dos mujeres desconocidas entraron y se pusieron a hablar con Elena Morales. Sergio Prim se escabulló con la discreción que le es propia.

Una vez en mi mesa, el vasito lanzado contra el cesto de los papeles, recordé a Brezo-pájaro. Deseaba llamarla y, sin embargo, la inminencia de su figura me azoraba. Me daba miedo ser arrastrado por ella, aunque quizá me asustara más llegar a negarla tres veces: que, antes del canto del gallo, la viera yo tres veces y tres veces no sintiera aquel mareo de irrealidad que su cuerpo me producía. Cuando al fin hablé con ella me pidió que fuese a buscarla al archivo del Museo Naval. El resto de la mañana lo pasé corrigiendo las consecuencias de un error de escala en un estudio de impacto: cómo instalar una estación espacial en las estribaciones del parque de Monfragüe sin perturbar el equilibrio. ¿Cómo instalar a una mujer de ideas fijas en mi vida prudente y lograr que los dos saliéramos incólumes? Porque Brezo era una mujer de ideas fijas, ideas desorbitadas y fijas. Brezo estaba loca, lo supe

incluso antes de haber trabado amistad con ella. Lo supe el día en que la oí exaltarse por primera vez, diez años atrás, en la casa donde solíamos reunirnos para hacer trabajos en grupo. Habíamos salido a la terraza a descansar un rato, yo miraba los coches de mentira —era un decimocuarto piso— cuando, entre risas y comentarios, escuché una voz de mujer que defendía con pasión las propuestas de Zelinsky —ese estadounidense responsable de frases tan desvergonzadamente cursis como «el geógrafo debe ser arquitecto de utopías»—, citando párrafos enteros del primer manifiesto publicado en *Antípoda*, una herrumbrosa revista de geografía radical: «Los estudios geográficos pueden contribuir a la destrucción del sistema (qué sistema, por Dios santo, qué sistema), no sólo a través del diagnóstico de los desajustes socioespaciales, sino también proporcionando instrumentos para corregirlos de forma revolucionaria». Enfoqué a la dueña de esa voz, la observé con asombro: era delgada, los ojos grandes le conferían una expresión dichosa y, a pesar de su tono febril, ofrecía una imagen apacible acodada de espaldas a la vertiginosa barandilla. En lugar de la muchacha adusta, cubierta de pardos sayales que, a resultas del discurso, cabía esperar, estabas tú, sabedora del atractivo de tu cuerpo, ataviada con un largo jersey y una casi invisible falda corta. Los breves tacones indicaban rumbos para tus rodillas de medias negras; imaginé las corvas que no vi. Y hube de preguntarme dónde se ocultaría tu error, tu enfermedad sagrada, tu avería, tu cruz, hubiera dicho mi madre. Porque, según he experimentado en carne propia, hay que estar averiado o vivir con un caballo de batalla para poner semejante fervor en los asuntos abstractos. Y al cabo de tanto tiempo, escondida en mis brazos, ¿qué buscabas? Recordé mis temores de la noche anterior. «El problema es después», había vaticinado yo en silencio mientras te desnudabas; sin embargo, «después», con ojos rutilantes pasabas tú los dedos por mi pecho como un rastrillo leve, apretando las rodillas.

Brezo, Brezo, deberé buscar un puente levadizo —para pasar contigo—, un lugar suspendido entre dos mundos, el de la desnudez y el otro, pensaba Sergio Prim camino del museo. Llegué media hora antes de que cerrasen. Apenas si quedaban cuatro o cinco luces de pupitres encendidas en la biblioteca. Inclutados como insectos, unos individuos de aspecto dudoso repasaban fichas, sacaban punta a extemporáneos lapiceros y llenaban la hondonada metálica que hubiera debido albergar colillas de inquietantes virutas de colores. En el último rincón estabas tú, pero ya te habías levantado, venías hacia mí.

Aunque ibas vestida de oscuro, te noté radiante. Querías que esperase diez minutos, te quedaba un mapa por consultar. Así pude mirarte desde la barrera. También tú parecías un insecto, un vistoso moscardón negro de cabeza ambarina libando en los papeles. Tu pelo, próximo a la lámpara, emanaba un halo que yo atravesé con la imaginación. Oh, tosca disonancia: las patas de una silla rayaron el suelo. Un fumador de lápices se había levantado, vi que se dirigía a tu pupitre sosteniendo un legajo como una bandeja. Y allí estabais los dos saboreando vuestro néctar centenario. El fumador de lápices señalaba un punto con la mano derecha al tiempo que apoyaba la izquierda sobre tu hombro. No, no fueron celos, pero de pronto me sentí muy desvalido. Envidiaba la desenvoltura de aquel archivófilo para apoyar su mano. Sin duda, pertenecía a ese grupo de afortunados que, cuando se desplazan, basculan entre los cuerpos. Usan hombros o cinturas como asideros y de este modo atenúan el desequilibrio congénito de nuestra especie. No así yo. A mí no me fue dado el don de esbozar un gesto de afecto detrás de otro, un gesto

correctamente elegido, que no parezca inseguro ni tampoco forzado. Mi mano siempre divaga y se retira antes de haber conseguido alcanzar el codo del otro, su espalda o su cadera. Manos en retirada soy, cuerpo en retirada, separado en medio del tráfico de cuerpos, porque no me enseñaron a besar las mejillas ni a aferrar antebrazos ajenos. No sé abandonarme, ni siquiera en el deseo, ni siquiera desvaneciéndome en ti. Yo entro en el deseo y tal vez descanso, pero enseguida se enciende un cerco luminoso, un resplandor naranja e intermitente que me incita a cruzar, a correr.

El fumador de lápices volvió a su sitio y yo me puse a buscar en los ficheros. Había venido a mi memoria un pequeño hallazgo de mis tiempos de ratón de biblioteca y quise mostrártelo; quise inclinarme a mi vez hasta apoyar mi barbilla en tu cabeza. Lo pedí, me lo dieron. Posé una mano en la curva de tu cuello, mi esternón, mi armadura temblaba, Brezo, cuando con el pulgar rocé el lóbulo de tu oreja.

—Mira —susurré—. La primera ilustración conocida del margen.

—¿Del qué?

—Del margen, el número olvidado. La encontraron en Cádiz, creen que data del siglo XVI.

Un bedel entró, pies espantando palomas, y las cinco sillas crujieron a destiempo. Los fumadores, también tú (perdóname un segundo, como si el tiempo pudiera perdonarse), desaparecían detrás de la gran puerta corredera, cada cual con su préstamo. Volvían uno a uno y emprendían su pequeña liturgia, sonaban las gomas contra las carpetas, el clic de los rotuladores. Te quedaste la última, porque tenías cientos de papeles distintos sobre la mesa pero también porque mientras los dividías en montoncillos misteriosos me interrogabas sobre el margen. Brezo, tú ya lo sabes, pero tal vez no lo sepan mis interlocutores. Cuentan, amigos, que un número —situado entre el siete y el ocho— se perdió con los escritos del geómetra Diofante. Es una leyenda, claro, pero no necesito recordarles la teoría de que no puede existir un signo

sin que en alguna parte esté su referente. Y resulta tentador. ¿Se imaginan? Un número más, una hora diaria fuera del transcurso del tiempo, cada año, entre julio y agosto un mes que no se contabilizase. «¿Dónde encuentras estas extravagancias?», me decías. ¿Extravagancias? Eran señales. Te lanzaba señales, y ahora me he convertido en mis señales, Brezo perturbadora de mi vida. El amor no nos arrastra sino que nos empuja al lugar hacia donde, solos, nos acercábamos temerosamente.

Cae la lluvia, pasan los minutos rojos como el vino que bebo para aturdir mi corazón, y me pregunto si debo hablarle a Brezo confidente, tan perdida, o bien si he de dirigirme a ustedes, ojos mudos, corazones documentalistas, destinatarios últimos de mi descubrimiento. Sepan, en fin, que al salir del museo, Brezo se declaró muy cansada, pidió un taxi y sugirió que fuéramos a mi apartamento. Un programa de radio sobre el cuidado de los cactus se adueñó de la atmósfera sin que ninguno de los dos opusiéramos resistencia. Ella iba medio dormida; yo me arrepentía de haber cedido a su insinuación: alborotaba mis planes. Sergio esperaba que aquella noche selláramos un pacto y hubiera preferido un terreno neutral, jugar la partida rodeados de extraños que dificultasen el paso hacia los cuerpos. Mi primer movimiento sería una retirada en toda regla, y diría así: «Óyeme, loca, muchacha que acaricias las tazas como si fueran gatos y a un hombre como si fuera una banda de música, óyeme: yo ya no tengo ímpetu. Han pasado los años y me he instalado en el retraimiento. Vivo como ese pequeño país autárquico que ponían de ejemplo en los colegios, soy Albania. Mi medio natural es sobrio, retazos de llanuras insalubres, mesetas desiguales y un complejo de montañas abruptas. En mi república se practica la autarquía de repliegue: producir para autoabastecerse y permanecer inmodificado, al abrigo de influencias extranjeras. Porque habitar con los otros es la guerra y me destruye, he preferido rodearme de una difusa constelación afectiva. Sus luces están lejos y aunque apenas iluminan, también me dañan poco. Vivo casi a oscuras. Vivo en mi casa breve de lecho

breve y breves vistas al exterior. Y no puedo ilusionarme, porque soy un escéptico».

Una mujer malagueña quería saber el motivo de que se mustiaran las flores azules de su cactus. Mientras restregaba la mano de Brezo para que se despertara, indiqué al taxista cuál era mi portal.

Con el subterfugio de una taza de té, logré que Brezo se sentara a la mesa y aplazara su incipiente inclinación a mí. Estaba rendida, sus hombros oscilaban, sus delgados hombros provocaban el deseo de sujetarlos. Yo me mantuve firme, no obstante, y le hablé de Albania. Incluso le mostré *La realidad y el deseo* en una edición muy gastada de cuya página 247 sobresalía un trozo de papel amarillento a modo de señal. Abrió el libro, perpleja; yo le pedí que leyera el poema titulado «El sino»: «El alma en armonía, a solas / quiere vivir junto a lo amado, / con el silencio que una rosa / se entreabre en su ramo. / El alma en desacuerdo, a solas / debe morir junto a lo extraño, / con el silencio que una rosa / se deshoja en su ramo». Completamente inútil. Brezo se entreabría y se deshojaba en mi isla desierta. Brezo creía. En cambio yo sabía a qué atenerme. Sabía que la pasión es azarosa, aunque ignoraba qué azar había provocado la espantosa dulzura que sus ojos sentían por mí — espantosa en tanto que insostenible—. Sabía que la realidad nos instiga a los unos contra los otros, que toda pieza sometida a la acción de las fuerzas exteriores se fatiga y deforma. Sabía que en la desdicha, que en el tiempo, ninguna adoración permanece.

Yo sabía, Brezo me adoraba. Acercaba los labios y al segundo volaba desnuda sobre mí. Me dije que pronto se desencadenaría la metamorfosis, me dije que un hombre puede hacer el amor con un cortinaje de lluvia, con una libélula, con una acacia. Por un momento, dudé. ¿Y si me entregaba? Una mañana, el criminal buscado por la policía se levanta muy tranquilo, con elegancia se pone la corbata, los gemelos, marca un número de teléfono y murmura: «Le encontrarán a las once y media, trajeado de azul marino,

desarmado, en la calle X». Era inútil, inútil, si el fugitivo se entrega, se disuelve y en su lugar llega otro sujeto, el no fugitivo. Sergio Prim no debía tener esperanzas. Muy despacio pasé mi dedo por la clavícula de Brezo y le propuse que saliéramos a cenar.

Nos adentramos por las callejuelas de mi barrio hasta llegar a la plaza de San Ildefonso. Es un rectángulo enmarcado por altas casas viejas: parches de luz en las ventanas, bancos cojos, gatos entre los arbustos; de la espiral de piedra situada en el centro, nunca mana el agua. Hay, en el lado del sur, un bar con mesas de madera donde solíamos vernos cuando estábamos en la facultad. Brezo aún no llevaba la melena que luego le quedaría suspendida sobre los hombros como si una ranura de aire imposible se interpusiera entre ellos y el resto de las cosas. Tenía el pelo muy corto: los mechones pajizos se le disparaban hacia arriba en forma de pequeñas llamaradas que agitaba con furia cada vez que discutíamos. Porque entonces discutíamos a menudo. Soy nueve años mayor que ella, mi desorientación general me llevó a la Escuela de Arquitectura, pero tardé dos años en aprobar el análisis de primero, necesité otros dos para el de tercero, dejé cuarto sin terminar, hice la mili en Ceuta.

Cuando empecé Geografía ya me sentía viejo y, como quien se resigna a un único vicio, me aficioné a lo que yo llamaba devocionario de la evasión. En los apuntes que a veces prestaba a Brezo me gustaba intercalar dibujos minuciosos de cosas que desaparecen: el párpado, guardián de las tinieblas; tubos de escape; paraguas, fundas de gafas para olvidar; de una rueda pinchada, el agujero por donde se va el aire; la palabra «mutis», medio cuerpo de actor en el instante de dejar la escena. Brezo me oponía tesis pragmáticas: «Si por lo menos te fueras, si un día lo hicieras —solía decirme—; lo peor de los escapistas es que nunca se escapan de verdad».

Sentado en la que fue nuestra mesa, ante una Brezo ardiente como una luminaria, atacué con las armas de los viejos tiempos:

—Brezo —le dije—, lo que yo quiero es escabullirme.

—¿Todavía? —preguntó, y parecía intrigada.

—Todavía —asentí rotundo. Con tono lóbrego me remonté a los últimos años de colegio, cuando procuraba esconderme de todos los demás. Me iba solo durante los recreos hasta que oía una voz: «¡Eh, tú!, ¡Sí, es a ti!», y yo me quedaba quieto. «¡Escapista!», y yo me daba la vuelta. «Escapista», y puedo ver al muchacho bajito de pelo enredado, embutido en una escafandra de astronauta, al adolescente que en el tumulto ladea su pecera invertida como si no oyese nada ni tampoco supiera en qué latitud está. «¿Y qué si yo ignoro mi latitud? —objeta el muchachito sacándose ofendido el casco de la cabeza—, ¿a quién le importa?»

—Eso es precisamente lo que yo pienso —le expliqué—. ¿A quién le importa?

—¿Prefieres que no sepa en dónde estás? —preguntó, la lengua contra los dientes.

—Es una manera de decirlo.

Nos habían traído sopa de la casa. Brezo movía el salero y ordenaba los cubiertos como si formasen parte de una escribanía, en absoluto como instrumentos con los que supuestamente uno debe comer.

—Está bien —dijo—. Tú fijas las reglas.

—No es tanto una cuestión de reglas como de escalas.

—¿De escalas?

—Tú sabes que las escalas no son patrimonio de los geógrafos. En realidad, todo el mundo las utiliza para interpretar los datos que tiene. Por ejemplo, el otro día estaba en la cocina y, a través de la ventana del patio, escuché un rebullir oscuro: podía ser la cafetera de una casa, el café subiendo, o un avión. El sonido era idéntico. Simple cuestión de escala.

Ella condescendía soñolienta.

—Brezo, yo soy un hombre pequeño, pero tengo la sensación de que tú me representas en una escala todavía más pequeña, con lo cual parezco muy

grande. ¿No podrías cambiarla? ¿No podrías aumentarla un poco, o mejor, aumentarla mucho, aumentarla hasta que, en tu recuerdo, yo figurase como el punto que designa a un pueblo en un mapa minúsculo, la réplica microscópica de un Sergio Prim borroso, lejano, casi inexistente?

Brezo bostezó. Su cabeza declinaba, la mejilla en la mano, el codo se perdía hacia la esquina de la mesa.

Pies-ligeros, Alce-Negro, Hijo-del-trueno, así llamaban en el cine a los indios pielesrojas; durante el mes de octubre también Brezo tuvo su nombre, era el amor-sin-sitio. Ella me rondaba como un pájaro carpintero, pequeños picotazos intermitentes de visitas y llamadas me asolaban el día, introduciendo otro tiempo en mi tiempo, y así quedaba yo desconcertado. Era el amor sin sitio que iba adueñándose de mis gestos; marcándome las manos —que mantenía suaves, recién lavadas siempre, no fuera ella a venir a mi casa de pronto y pudiera yo tocarla por dentro—; poniéndome un deje de tristeza en la comisura de los ojos, un halo noble de tuberculoso antiguo que era Brezo, ese círculo malva y rosa era Brezo, era saber que yo tendría que quererla fuera de los marcos de todas las ventanas, fuera del tiempo y a veces fuera de ella misma, como un adúltero, como un enfermo que conoce el signo de su mal y no se lo ha dicho a nadie. Yo no iba a morir, mi cuerpo no estaba condenado pero sí mi amor; el hombre no puede levantar su amor por el cielo durante más de unos meses y cómo hacérselo saber sin causar daño, retardando los días, espaciando el número de ocasiones en que habríamos de vernos para alargar el cómputo.

Al principio yo tenía miedo de la figura de Brezo, después supe que debía tener miedo de su imaginación. «A veces te imagino», dijo una tarde y yo sentí vértigo. Ella había estado en mi casa y había retenido la disposición de los objetos. Luego, me imaginaba. Qué forma de posesión. Al caer la noche, por ejemplo, hacía yo mi cena, pan de molde y atún en aceite, un tomate, una cerveza y de pronto, el plato sobre la mesa baja del salón, la servilleta en las rodillas, el emparedado camino de mi boca, de pronto se me ocurría: ¿Estará

imaginándome? Al cabo de unos días era más complicado: ¿Estará imaginando que yo me estoy preguntando si ella está imaginando que yo...?

Brezo había venido a España para solicitar una prórroga de su beca en Helsinki —en donde elaboraba un modelo de región equitativa, eointegrada, que debería ensayarse en el archipiélago del mar Báltico—. Si no se la concedían, se vería obligada a terminar su proyecto desde Madrid. Yo sabía que le preocupaba la situación: su interés por volver se abría paso, irreflexivo, perentorio —como si un vínculo de necesidad o de alimento se hubiera establecido entre Finlandia y ella—, pero otras veces Brezo fantaseaba con la posibilidad de quedarse. Decidido a mantener un sigiloso grado de distancia, yo nunca le daba mi opinión, ni siquiera cuando me la preguntaba. «La discreción es una forma de cobardía», sentenció una mañana, y aquel prelude de reproche me entristeció. Estábamos en el bar de un hotel, muy cerca de la estación del Norte, sentados en la mesa de la esquina más oscura. Al ver mi rostro serio, Brezo-prestidigitadora apretó los cierres de la vieja cartera de cuero de su padre y sacó un paquete de color gris.

Lo abrí con la impaciencia de los tímidos, conseguí deshacer el lazo, pero cuando intentaba despegar el celo se me rompió el papel. Apareció entonces una caja fina de cartón con un tren moderno dibujado en negro sobre el fondo rojo. En el centro, una etiqueta blanca rezaba: «Accesorio 127. Andén al descubierto con personajes». La miré pasmado. Es, ahora ya puedo confesarlo, la única pertenencia inútil que me acompaña en este exilio de ruso blanco desde donde escribo. Lo guardo en el cajón de la mesa; sé que si lo cogiera —al fin sentimental—, me pondría a olfatearlo como un perro, sin poder evitar un movimiento reprobatorio, un abstracto lengüetazo de ternura. Recuerdo cómo flotaba aquella tarde sobre el desorden de tazas y cucharillas, sobre su

caja y su arrugado papel. Ocupa el espacio de una mano mía y media; tiene dos farolas en los extremos, tres marquesinas pintadas de óxido rojizo, tres personajes. Yo soy uno de los tres, un Sergio Prim a escala muy grande, un caballero de color crema con sombrero y bastón. A mi izquierda un niño mira el final de las vías mientras sostiene, con la suela de un zapato y las dos manos, el tronco de una farola. A mi derecha hay una dama alta, falda de tubo, blusa chillona y una sombrilla —temo a esa efigie, amiga, giro como en un baile para no verla, se parece tanto a la realidad.

Agradecido, besé la mano de Brezo dos veces. Pero luego me defendí. «El primero y el último», dije palpando mi propia representación. No pretendía mostrarme insolente, sino sólo poner en práctica cierta vieja teoría sobre los regalos. Debajo de cada regalo se esconde un garfio, le expliqué, un garfio romo, acariciador, mas al fin y al cabo garfio, gancho, torcedura con que se sujeta una red de futuras compensaciones. Y aun cuando ella asegurase no esperar nada a cambio, yo sentía que me ahogaba, quedaba abrumado: no sabía cómo recibir regalos. Por supuesto, no le dije toda la verdad. «Me tienes paralizado —hubiera debido añadir—. Contigo soy el nombre que mira una ardilla. Me he quedado quieto, mudo. Abro tus cartas en medio del asombro porque son desmedidas y no exigen respuesta; los regalos sí me la exigirían. Acabaría tropezándome contra una torre de paquetes retenidos y, enojada por el estrépito, la ardilla echaría a correr.» Yo sólo podía quedarme quieto, marejada de Brezo, yo sólo podía resistir los embates, abrazarte y callar. Que no me oyeras admitir en voz alta cómo al fin se había movido el vaso sin que nadie empujara la mesa, que no conocieras los períodos de exaltación de Sergio Prim, cuando no daba crédito a tu imagen en su cama y cantaba solo, y hubiera sido capaz de arrodillarse ante ti, insensato, insensato, toda la noche. Tú tenías que ignorar mi esforzada pelea con las formas engañosas, con el espejismo de estar viendo un programa, extender el brazo, tocarte y apagar semidesnudos el aparato innecesario de mi soledad. Esas cosas no existen,

Brezo, son las trampas. Esas cosas no duran, pasan los días y el deseo no se enciende. Quedarse inmóvil era rehusar internarse en un bosque de cepos infalibles. Terminarías por cansarte de un hombre tan pasivo, una mañana de cielo despejado y gran visibilidad dejarías de sentir el impulso de quererme, en ella cifraba mi futuro dolor. Pero al menos no habríamos ensuciado nada insustituible, nada que no fueran sábanas y copas. Me cogerían, sí, me cogerían, pero cuando el recuerdo hubiera ya escapado a bordo de un avión, por encima del mar. Aunque lo pareciera, Brezo, en mi actitud distanciada no había miedo. Yo me figuraba incluso muy valiente tumbado en el sofá de mi casa y alejándote, repeliendo a mi dama protectora, no bajando la guardia de mis propias fuerzas. Además, es sabido que deseamos lo que no tenemos: cuanto más me ocultaba, más crecías. ¿No era valiente, dime, acaso no era muy, muy valiente hostigando toda tu hermosura?

El 1 de noviembre, Brezo me asaltó por sorpresa. Sergio estaba agotado de no dormir. En el bar el camarero, avisado de mi cansancio, me guiñó un ojo: «¡Los lunes son..., los lunes tienen un peligro!». Sabe Dios a qué beldades imponentes estaría responsabilizando de mi rostro huraño y mal afeitado, de mis zapatos sucios. Sin embargo, no le corregí. A su manera, tenía razón. Me había levantado en clave de Brezo y todo el lunes semejaba un paso de montaña tomado por ella. Esboqué una sonrisa mitad de disculpa, mitad cómplice; luego un chorro de azúcar cayó en mi nariz y la borró.

Entré en el gabinete cabizbajo, mis pies iban dejando franjas de sombra sobre la moqueta. La iluminación artificial no lograba encubrir el ambiente de borrasca, el cielo compacto, gris, que apostado detrás de los cristales nos sitiaba. Dicen que la destrucción de las hordas persas que invadieron Europa en el año 480 antes de Cristo, y el retroceso de Solimán el Magnífico ante Viena, en 1529, fueron debidos a fenómenos meteorológicos. Dicen que el almirante Nelson ganaba las batallas con su barómetro. Yo lo creo. Una ciudad en donde llueve se aísla, una oficina cuyos ventanales muestran ráfagas de agua movidas por el viento parece de otro mundo. Como si no estuviera ubicada en la calle del Príncipe sino en una zona indiferenciada de la intemperie. La seda negra y húmeda florecía en los paragüeros. El gabinete palpitaba igual que un escenario después de la representación.

No sin esfuerzo desplegué el contenido de mi carpeta. Un sobre azul saltó de entre el papel continuo. Aire confitado, señores, frutos que Brezo prendía de las horas comunes, pero yo dudaba. Como en un concierto, quieto y sin toser, yo escuchaba la música de su correspondencia: cartas, declaraciones

anacrónicas, citas de libros, pequeñas bromas; la última había sido un mapa del mar Báltico con su forma de hombre arrodillado y el siguiente pie: «Sergio Prim suplica a Brezo que no se le aparezca». Esta vez se trataba de una convocatoria, a las seis y media, en la casa donde vivía con su padre.

Hacía por lo menos tres años que yo no pisaba aquel lugar. Ni siquiera el barrio, pues Brezo vive en uno de esos barrios que parecen búnkeres, no hay tiendas en los portales ni gente por las calles, se alzan los edificios como falsos farallones y cada cierto tiempo pasa junto a los coches un camión azul.

A las seis y media en punto llegué a su portal. Llamé al ascensor y de entre las puertas que se abrían automáticamente salió su portero como un iluminado. Debí de reconocerme, porque no me pidió explicaciones como hacen siempre conmigo los porteros. Octavo piso, letra D. En cuanto Brezo abrió la puerta recordé el olor a espuma de afeitar característico de aquel pasillo. Al fondo estaba el mismo armario oscuro; al doblar la esquina nuestros cuerpos habitaron fugazmente sus espejos. Como en los viejos tiempos su padre, un anciano galante de iris amarillos, disfrutó confundíendome con sus reflexiones sobre la relación entre la mecánica cuántica y las mujeres. Se levantó para estrecharme la mano y nos ofreció compartir su habitual refrigerio de las siete de la tarde. Había en su atuendo una rara combinación de buen gusto y desaliño, así como en sus modales coexistía una experta elegancia con la falta de tacto del hombre ausente.

—Sabrá por mi hija que me he retirado de la investigación: estoy escribiendo una obra divulgativa sobre la identidad entre las leyes físicas y los sentimientos amorosos —dijo acariciando su corbata de color cereza—. Creo firmemente que una ciencia tan joven como la psicología carece de rudimentos teóricos para explicar las reacciones mentales. Somos nosotros, los físicos, quienes, gracias a nuestra experiencia con las leyes que rigen la materia, podemos analizar las conductas del ser humano. Por motivos

biográficos, a mí me interesan especialmente las conductas amorosas, y a ellas estaría consagrado el primer volumen.

—Cuéntale tu teoría del adulterio —intervino Brezo, solícita.

—El adulterio, amigo mío, es mi último hallazgo. He encontrado el significado de la infidelidad. —Don Emilio se cruzó de piernas, dejando al descubierto una franja de carne pegada al hueso y un fino calcetín, cuyos rombos repetían el color de la corbata—. Usted habrá oído hablar de la paradoja del gato de Schrödinger —continuó—, ese pobre animal cuya vida pendía de un hilo que debía ser accionado, bien por una onda, que lo condenaría, bien por un corpúsculo, que sería su salvación. Schrödinger llegó a la conclusión de que había un momento en el cual el gato no estaba vivo ni muerto, pues el hecho de que un fotón tome forma de corpúsculo o de onda depende del observador, es decir, en tanto que no sea medido, no se manifiesta de ninguna de las dos maneras, como no son de ningún color las rosas cuando nadie las ve.

Al llegar a este punto, don Emilio se sumió en un largo silencio. Luego tú me dijiste que el proyector de su película daba marcha atrás: veinte, treinta, acaso cuarenta años. Un baile. Frente a sus ojos amarillos, el peinado de un busto que giraba y giraba. Si yo dejase, Brezo, fijo mi proyector, como un maniático, fijo en el fotograma de tus pechos rozándome; si entonces te dijera: ven al cilindro de aire iluminado, ven y quédate conmigo entre la gota de luz y la pantalla; si esto yo te pidiera, si no se quemara nunca la película cuando la paran, Brezo, ramas ardiendo, incendio de mi fantasía.

—Pues bien —prosiguió don Emilio—, el amante sería el observador, de modo que sólo cuando una mujer está conmigo puedo decir que existe, ya sea en forma de onda, ya como corpúsculo. Todo amor es entonces un amor adúltero, y todo amor adúltero es un gato de Schrödinger que no está muerto ni vivo en tanto no poseamos a la mujer. Cuando no está en nuestros brazos, la amada desaparece, amigo mío. Es inútil seguirla o perseguirla, nadie puede

ser onda y corpúsculo al mismo tiempo. Los pensamientos circulares, las obsesiones, las escenas de celos son inútiles. Como ve, la mecánica cuántica está a favor de un conocido aserto popular: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Si el hombre fuese humilde y aceptara regirse por los mismos principios que sus átomos, no volvería a sufrir a causa de la infidelidad.

Brezo, que había estado atendiendo con distanciada ternura, se levantó sin darme tiempo a responder:

—Se nos hace tarde —dijo, y apresuró las despedidas cogiéndome del brazo al paso que hacía llegar a su padre un beso de cine mudo. Atravesamos la biblioteca, la terraza cerrada y convertida en laboratorio. Brezo subió la persiana de su cuarto y se quedó un momento aferrada a la cinta, pensativa. Luego se sentó en una mecedora de color malva, confinándome a la soledad sobre las telas de su cama turca. Era el momento de convertir al pasado en cómplice: rememorar cuando, sentados allí mismo, hablábamos de Estrabón y de su geógrafo-filósofo; confesarle que, como un adolescente con las uñas mordidas, yo escondía mis manos para mejor eludir la tentación de acariciarla. No pudo ser. Brezo, sin un preámbulo, abrió fuego y colocó en el centro del campo un dragón de lengua bífida y roja, una decisión:

—La semana que viene voy a ir a Santiago a un seminario. ¿Vendrías?

Un viaje. Me estaba proponiendo que hiciéramos un viaje, a mí que he tardado más de un lustro en conquistar los sesenta metros cuadrados de mi apartamento. Desde que era un crío he tropezado con las cosas; un día me dijeron que si me picaban los mosquitos era porque tenía la sangre dulce y yo pensé que también mi ropa sería dulce, mi carne dulce y por eso los estantes esquinados golpeaban mis codos y los filos de las hojas se divertían abriendo imperceptibles ranuras en mis dedos y los escalones se alzaban de puntillas para tirarme abajo. Muchos años después, Lucía, a quien solía irritar mi torpeza, decidió que no eran los objetos los que se obstinaban en chocar contra mí, sino al revés, que era mi pierna, por ejemplo, la que corría a

arrojarse contra el borde de la mesa baja o mis costillas las que se adelantaban para clavarse contra el respaldo de un asiento de autobús. «Es un síntoma», sentenció, aunque inmediatamente cambió de tema y ya nunca logré que me explicara lo que había querido decir, por qué no calculo bien la distancia que me separa de las cosas, y me creo a unos cuantos centímetros de la puerta que abro pero, en realidad, estoy tan cerca que voy a estrellarla contra mi frente. En fin, necesité seis años de vida de cartujo en una habitación pequeña y un cuarto de estar, para llegar a entender su sistema de medidas, a qué coordenadas se ciñen unos picaportes prontos a invadir la manga de mi chaqueta, con que ángulo me apunta la mesa de cristal. Y a Brezo se le ocurría sugerirme una odisea de vagones y equipajes, camas desconocidas, desayunos inesperados: ¿es que no recordaba que yo tenía fama de ser el único estudiante de Geografía a quien no le gustaba viajar? Cientos de kilómetros y al final la arena de las playas, para qué, si uno vuelve siempre, para qué, si es aquí donde uno debe habérselas con el tiempo que no descansa nunca, para qué dar rodeos. Brezo pasajera, yo soy de los que un día decidieron emplear sus vacaciones en aprender a quedarse.

Me negué, rotundo, y ella no me presionó. Vino a sentarse junto a mí; medio arrodillada sobre el sofá envolvía mi rostro con sus dedos largos y hacía caso omiso cuando yo le explicaba que no era tan sencillo pedir días libres y aún lo era menos modificar los hábitos de un anciano prematuro. Ella me besaba despacio en las sienes pero yo no debía ceder a la ternura. Para que no hubiese heridos al fin de la batalla, Sergio Prim, caballero de edad provector, honorable, abnegado, prudente, paladín de la cortesía, había decidido aparecer ante Brezo como un mandarín huraño, en su escudo esta sola divisa: negación y deseo, no quiero regalos, no quiero viajes, no me llames pero déjame besarte aquí. Ocultaría mi angustia, fingiría firmeza cuando en verdad mi posición era tan caediza, fingiría dominio.

Hay quien, en negocios de amor, desconfía de los comportamientos

obtenidos mediante un conjunto de tácticas premeditadas. Sin embargo, ¿cómo entender que después de treinta días Brezo no hubiera cumplido el tiempo de la dádiva, que mantuviera los gestos de la pasión intactos y no amagara propuestas de convivencia pero tampoco saciedad y desaire? Aquella que en el pasado se mostrara incommovible me agasajaba con obstinación. A veces, cuando no estábamos solos, la descubría mirándome presa del mismo infantil arrebolamiento con que se miran los fuegos artificiales después que han cesado los petardos y ya las gigantescas flores mudas tapan el cielo. ¿Por qué me escoltaba con sus ojos brillantes? Nunca respondía. ¿Por qué no se cansaba de mis vaivenes, por qué no se ofendía cada vez que mis escudos golpeaban sus hombros rudamente, escudos rojos con una raya blanca, prohibido el paso, no me busques, no me requieras, no des un paso más? Si yo la convocaba, olvidada de mis gestos esquivos, acudía incansable a la cita siguiente. Y su brazo temblaba a mi contacto como si yo fuera un príncipe. De modo que era eso lo que representaban los Magos al pie de sus tres camellos: la cabeza inclinada, los brazos sorprendidos en acto de ofrecer, oro, incienso y mirra. ¿Eras tú, era eso el misterio de la adoración?

En los días anteriores a su marcha, Brezo no pudo verme porque nadie pudo. El gabinete había aceptado el encargo de evaluar el suelo no urbanizable de quince municipios periféricos en un tiempo demasiado corto. El joven Marcos y mi amigo Enrique tenían orden de obedecerme. Ajenos a la temeridad que suponía aceptar los plazos acordados, me asediaban con un repertorio de gestiones triviales. «Vade retro», les advertía un gesto de mi mano cuando ambos acudían en busca de instrucciones. «Vade retro», mi palma blanca sujetaba el aire, Enrique dudaba, Marcos me acometía con tareas accesorias, álamos, abedules plantados en mi agenda, pinos sobre la mesa, árboles para que yo no pudiera ver el bosque. Así pasó la semana, pródiga en gestiones ineficaces, pues resultaba de todo punto imposible realizar ese estudio honestamente en menos de un mes.

Cuando el jueves llegué a mi casa embestí el silencio con ojos oscurecidos, aparición patética que en el umbral adelantó su rostro, torva la sonrisa y el bigote crespo. La tarde se apagaba. A falta incluso de la inercia para cambiar los zapatos por las zapatillas, abrir la correspondencia comercial o prepararme un aperitivo, caí, portafolios en mano aún, sobre el sofá. Sólo después de un rato largo pude hacer el esfuerzo, mínimo, de girar la cabeza hacia el contestador. Alguien me había llamado. Tenía que ser Brezo lucecita roja, Brezo periódico destello susurrando: aquí estoy, óyeme, óyeme. Pero Sergio se hallaba sumido en un mutismo hosco del que nadie podía ni debía sacarle.

Cansinamente fui a buscar una manzana. Una manzana. Redonda. Fulgurante. Qué placer concreto sopesarla apoyado en la puerta de la nevera. ¿Y usted a

qué se dedica? Yo hago manzanas. Por fin una ocupación elemental, limpia de dobleces éticas, de sueños mutilados, de tonterías. Hacer fruta, participar en las claras actividades de la agricultura o la industria, incorporarse a esos sectores ínfimos cuyo ocaso voceaban los profesores de estructura económica seguros de la aquiescencia estudiantil. Cómo íbamos a llevarles la contraria, nosotros, hordas ingentes de futuros geógrafos abocadas a la banda de los servicios. Ah, el sector terciario, amorfo conglomerado de población activamente inútil.

«¡Sergio, Sergio! ¿Estás ahí?» ¿Soñaba o era ella de nuevo en el teléfono? Pero tú no debías encontrarme en ese estado, loca, llamadora, feligresa de mí. ¿Qué hubieras podido hacer sino espantarte con el espectáculo de mi intimidad demagógica? Las mías eran furias sin objeto y sin consuelo, así pues, era justo que tampoco tuvieran interlocutor. Nadie debía pisar la cuadrícula negra de mi página. Fuera los testigos. Yo ya tuve una mirada, los ojos de Lucía registrando mis muecas irascibles, anotando todas las intervenciones de éste, mi ser insuficiente. Fuera los testigos, Brezo, son el principio de la decrepitud. Nadie puede colocarse al frente de la vida en nuestro lugar, y a veces la dulzura del otro nos zahiere cual si estuviera poniéndonos en evidencia. La voz se extinguió enseguida; fue entonces cuando advertí que la manzana había ido creciendo, era ya del tamaño de una sandía, nunca podría mi mandíbula morder semejante curvatura, además, yo estaba nervioso y desgano. Me fui de la cocina. Como niño que, en el juego del escondite, se agazapa tras las piernas de los mayores, busqué asilo en las sombras móviles de una película y ellas me escondieron hasta que vino el sueño.

Fúlgidos de no dar crédito, negros con pequeñas motitas azules y fúlgidos quedaron los ojos de Elena Morales a la mañana siguiente, después de que yo me negara a seguir con el estudio. Habló con glacial serenidad, sin embargo. Creía comprender algunos de mis argumentos, estaba dispuesta a buscar una persona más para que trabajara en nuestro equipo. No obstante, me invitaba a reflexionar sobre la pertinencia de anteponer la estima del gabinete a su efectividad. «En otras palabras: si el cliente prefiere un producto imperfecto pero rápido, no es asunto nuestro», dijo y, con calculada parsimonia, se levantó para acompañarme a la puerta.

Sergio en las montañas. Empequeñecido, desorientado, sediento y sin cantimplora, oteé los caminos y me retiré confuso. No era una persona más lo que yo había solicitado, sino que el gabinete en pleno asumiera la necesidad de abandonar el estudio. En realidad, había entrado en el despacho convencido de que Elena Morales haría caso omiso de mi protesta, si bien simularía estar de acuerdo. Pero había sucedido lo contrario. La tercera persona vino enseguida. Se llamaba Nélope, trabajaba en la quinta planta, clasificaba los datos para un programa de dos años de duración concertado con el Instituto de la Vivienda, un análisis sobre cómo distribuían el espacio los habitantes de viviendas sociales. Pero ella era una profesional y no tenía ningún inconveniente en sustituir doscientos mil salones dormitorio por quince zonas verdes.

Agachado, buscaba unas carpetas del archivador; no veía bien, algo me hacía sombra. Levanté la cabeza y me encontré con ellos. Marcos se pasaba la mano por la barba muy agitado; Enrique era un rey canoso, se distraía

dibujando peces en un cuaderno; la jovencísima Nélope balanceaba un flequillo oscuro, serrátil, en ademán de expectación. Curioso. Qué curioso. Así que yo me había convertido en el experimentado periodista, entrenador o jefe de brigada que reúne a sus muchachos antes de soltarles a las fieras. Y mientras les oía hablar de tareas pendientes pensé que todo estaba equivocado, todo, desde el principio, desde las primeras zozobras en el recreo, cuando los capitanes de los equipos hacían pies, oro, plata, oro, plata, mientras los patosos esperábamos, el orgullo perdido, la certeza de que iban a dejarnos para el final. Éramos tres, Miguel, Fabián y yo, cada uno en una esquina, los tres avergonzados, pero solos. Hoy casi podría asegurar que ninguno de los desastres posteriores —el accidente de coche que tuve con mis padres, mi separación de Lucía— me hizo sentir un nudo en la garganta tan asfixiante como el que anticipaban los recreos cuando no llovía, cuando no había cine u otras cosas que hacer excepto dos equipos y a lo mejor jugar a policías y ladrones, correr hasta agotarse, rozar, a veces, los cuerpos de los demás, pero no conseguir sujetarlos nunca. No coger a nadie y sospechar angustiado que el secreto de la vida debía de consistir precisamente en eso, en retener al cuerpo que corre por el patio y nos empuja; y presentir que Miguel, Fabián y yo estaríamos excluidos siempre, igual que en aquellos recreos de espanto.

Pero al cabo de veinticinco años, justo cuando ya no quería coger a ninguna persona sino sólo que me dejaran un agujero de lagartija y una piedra, justo entonces me colocaban al frente de unos muchachos atléticos, afanosos, piernilargos. Capitán del equipo a los cuarenta, ¿no era un poco tarde? ¿No era realmente muy tarde? El arrebató de aflicción iba ganando terreno. Me educaron, sin embargo, para ser un hombre civilizado: jamás expreso estas invectivas en público. Yo me arrebató con el intelecto, como otros juegan partidas mentales de ajedrez. Cuando miro flemático estoy apedreando casas,

estoy en los descampados dando voces. Es un recurso inofensivo que a veces me agota como si todo sucediera realmente.

Por supuesto, los chicos no se dieron cuenta: Marcos y Nélope discutían excitándose, Enrique me interrogaba suave pero inflexible y yo tuve que exhortarles a trabajar deprisa. Nada dije de mi falta de confianza en el estudio: callar los miedos es el tributo que exige la responsabilidad. Al fin se fueron, cada uno empuñaba una misión. Me quedé mirando cómo descolgaban el auricular o golpeaban el teclado, tan decididos.

Cerrar los ojos, inclinar el cuello hacia la oreja aterciopelada de un sillón y descansar. Apaciguarse. Huir, pero no por un torbellino de kilómetros y hoteles, ni tampoco juntarse en una ceremonia de bares y cervezas para trasvasarle mi cansancio a otro. Huir, pero no a mi apartamento durante un lapso necesariamente vulnerable a las obsesiones, al pasado y sus fantasmas. Firmar una verdadera tregua, despertar a un intermedio durante el cual no hubiese anuncios ni palomitas, que no sucediera en parte alguna: ni en el bar, ni en la calle, ni en el metro: un entreacto desviado del curso de las cosas. Huir. Descansar en un cuarto fuera de este mundo.

Aquel ensalmo me recordó que Brezo se marchaba al día siguiente. Brezo perseguida se iba por las ciudades queriendo darle esquinazo a algo, tal vez a alguien, acaso a mí. Con qué ansiedad marqué su número en el teléfono: «¿Cómo estás? ¿Qué vas a hacer?». Su voz era un relámpago: «Si no llueve — anunció—, podemos ir al jardín del Observatorio».

Todavía puedo verte. Todavía, supongo, existe en esa ciudad una cuesta que sube hacia su promontorio y nos ofrece su palacio desvaído gris cemento. Todavía se alza, al fondo, una muralla curva de setos y cipreses por entre cuyos troncos es posible asomarse como tras una almena. No hubo, Brezo, ahora lo sé, rendición ni cobardía. Tengo que hablarte de recordar los sueños, de una nostalgia verde, como de algas, de una cúpula incorpórea cernida sobre los árboles, y esto es verdad, y esto es, también, la vida, aunque otros te suban en aviones o te muestren demudados sucesos, continuas conversaciones, bóvedas de piedra.

Te esperé en el jardín del Observatorio. Distinguí primero tu figura al pie de la colina, el pelo castaño y un gabán negro inmenso donde todo tu cuerpo se desdibujaba. Subías corriendo, tal vez inquieta por tu tardanza. Me saludaste con la mano. Soy, amiga, un ser de emoción. En silencio te dije: «Ven a mí». ¿Pero qué haremos luego con la realidad? ¿Qué haremos con su peinado de actriz de cine, con su vestido de noche, con su sombrilla roja? Yo la conozco, Brezo. Sé que el azul oscuro del iris de sus ojos brilla como la grupa sudorosa de los caballos; que, en su muñeca izquierda, a falta de reloj, destella una sencilla pulsera de perlas. Durante los últimos días estuvo merodeando por mi calle y debo prevenirte de que nos vigila. Teme, amiga, a esa efigie, se vale de la elegancia para hacernos olvidar su parecido con un inspector policial. Cuando el presunto inocente llama a la puerta, el inspector acaricia en su mesa la prueba del delito, pero se finge afable, le divierte dar falsas esperanzas al delincuente. La prueba con que ella nos espera es la pasión, su cualidad mortal, su tendencia al desorden. Y el motivo de que así nos aceche, una noche

en mi apartamento. Eran los cuerpos desnudos y me juré no caer en el error, no diseccionar al ciervo, no domesticar al pájaro.

La realidad ya nos rondaba cuando el viento desorganizaba tu perfil cruzándolo de ramas o cabellos. Te apoyaste en un tronco de ciprés; al poco se levantó un torbellino y algunas partículas de arena me cegaron. Anduve junto a ti, restregándome los párpados: tu mano, en el aire, esperaba coger la mía. A la incomodidad de mis ojos arañosos fue sumándose un nerviosismo fruto de la creciente estima que me manifestabas. Suele ocurrirme: después de alguna muestra de afecto, o si alguien a quien yo admiro declara su confianza en mí, me sobreviene un desasosiego, un no poder estar quieto, una necesidad, en fin, de evaporarme para no tener que arrostrar el don. Pues soy como esos jarrones modernos que apenas se sostienen y basta con que introduzcamos un poco más de agua o un ramo demasiado apretado para que se vengzan, se derramen y rompan. No tengo capacidad, ni la firmeza necesaria para contenerte, Brezo. Esto iba a decirte, pero tu murmullo, vagamente melódico, me iluminó:

—¿Conoces —pregunté— esta frase de Claude Debussy?: «La música no está en las notas, sino entre las notas».

La conocía, señores, su profesora de canto se valía de ella para explicarles la respiración. Brezo, Brezo, instrumento mío, ¿ni siquiera así lo querrás entender?

—Tengo para mí —dije— que mientras unos hombres ambicionan la gloria densa, coloreada, de la pintura, otros, en cambio, cifran todo su anhelo en conseguir la invisibilidad de la música: no estar en las cosas, sino entre las cosas.

Con languidez —como si por reclamar un recuerdo dormido te hubiera entrado sueño—, rememoraste la víspera de tu decimocuarto cumpleaños. Es temprano, el suelo de tu casa está muy frío, en camisón y zapatillas una Brezo adolescente llama a la puerta del despacho de don Emilio. De puntillas,

pegada a un radiador, le dices que como regalo de cumpleaños quieres una barra espaciadora. «No te entiendo», responde don Emilio. «Tú eres un científico —replica la impertinencia retórica de tu juventud—. Invéntame una barra como la de las máquinas de escribir pero más grande, que sirva para la vida. Que si yo la aprieto dentro del cine, por ejemplo, empiecen a aparecer asientos vacíos entre mi butaca y la de al lado.» Don Emilio contuvo, supongo, la impaciencia y te mandó a dormir.

—No volvimos a hablar de eso. —Se te endurecía la voz—. Mi madre se había fugado con el irlandés, había otras cosas en qué pensar.

A los pocos meses, tu madre murió de leucemia. Cuando me lo contaste di por sentado que era aquél tu caballo de batalla. Se necesitan, no obstante, dos aspas para formar una cruz. Faltaba una, la suma de fragmentos que sesgó tu historia, una perpendicular que yo difícilmente encontraría pues había empezado a quererte, loca, y querer, por más que otros afirmen lo contrario, es rendirle tributos al desconocimiento.

—Ya ves que no eres el único, todos tenemos fantasías escapistas —concluiste—. Pero a tus años.

¿Cuáles, pensé, son mis años? ¿A qué precisa edad se deshace el adulto del espíritu confuso e inconveniente? ¿Es que yo no me di cuenta del momento, olvidé hacer transbordo? Mas no pude por menos que sonreír, mujer disparatada. De manera que una barra espaciadora.

—¿No has vuelto a desear —pregunté—, en una fiesta, en un trabajo, en una equivocación, pulsar tu barra y que un espacio vacío apareciera?

El mapa de la ciudad donde habitaremos siempre, la necesaria conjunción de rodillas suaves y hombros sin brillo que marcará los cuerpos deseados, se deciden en nuestra imaginación sin que nos demos cuenta. Así, Brezo, ibas a pronunciar el nombre de mi aposento:

—Un hueco —dijiste bajo el porche de columnas del Observatorio.

Un hueco, amiga mía, un hueco. La mayoría de las personas se empeñan en

un lugar, huertas, molinos o palacios. Quieren fugarse allí, muy bien, pero luego, esos sitios, ¿cómo los defienden? ¿Y qué felicidad puede procurarles un refugio que deben defender?

Asentí, tímido, con la cabeza, gesto fallido para tus ojos que contemplaban una filmografía privada e interior. Entretanto había empezado a llover. Con cautela, dejé caer una sugerencia: «Quieres que vayamos...». Fue como si hubiera dejado caer una taza de porcelana, te precipitaste, por qué, por qué, para cogerla.

La lluvia ya no cesó en toda la tarde. Entramos en mi casa precedidos por ese estado de ensueño que propicia el repiqueteo del agua. Señores, como la parte superior de un lápiz mordisqueada por su nervioso dueño, así está ahora mi tristeza. Pero yo tuve a Brezo, yo despeinaba las mil expresiones de su rostro, su rostro: vela tarquina izada, pequeña lona blanca que se agita en el aire y mi cuerpo extendido como la cubierta.

Contra la fisiología. Contra esta humana dependencia de ser abrazado, tocado, lamido con minúscula delicadeza por una lengua exacta. Me gustaría escribir contra la fisiología, porque la fisiología es imposible. No quiero salir a la vida, no quiero bajar a las tiendas a comprar latas ni arroz, tú eres mi concha, Brezo, quiero quedarme en ti. Pero debe el hombre salir cuando la noche se hunde en los contenedores y a su lado rugen monstruos de sesenta cilindros. Contra la fisiología, siempre vestido, así voy a quedarme, manteniendo la compostura de un pintor japonés. Nunca desnudo, nunca confiando en que vuelva a producirse aquella dejación de responsabilidad, cuando sobre los alféizares se oía el repiqueteo de la lluvia, cuando tú eras el cuarto y mi memoria.

El viento pasó la mano por la copa empapada de los árboles, se reían las gotas al caer. Con el encendido de los primeros faroles hubo un claror súbito en la ventana, tú me estrechaste con tus brazos delgados, y era cada suspiro tuyo como un descendimiento, bajar de la cruz, bajar de los espejos, reír en una fosa abisal que daba a Australia, a sus grandes praderas y a su cielo de soles rojos.

—¿Por qué? —Tu voz, recién salida del desmayo, me buscaba.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué es tan fácil? —dijiste, y otra vez languidecías, tendida a mi izquierda cerrabas los ojos.

Pronto dejará de serlo. Brezo, tú eres el énfasis que no tuve, eres la alacridad puesta delante de mi monotonía. Yo soy un hombre introvertido, manantial subterráneo, corriente prisionera, mientras que tú, catarata, te

extroviertes pintando de blanco empapado fragmentos de la atmósfera. Tú desconoces la palabra reserva, el acto de acumular imágenes, emociones para el invierno. Y si eres la cigarra, si vives en perpetuo verano y canturreas ¿cómo vas a entender el peligro de la falta de víveres, cómo explicarte que Prim es un libro flaco, que se llega enseguida a su última página y después sólo queda una ingrata desolación?

Sentí en el hombro el movimiento de Brezo en busca de la hora. «Todavía tengo que hacer el equipaje», dijo la lámpara gatuna de mi cuarto. Se levantó sin hacer ruido. Las rayas blancas y negras de la cortina de la ducha fueron desplegadas de izquierda a derecha, sucesión de fotogramas. El agua al caer era una claqueta marcando la entrada de la realidad.

Mas, habiéndome decidido a hablar, deberé contarlo todo. No hay sentimientos inocentes. Yo había soñado a Brezo, y ésa era mi culpa. De mentira, yo fui para Brezo. Con los labios mordidos, la tuve en el lecho, y era ella quien los mordía, febril de felicidad. Sergio la había cortejado sin esperanza en los primeros cursos. A horas intempestivas, en días intempestivos, ella requería mi amistad, me daba cumplida noticia de sus amantes, me hacía partícipe de sus locuras, necesitaba —lo supongo— verse reflejada, averiguar su imagen bajo la distorsión de mi recelo ecuánime y esquivo. Pero Brezo, flanqueada por hombres no bajos, nunca le habló a mi cuerpo. No se adelantaron sus hombros llamándome, no me tendió su boca. Cuando terminamos la carrera, yo emprendí el olvido y ella, su periplo hacia el norte. En mi primer trabajo apareció Lucía, abría mucho los ojos al hablar por teléfono, yo la veía salir montada en una vespa roja, la mejilla en la espalda de un barbudo muchacho. En aquel tramo de mi vida, breve, Brezo se difuminó. Perseguí a Lucía, la asedié. A mi edad de hombre tardío, la acompañaba por bares de puertas cerradas, brillaban bajo la luz los cuerpos agitados, curvos, de los danzantes, yo la veía bailar.

Hay mujeres que resplandecen y mujeres que son agujeros negros. Lucía era un agujero negro, tenía belleza de agujero negro, cuando más la deseaba era cuando sus ojos se volvían hacia dentro y junto con su pelo oscuro conformaban un vector muy distante. Cuando más la deseaba, Lucía era una piedra negra, una sombra inaccesible y negra, y estaba lejos. Viví con ella temeroso de extraviarla. Contraje matrimonio como quien guarda con tal cuidado un objeto que al fin, el día en que va a cogerlo, no sabe dónde está.

Pero hay mujeres que resplandecen. Son más frágiles, son mujeres de rasgos que a veces pasan desapercibidos hasta que, a una hora indecisa, resplandecen: verde luz en el pelo, brillo de ojos acuosos y linterna bajo los labios destellan al unísono componiendo una lámina tenue, penetrable. En los días que antecedieron a mi separación, Brezo resplandeciente tornó a ser un estado. Cuántas veces, amparado en el anonimato que me proporcionaba un grupo de amigos, yo me desdoblé. Pedía ron —porque era su bebida— y me dejaba llevar por un vaivén invisible. Simulaba atender al cónclave de recuerdos comunes, comentarios chistosos, réplicas y contrarréplicas, juegos turbios. Pero una voz infausta había dado la orden: inmersión, inmersión. Y yo me sumergía. Yo les miraba a todos con la condescendencia del alcohol, eran benévolas e incluso graciosas mis pocas intervenciones; mientras, mi cuerpo se desplazaba. Una madrugada me tocó sentarme justo en el borde de un largo asiento, y pude ver con claridad al doble tronco mío inclinarse hacia fuera como un tentempié. Después me vi marcharme. Ron Negrita, la cabeza perdida y yo con Brezo. Brezo: región de mi soledad.

Si el hombre se evade para soñar cuando está acompañado, qué no hará cuando está solo. El mar se confundía con el cielo en las paredes de mi habitación, en el horizonte de un zócalo impreciso iba pasando el día y quién se hubiera atrevido a competir con mis feraces jardines imaginarios, cuando no sonaba ya la llave en la cerradura, y nadie venía —nadie— a aplacar mi martirio interior, pero tampoco rompía nadie mis trances de beatitud. El ensueño se presentaba serenamente, desnudo de palabras, y era el corazón metrónomo de una música, y una luz, clara y nublada, giraba entre las copas de los árboles.

Prim se clausuró entonces, una equis de celofán muy larga le cubría cuando tomaba los transportes públicos, asistía al trabajo o compraba calcetines. Una equis invisible, Brezo, una banda cruzada de individuo ido. Tú estabas lejos; yo fui para ti un buzón robado y lleno de esas cartas que escribía con la

cabeza, nunca sobre el papel. Salía de casa, cruzaba la calle y ya estaba narrándote la peripecia, frente a mí brillaban tus ojos de té. Poco a poco aprendí a diluirte, mi deseo escrutaba apagados corredores o se posaba en puertas. Y ahora tú te consumas. Brezo, óyeme, el hombre no da más de sí. En mi cabeza figura andar contigo hasta la cumbre de las montañas, pero me canso, pero la nieve entra en los mocasines, pero la cumbre está llena de coches, pues a veces tampoco las montañas dan más de sí, sino que son turísticas. Brezo, Brezo, no se perpetran los sueños impunemente, yo lo desconocía. ¿A quién pediré clemencia?

Al día siguiente, mientras yo pagaba mis frascos de verduras, mis pescados y quesos en el supermercado, Brezo colocaba su bolsa en los altillos de un vagón, rumbo a Zamora, ciudad en donde hizo la primera de sus múltiples escalas. Fueron días de vértigo. Ella telefoneaba y yo le preguntaba como un desorientado: «¿Dónde estás?». Raros pueblos, gentes raras disponían en su casa un cuarto para Brezo y así determinaban su ruta hacia el Atlántico. «No quiero descansar, quiero agotarme», decía al referirme sus idas y venidas. Yo me acordaba entonces de la mañana en que solicitó su beca en Finlandia. Retornábamos juntos del ministerio, ella guardaba un silencio de niño enfurruñado hasta que se le ocurrió que lo que le hacía falta era comer mochila. Brezo amaba los ritos, y hoy me pregunto si fue así, comulgando con trapos de nylon azules y rojos, como recuperó el ímpetu errático de los adolescentes.

Una vez en el seminario, al menos telefoneaba siempre desde la misma ciudad, si bien seguía escogiendo cabinas de ubicación incierta, con música religiosa, rugidos o una juvenil algazara al fondo. Solía llamar en torno a las diez de la noche, y yo dejaba sonar el timbre dos o tres veces antes de cogerlo en un esfuerzo por infundirme sensatez. Hablaba de pie, el aparato en una mano, el auricular en la otra, pendiente de no hacer llegar a Brezo el menor signo de ansiedad, es decir: atenuando en lo posible esas inflexiones lúgubres propias de quien lleva más de cuatro horas sin hablar con nadie; obviando toda alusión a mis cuitas laborales, a mi falta de impulso, a la inquietud por no poder ocultarme en su cuerpo como en una montaña de hojas secas. Casi mi único objetivo era su risa. Para provocarla, acrecentarla y sostenerla,

trabajaba mi cabeza a toda máquina. Después, al colgar, me parecía distinguir un sonido como de cubitos de hielo entrechocando dentro de los vasos, eran las ondas de su risa y yo las repasaba tumbado en el sofá.

Hubo una última llamada distinta. Tres horas antes de que saliera su tren, previo acopio de monedas, se vio vagar por Santiago a una mujer de edad secreta y pasos largos, una especie de mimo vestido de negro —los ojos casi transparentes— a la busca de un teléfono público poco requerido. La voz de Brezo sonó en mi casa con alguna anticipación. Llegaba como filtrándose por la rejilla de un viejo confesionario y no a través de un sistema de telecomunicaciones. Al parecer, en un bar de Santiago se había encontrado a un amigo con quien, varios años atrás, sostuviera una relación perturbadora. «¿Sabes? Yo tengo amores como catarros mal curados», dijo, y se intrincó por un relato inconexo de su vida sentimental. Escuché mudo el elenco de cuantas gentes habitaron un día la mirada de Brezo, su cintura. «Vuelven —decía ella—. En forma de recuerdo, en una carta, en sueños, siempre vuelven, vienen a buscarme, se me aparecen en un café, al final de una película, tú te me apareciste en una parada de autobús.» Sergio, desprevenido, comió aquellas palabras como un trozo de galleta en el bosque de Alicia: volviéndose pequeño, cada vez más pequeño, Sergio Prim ocupaba ya sólo el espacio de un punto, mínimo, el último reducto de donde nadie podría echarle. Allá lejos, en una calle oscura y apenas transitada, Brezo proseguía hablándome en zigzags; sus historias hacían pensar en las copas de árboles cuando se bambolean, plenas y temblorosas, dentro de los ríos. Y yo las oía sin inmutarme porque había comprendido que era mi retraimiento, que era precisamente mi punto incommovible, por más que diminuto, lo que Brezo buscaba. Manteniendo mi estricta vocación de soledad yo hacía las veces de poste arrimadizo, columna o simple tronco de semáforo para que tú pudieras sujetarte. Tú la expulsada y retenida, la sin-punto, tú y el vaivén de tus

apariciones, tus amores como catarros mal curados, tu fe descomedida en un Sergio Prim indestructible, imaginario, amiga, imaginario.

La habitación se esconde, se agazapan los muros, la cama, los cristales, mientras voy dibujando el recuerdo y ya no sé si fue lo que emprendí razón bastante para mi locura o bien si a nadie sirve, si ninguno de ustedes quiso nunca hendir una retícula del plano para la amada en ciernes, para la pesadilla que se borra. Tal vez ninguno de ustedes quiso nunca sostener como un abrigo un hueco detrás de la amada, un tiempo sosegado con sus mangas flotantes, y ayudarla a ponérselo, y entonces decir: «Ven y reposa».

Más veloces que el tren donde regresaba Brezo, llegaron las circunstancias y estrecharon en torno a mí un círculo de tensión e irascibilidad. Fuera por buscar un desahogo a mis compromisos con Elena Morales, bien por el miedo cervical que me provocan ciertas manifestaciones clásicas del cariño, en vez de ir a recoger a Brezo a la estación acepté un ofrecimiento de Enrique. Oculto, solapado bajo la blanca montura de sus cejas, ese hombre había observado mi esfuerzo por contener ademanes que no obstante se producían, resoplidos labiales de camello o una percusión de bolígrafos contra la mesa. Sin consultarme, como se hace con las gentes que padecen un trastorno momentáneo, me condujo a un restaurante indio, eligió la comida y luego me arrastró de una copa hacia otra copa por los bares ambiguos de las cuatro de la tarde, las seis, las siete. Yo me dejaba hacer, Brezo, yo retardaba el momento de medirme con tu regreso, como quien se conforma con un esbozo a vuelapluma pues teme proseguir.

Los gatos, el urbanismo, los volúmenes de mujer: borrosamente Sergio atendía a la conversación, a veces enfocaba un término, la palabra «Bailén», y rezagaba su espíritu en aquella calle, y sus ojos emanaban —para nadie— ráfagas de soledad gatuna e incongruente, mira que no haber ido a esperarla. Enrique me observaba, al parecer había hecho una pregunta: quería saber si yo tenía novia. Abrí los labios lentamente. Entre escandalizado y triste dije: «No». Brezo, yo te traicionaré muchas veces. Me dirán tu nombre y te negaré, te ignoraré, pondré cara de sorpresa y así nadie sabrá que te conozco. Son palabras de camarada viejo, de amante clandestino. Es el miedo a nombrar, a decir: «Esto es un árbol», o bien «Ella ha venido», «Ella se irá». Guardaré

silencio. Para que estés a salvo de esa mujer de espalda escotada he de hacerle creer que no te conocí nunca, que no exististe nunca, que todo fue el fruto de una ilusión despechada.

Se hizo de noche y seguíamos reclinados en los amplios sillones de un bar con grabados de gimnastas de fin de siglo. Una joven pasó delante de nosotros —¿no eras tú?, no eras tú— camino del ropero y luego la vimos salir envuelta en una capa verde pocho. Dieron siete campanadas lastimeras en el reloj de pared. ¿Cuántos destellos? Mil quinientos, tal vez, setecientos cincuenta apagados y setecientos cincuenta encendidos de la lucecita roja, sólo para que al abrir la puerta de mi casa yo supiera que me habías llamado. Cada minuto pasado en aquel bar eran destellos añadidos, claridad tuya exánime latiendo y deslatiendo: regresemos, Enrique, por favor.

En la parada de autobús me encontré rodeado de señoras que habían inventado sus labios: rosas en forma de «o», rojos como una calcomanía. Un 37 se abrió: escoltada por la piña de viajeros no bajó Brezo. Ascendí con absorta lentitud, los hombres me empujaban, las señoras frotaban las cabezas de sus hijos contra mí. Al otro lado del cristal, un río de bocinas impacientes. Hágase el silencio, hágase el vado de la urbe luminosa, quiero mis ojos tendidos sobre el cuerpo de Brezo. Y, sin embargo, ¿qué es un cuerpo? La identidad comprimida entre una gastada cabellera y unos zapatos no brillantes, tratándose del mío. Quizá por eso me cuesta tanto sostenerlo, tanto que necesito el soporte de otros músculos, de otros pies y otros hombros para abandonarlo, así se deja abandonada una bicicleta contra la pared.

Ciertos minerales —la pizarra, la mica— poseen una estructura foliácea, pero también ciertas psicologías o, por mejor decir, la psicología humana en general participa de esta constitución tendente a laminarse; un golpe breve y se fragmenta el ser, un ligero tropiezo y caen las delgadas láminas, y en su caída chocan contra cualquier superficie, quebrándose. Mi serie de fracturas, mi día rompedizo comenzó con un percance doméstico. El ojo izquierdo se me llenó de jabón, un escozor rojizo, el ánimo partido de repente, como si medio Sergio estuviera triste o acatarrado o padeciera una alergia primaveral.

En el gabinete, el azul cobalto del cielo se apretaba contra la única ventana descubierta. Debajo estaban una mesa nueva con su ordenador y Nélope, quien no se volvió para saludarme. Eché de menos la sonrisa cómplice de Enrique, una alusión velada a la tarde anterior. Que tenía que hablar conmigo, dijo. Me quité el gabán y fui a buscarlo. Él me mostró un mensaje en donde se establecía un calendario de trabajo distinto del que yo había propuesto para nuestro estudio. Desconcertado, hecha ya trizas mi primera lámina, telefoneé a Elena Morales. No se puso.

Me habían retirado la confianza. A doña Elena, mi intervención quejándome por falta de tiempo debía de haberle parecido ridícula. No sabiendo qué hacer, me introduje en mi documento más antiguo: «Valoraciones del paisaje I». Mi trabajo, Dios mío, hubo un tiempo en que me lo creí. El paisaje considerado como un recurso. Ese túnel de sombra que forman los alisos sobre el río... Prim tiene quince años, sus compañeros de campamento han recogido las tiendas, ya se marchan pero él ha olvidado algo, por ejemplo su roja navaja suiza de siete usos. Retrocede con prisa, le vemos acuclillarse y, qué extraño,

no palpa el suelo como quien busca. Prim se limita a memorizar: una explanada rocosa, el borde umbrío del agua, raíces de árboles, serena mezcla de color que ya no perturban los sacos de dormir expuestos al aire sobre las tiendas —filas de borrones brillantes—, ni tampoco en el agua, la mota verde del fieltro de una cantimplora. Hace ya muchos años que empecé a recolectar imágenes salvíficas y a proyectarlas luego sobre las columnas amarillas y negras del garaje, en la tapa del pupitre, delante del malicioso rostro de mis primos.

Durante los primeros meses de trabajo en el gabinete de doña Elena creí haber encontrado el empleo de mi vida: detector de paisajes. Por aquel entonces yo desempeñaba labores semiadministrativas, con carácter provisional, en el Ministerio de Transportes, y les aseguro que el mío era un destino afortunado si uno no quería dedicarse a la enseñanza. Entretanto, el país avanzaba: nuevas disposiciones exigían que los proyectos de las grandes implantaciones industriales, obras públicas o actuaciones urbanísticas vinieran acompañados de una estimación de impactos, esto es, un estudio de las repercusiones de la obra en la hidrología, en la economía, en el clima..., en el paisaje. ¿Qué más podía desear un geógrafo? Elena Morales, profesora menuda e inteligente, abandonó su departamento para poner en marcha uno de los primeros gabinetes dedicados al asunto. Y me escribió con una oferta profesional. No actuaba movida sólo —aclaraba— por razones académicas, sino también por el influjo de un recuerdo. Fue durante el seminario de la ciudad postindustrial, a su vuelta de un congreso en Perú. Mis compañeros se habían interesado por el país y ella comenzó a hablar de las condiciones de vida, de los problemas económicos, hasta que llegó a los Andes. Al parecer, con preguntas certeras y obstinadas, yo me empeñé en averiguar por qué le gustaban exactamente. Gracias a lo cual ella había pensado en mí para un trabajo que, en definitiva, consistía en formular y resolver esa clase de cuestiones.

Guardo esa carta como el as de corazones que me hizo ganar la primera partida, aunque del botín obtenido sólo queden el cerco del vaso y un olor a ginebra en el aparador. Durante los primeros meses, sin embargo, yo había conocido la victoria. Era como si al muchacho Sergio Prim le ofrecieran un puesto de observación privilegiado sobre el río de los alisos y le dijeren: «¿Hay un sitio donde podamos colocar las tiendas para que pasen inadvertidas, o conviene prohibir cualquier tipo de acampada en diez kilómetros a la redonda?». Estudié cuanto pude encontrar, desde los griegos a nuestros días, sobre el tratamiento del paisaje. Hice que me tradujeran artículos del búlgaro y el danés, leí a los maestros del Renacimiento, quise conciliar sus máximas —vgr.: «El agua en movimiento siempre es bella»— con los conceptos modernos de cuenca visual, fragilidad o grado de susceptibilidad al deterioro. Pero enseguida, Brezo, atiende ahora, *enseguida* apareció la realidad, taconeando, frívola, y masticando, despacio, una palabra boba: chanchullos. Chanchullos edulcorados, chanchullos de fresa, rellenos, amistosos, «normales». Chanchullos indirectos que se remontaban al momento de recoger los datos y a mí me impedían ser justo. Patentes de curso, amiga, eso era lo que hacíamos en la mayor parte de las ocasiones. «La minoría nos justifica», me dijo doña Elena con un hilo de voz una noche de hace varios años. Habíamos salido los últimos y descubrimos que los dos nos dirigíamos al mismo bar: sucedió la confidencia. Desde entonces, si alguna vez hablábamos de convicciones, nunca se mencionaba aquella conversación. Una capa de olvido, densa, blanca, la había cubierto. Por el contrario, a menudo, discrepancias en asuntos de método eran motivo de roces injustificados, raspaduras del ánimo, roces que nada sabían de tus pechos en mi pecho, Brezo impalpable, Brezo alejada de mí.

A veces no ocurre nada —el corazón se abstrae— y a veces ocurre todo al mismo tiempo: Marcos vino a buscar bibliografía, sonó el teléfono, yo estuve a punto de borrar un texto por descuido. En pocos minutos fui víctima de una

excitación desproporcionada, repetía gestos inacabados, inútiles, me obcecaba con órdenes erróneas en el ordenador. El teléfono sonaba otra vez. Esperé a que desistiera y huí de aquel salón bullicioso, de aquel urbanismo de peluquería.

Hacía viento en la calle. Las palomas de la plaza de Santa Ana se apartaban, perezosas, a mi paso. Entré en una cabina y, esta vez yo, esta vez yo, llamé a Brezo:

—Bienvenida, viajera. Oí tu mensaje, pero hay problemas en el trabajo y no sé si voy a poder verte.

—¿Algo grave?

—No demasiado.

—¿Estás decaído?

—Supongo que sí. —Reconocerlo iba en contra de mis teorías, pero su voz incitaba al abandono y es tan irresistible, en ocasiones, la tentación de propinarle un empujoncito al rey: una partida menos, pieza caída, rodante, pieza sin culpa ya sobre el tablero.

Imagínense a un hombre de canas incipientes, un hombre bajo, de cabeza grande, un hombre solo y compungido dentro de su traje gris, en una cabina cercada por palomas. Acaso conozcan la desolación de la plaza de Santa Ana en días laborables, cuando hace frío y viento, algún periódico choca con las patas de los bancos, suena el rasguño del ámbar roto de las botellas y no hay un alma. En aquel altar de casas apuntaladas, ante una parroquia de locas y borrachos adormecidos, invoqué su imagen. Los diez días de ausencia crecieron como montañas rusas por cuya cresta me precipité.

—No me hagas caso. ¿Puedes venir hoy a mi casa..., a las cinco?

Manos cruzadas a la espalda, porte contrito pero cara gozosa, por el camino de vuelta al gabinete. En mi cabeza veía el encuentro contigo antes de tres horas. Nos veía abrazados en mi habitación, y al fondo algunas figuras del

tamaño de tréboles, eran mis compañeros de trabajo y los clientes, y una Elena Morales con su esclavina blanca, y un Sergio Prim medroso y amotinado.

En cuanto abrí la puerta Enrique me pidió varios datos que yo no poseía. ¿Fue un error negarme a recabarlos de forma apresurada e inexacta? ¿Fue una muestra de mi rectitud o quizá de mi incompetencia? ¿Cómo imprimir seguridad a nuestra actuación? Todo el mundo parecía saberlo en aquel despacho que empezaba a agrandarse hasta ocupar el primer plano de mis visiones mientras que tú y yo quedábamos relegados al último, convertidos en piedras, briznas, figurillas de El Bosco en la vorágine. Respondí a Enrique con una mezcla de excitación y timidez en absoluto adecuada para un superior. De repente ya no me interesaban mis argumentos; distraído, calibraba la posibilidad de llevármelo al discreto rincón de la columna para hablarle con franqueza. Enrique, le diría, ¿cómo consigues conservar la calma? ¿Qué hace Marcos para sostener esa forma obcecada de mostrarse satisfecho? Sin embargo, guardé silencio y me fui por un café con leche. Apoyada en la pared, vestida con un traje siena en forma de toga, Elena Morales conversaba —me pareció que discutía— con el abogado del gabinete, don Juan Peña.

Apreté la tecla donde estaba escrita la palabra «amargo» —yo siempre tomo el café con azúcar, pero a ratos una palabra nos salva con su rotundidad, en su «R» rugiente delegamos la rabia, a través de su «O» conjuramos las bocas de aquellos pozos en donde pudimos haber caído.

—Señor Prim, no le había visto —dijo doña Elena después del pitido que ordena recoger la bebida—. Le debo una explicación.

Con voz sentida y preocupada se excusó por no haberme avisado antes. Al parecer, se me iba a encomendar una estimación de impactos confidencial. Doña Elena no había querido escribírmelo en el ordenador arriesgándose a que algún otro empleado lo viera. Pensaba decírmelo a primera hora de la mañana, pero no había tenido un minuto libre. Me pidió que fuera a su despacho al día siguiente, nada más llegar. A su lado oscilaba el faldón de la

chaqueta del abogado. Yo sonreí, acepté la explicación y enseguida me fui. Mi preocupación de los últimos días perdía sentido pero no desaparecía sino que, como una ventana cegada, como un armario condenado, invadía absurdamente mis estancias interiores. Curvas no de mujer sino de lana destejida, curvas de acordeón, me dibujaban el ánimo.

Oh, tú, la impertérrita, la incólume: qué superficie líquida y removida, a tu lado, mi voluntad cambiante. Brezo, yo fluctuaba. Yo me hundía sin que el enojoso malentendido con doña Elena justificase mi aflicción. La tristeza, amiga, no procede de afuera casi nunca: es tristeza local, lamento por los fallos cometidos. Somos, al cabo, nosotros entristeciéndonos a nosotros mismos; nosotros el objeto de la nostalgia, la lluvia. Deviene redundante, siempre, la tristeza. Y a cada paso Prim distinguía mejor el rótulo de su destino: una mesa entre tantas y no ser el primero de la clase; un hastío en el pecho y el temor a que Brezo se diera cuenta.

Cuando abrí la puerta, el tiempo se condensó en un abrazo centrípeto, la cara interna de tus brazos rodeaba mi espalda como una órbita. No hubo un segundo de vacilación, así cae la piedra arrojada desde la torre de Pisa, la manzana que viera Newton, así también la rueda por inercia se detiene. Mis manos se posaban en tus pechos como una cabeza en el reposacabezas, como se queda quieta la tapa al girar sobre la tetera y ya no se mueve.

Cuadros azules y grises regían la superficie de mi colcha, y más arriba tú que te curvabas, espalda de luz, girabas destellando y me decías: «Úsame». Con una mezcla blanda de lascivia e ingenuidad el imperativo te saltaba a la boca. Subí contigo al pescante del placer fugitivo. El cuarto se llenó de bocetos tuyos. Había, suponte, noventa Brezos por cada minuto que puedo recordar, yo las amaba, incansable, pues el amante está ciego como los murciélagos y es su destino actuar como si no supiera lo que ocurre. Como si no le hubieran dicho que el cielo no es azul y no advirtiera que esa trabazón de los mamíferos es la más endeble de cuantas existen. Naranja abierta, huevo partido, pareja rota de cerezas. Ni tan siquiera semejantes a dos manos que se estrechan, ni aun como el vértice de dos ramas: gajos sueltos somos, gajos filiformes a la deriva, efímero el ardor y las piernas temblando.

Pero el deseo nos niega, el deseo nos roba la cordura y yo estaba tan cerca de mi sueño, tan de bruces en él, tan por él anegado cuando te conducía con mi carne hacia dónde, Brezo.

Algo se derramó, una corriente de aire golpeó las ventanas o quizá fuiste tú, habías volcado un vaso sin querer, habías roto nuestro pacto tácito de provisionalidad: por vez primera intentabas sujetar el futuro.

—Deberías venir a Finlandia —dijiste.

Aunque no se trataba de una verdadera proposición, yo me asusté. Peligro, un triángulo de firme deslizante, qué señal hacer. Si me convocas, bordeas las trampas, malhieres el acuerdo de no bajar a tierra, de estar en los segundos como en buques fantasmas que no atracarán nunca.

Te volviste, la luz rebotó en ese mármol que el placer consumado pone bajo los pómulos. Comenzamos a vestirnos, ¿son útiles, amiga, las explicaciones? «Olvida la invitación —hubiera querido pedirte—. ¿No comprendes que resistirse es una ofensa y aceptar una catástrofe?» Y no lo comprendías. Temeraria, llegaste al punto de enviarme un mensajero, un «¿Qué piensas?» expectante, un paje que aguardaba a la intemperie. Yo callaba. Brezo, en mi familia siempre decían que se me había comido la lengua el gato. Primos, tías, abuelas; entre todos me habían definido, me acusaban. Hasta que resolví darles la razón. Sergio no tenía lengua: pues bien, no iban a oírle una sola palabra más. Tú esto no lo sabías y por qué habías de saberlo. Llega el hombre a una edad con sus heridas y es mejor que esté solo. Para que no le toquen sin querer.

Desde mi habitación aislada llamo, Brezo, a los arquitectos, extendiendo planos, materiales, quiero levantar un lugar favorable para ti. Pero a tu lado no; a tu lado sé que cometería errores. Hice una seña al paje, quien seguía a la espera, y le hablé así: «Comunique a su dama que Prim es un escéptico». Abriste la ventana y entró frío, y el ruido de la lluvia reincidente. Yo quise justificarme pero mi pensamiento se reblandecía como el de un borracho, un bizcocho borracho y qué alegar: «Señores, este individuo obró con obcecación, le aqueja una modalidad del miedo, pánico a lo convexo, a las puntas del día, a lo real que abulta y nos despeña».

De la penumbra habíamos pasado a la oscuridad. Por la ventana de mi

dormitorio se adensaba una bruma luminosa, un anuncio. Dos grúas bendecían a lo lejos. Era esa hora en que el cansancio del día se revela, brota de los rincones de la casa y quisiéramos estar solos.

Discreta, súbitamente breve, me apretaste el hombro y luego buscaste tu reloj de pulsera, las horquillas del pelo, tu bufanda de colores. «Es tarde», dijiste. Pensé en esos viajantes de comercio que despliegan innumerables objetos por el cuarto y los recogen en un santiamén. Así te recogías, mi pequeño paraguas automático: además de abrirte, también te cerrabas solo. Brezo vagabunda, cayó la noche y tú saliste a la calle expelida por mi insociabilidad.

Estuve acechando tras el cristal tus andares de paradas bruscas, tu manía de cruzar sin mirar a los lados. La ropa no se había mezclado aún con tu cuerpo y era fácil suponer bajo las telas el mórbido saliente de los omóplatos. De espaldas a mí, antes de doblar la esquina, me saludaste. Un sobre sin remite, tu mano, otro más: «Yo no escribo para que me contestes», «Yo no te saludo para que me contestes», parecía decir. En la ventana, Sergio agitaba el pañuelo que tú no veías, tembloroso rasgaba los sobres sin remite que no se permitía responder. Brezo, la vida viene y nos ocurre lejos, como la nieve en la esfera, en lo que no éramos nosotros nos ocurre, mientras tú me decías las quietas palabras y, en tu cintura, Sergio acechaba incauto, dócil de gratitud.

El nuevo encargo de Elena Morales se prestaba bien a mi propósito de acotar un espacio exento. La estimación de impactos «confidencial» consistía en el análisis de las implicaciones ambientales, sociales y económicas de un helipuerto militar en el valle de la serranía de Cuenca. Inclinado sobre unas teclas que nadie vigilaba, al abrigo de tablas innumerables e informes gruesos, yo avanzaba en la búsqueda del lugar. Oh, ustedes, damas y caballeros, mentes introvertidas, díganme si, como el paño de seda cae sobre el cuerpo dormido adoptando sus formas momentáneamente, querrá Brezo extenderse sobre las conquistas de mi vocabulario. Ven:

Supón que ves el hueco de la mano, supón ahora que quitas la mano y queda sólo el hueco. Como si de un árbol hueco quitásemos el árbol, como si de una pared hueca quitáramos la pared o de un armario quitásemos la madera y la barra con perchas y ropa colgada. Considera la palabra hueco en su exacta magnitud. No fijes tu atención en el recinto, por más que esté vacío, ya que todo recinto es fuente de amenazas: del hueso sangriento de un albaricoque puede surgir una oruga; de una casa espaciosa, el dueño; una tela de araña acecha, enemiga, en el fondo del recibidor. Quise, Brezo, para ti, el lugar de las preocupaciones despejadas y la íntima, la benigna invisibilidad.

Un sábado, al fin, me decidí a hablarle. Ella me iba a presentar a varios amigos suyos, difícil trámite, circunstancia adversa. Aquel bar la tragó, blusas y cabelleras se movían en torno a Brezo como si fueran humo. Durante la primera hora traté de seguirla por pasadizos negros. Regresé, muy cansado, a la barra y ella venía de tanto en tanto. Una vez me trajo al archivófago rubio, acompañado de una chica de terciopelo. Luego aparecieron cinco o seis

conocidos más y todos bebían y hablaban compulsivamente. Todos, a excepción de la chica de terciopelo. Cuidadosamente peinada mas con dos o tres greñas cayéndole por delante de los ojos, la frágil chica miraba a los contertulios. Vestía un traje granate, entallado, seis botones inútiles remarcaban el busto que su mano cubría mientras ella mostraba esa atención desmedida propia de los que no saben estar con mucha gente. La imaginé lectora y voraz —los libros, Brezo, ya lo vas sabiendo, eran nuestra valentía: asistir a las fiestas del *faubourg* Saint Germain sin que nadie nos viera; admirar el vestido como de mariposa de la duquesa de Guermantes, cortejar, seducir, sin el esfuerzo de la representación—. La chica de terciopelo, forma mía, partió. Se hizo muy tarde. Tuve sueño y lo vencí, notaba en la lengua un ligero regusto de ron, luego noté la mano de Brezo apoyada en mi espalda y me asaltó el perfume de su cuello, quise estrujarla, descender por su escote sin pudor, ebrio, último, pero Sergio había resuelto hablarle y le pidió audiencia.

Fuimos a la cafetería de un hotel con nombre nórdico, ella parecía una extranjera en el sur, el resplandor del pelo, las ojeras que, delicada, cubrió con gafas oscuras.

—¿Por qué fijamos la mirada en un punto y no en otro? —dije, y cogí su mano—. Cada vez que nos sentimos hostigados, o estamos en la inopia, o en el abatimiento, ¿por qué elegimos para detenernos este círculo de enchufe o aquel azulejo precisamente?

No me entendió bien.

—Brezo, ¿tú podrías quedarte mirando el reflejo de la luz en un vaso comprendiendo su sentido, tú podrías abismarte como esos monjes que hablan del no ser, pero al mismo tiempo, y ésta es la diferencia con los monjes, seguir estando conmigo?

Recuerdo un trasiego de clientes, jóvenes avestruces con faldas cortas, hombres maduros cuyas espaldas semejaban lápidas azul marino. Brezo me creyó borracho y yo lo estaba, sin duda, lo bastante borracho como para

ponerle condiciones, a ella, mi aparición, lo bastante borracho como para decirle que hasta tanto no encontrara y pudiera mostrarle esos puntos —huecos—, esos distritos de la emoción que nos albergan, deberíamos dejar de vernos.

Entonces te quitaste las gafas oscuras.

—No te creo —dijiste, y tenías razón. Hacías bien en dudar, la vida es sospechosa, conviene no creerse nada. Brezo, si pudieras no creer a los coches que están aparcados a la salida, no creer en estos vasos de tubo, no creer en mí. Esa mujer de guantes largos y melena recta, esa mujer que vemos es mentira, y su andar de largas piernas, una invención cinematográfica. Amiga, no te creas nada, ni las blancas paredes, ni los trombones tiernos ni las fábricas que se iluminan en la noche. No te creas la voz que parece que suena en los relojes, ni el olor del café, ni el silencio te creas, ni el silencio. No creas las imágenes de gozo desmedido que vienen a posarse en tu languidez, no creas tu languidez. Y cuando alguno te diga los sentimientos, entonces tú no te creas nada, aunque sea difícil. Mírame a mí, que estoy tan lejos, que tengo mimbres al otro lado de la ventana. Amiga, yo dudo ya de los mimbres, de la ventana, del radiador, del frío. En esta época de interruptores, cuando no puedo saber si la aguja del disco toca un disco porque un rayo lo toca, quién me convencerá de que al pulsar un botón no encendí una bombilla en Francia sin querer, de que tuve cuidado y no dejé sin luz a los faroles de una calle de Córdoba, de que no me encendieron. Y digo que tú darías mi luz, ahora, si me tocaras, si sólo me rozases con las rodillas... Pero no has de creerme. Esta jerga imprecisa del amor poderoso no la creas nunca, Brezo. Tú no des ningún crédito al papel que nos traen con números escritos, ni a mi nariz, ni a mis piernas que avanzan, ¿hacia dónde avanzan? «No te creas nada», dije depositando en la mesa el pago de nuestras bebidas, y cuando ya los cuerpos se vencían irradiándose el uno contra el otro, añadí: «Tú no te creas nada, porque así cuanto menos te protegerá un sistema sensible, líquido acaso y móvil, y turbulento, no sin misterio llamado sentido del humor».

En aquellos días el trabajo se tornó de una difusa hostilidad. El rostro venerable, el ademán pausado de Elena Morales me incomodaba tanto como la eficiencia de los compañeros. Con la excusa de que la luz fluorescente me hacía daño a los ojos, modifiqué el ángulo de mi mesa de manera que quedara entre la columna y la pared. Esta nueva disposición reforzaba mi aislamiento. Si alguno quería pasar por detrás de mí, debía colocarse de perfil para sortear la columna, empujar mi silla y, por último, apartar unos centímetros la esquina de la mesa. Pero tampoco así lograba mantener cierto grado de coherencia en mi lenta indagación. Cada dos por tres sonaba el teléfono, los merodeos en torno a mi sitio me inquietaban, pues no quería que nadie viera mis libros infiltrados. Hasta que, en uno de ellos, di con la descripción de un ámbito idóneo. El autor, Bernardo Soares, refería su visita a la oficina a una hora infrecuente y comentaba: «Era, en cierto modo, el hogar, es decir, el lugar en el que no se siente». Al rato de leerlo Sergio comunicaba su voluntad de permanecer en el gabinete una vez que todos se hubieran ido, con el fin de no exponer inútilmente, dijo, la información militar.

A las seis de la tarde la oficina quedaba vacía; a las ocho llegaban las mujeres de la limpieza. Disponía, pues, de un intervalo de dos horas para buscar documentación, alguna referencia, una palabra como una exclamación que me alentara. En cuanto oía salir al último empleado sacaba el material de mi archivador: fichas tomadas durante el fin de semana en la biblioteca, lecturas, viejos apuntes de la facultad. Me hallaba particularmente interesado en los geógrafos de la percepción, una corriente que apenas había merecido un epígrafe en el programa de la asignatura, pero entre cuyas aportaciones

figuraba el «mapa mental». Oh, deliciosa idea. Oh, concepción tripartita del mundo. No hay un dentro y un fuera, no hay un hombre en su casa y abajo la superficie de avenidas y paseos que consignan los planos, sino un hombre en su casa, una urdimbre de aceras en las calles y, entre los dos, un mapa mental o filtro que modifica el paisaje, el desnivel de las cuestas, las escalas... Con un dibujante cartógrafo a su servicio, cada individuo podría plasmar las imágenes de su mapa mental en un papel. Veríamos entonces cambiar la geometría de las plazas, multiplicarse o reducirse la distancia entre la Cibeles y la Puerta del Sol, crecer la densidad de población de África, la extensión de China, la altitud del Retiro. Con un cartógrafo a su disposición, Sergio Prim hubiera acertado a descubrir ángulos como heridas de un papel doblado muchas veces, pues no ignoraba que había fracturas en su mapa mental por donde cabía irse. Pero ¿cómo acceder a los mapas mentales ajenos? ¿Cómo señalarlas allí?

Mis pesquisas discurrían a ritmo lento, y tú te me adelantabas. Un jueves de lluvia, con seriedad, pronunciaste el verbo fatídico: «Te quiero», dijiste, y se hizo tarde de golpe. Demasiado tarde para eludir el augurio de tu declaración. Bajo los aleros, en la plaza de San Ildefonso, me llevé el dedo a los labios. Calla, calla, geógrafa mía. Cada «te quiero» resta un segundo de vida a los escasos segundos de la ficción amorosa. Indiferente, tú extendías la mano en espera del fin del chaparrón. Sin atender a la catástrofe desencadenada, tú metías las manos en mis bolsillos; tiritando, te dejabas abrazar. Brezo, pensé, si pudiera seguir comportándome como si no lo hubieras dicho. Todo «te quiero» entraña una promesa y las promesas nos dañan, pues dividen la vida en momentos de obediencia y momentos de traición. Yo digo «te quiero» y desato tu fantasía. Si una brizna de paja se convierte en viga en el ojo ajeno, una pequeña promesa se convierte en gran presagio de dicha que trae consigo el fraude, un principio de rencor por lo hablado y no cumplido. ¿Y quién podrá cumplirlo? Nadie, nadie. Brezo, los amantes no son, como dijera Shakespeare,

el monstruo de dos espaldas, ni tampoco el ave fénix que renace de sus cenizas sino más bien la fiera que se come a sí misma. El amor se autodestruye no para sobrevivir sino para vivirse; no a la manera del grano de trigo que cae en tierra y da la espiga, sino como el cohete que arde en el cielo, y en el arder existe y se da muerte.

Me empujaste, corrimos hacia mi portal. Brezo y tus cabellos húmedos. «Te adoro», exclamaste, ay, desaconsejada, antes de besarme en el ascensor. Vino el deseo, ángel aferrable y desnudo, tu espalda oscilaba, y acaso no te dije que parecías un muchacho, una corriente de agua y en ella la suma de los cuerpos y los rostros que alguna vez pedí. Sergio llegaba al fondo, tú te perdías, y un ruido de conchas ensartadas en cordeles, suspendidas y agitadas al viento sonaba dentro de mí.

Pero no te parecía suficiente. Hay una clase de espíritus errantes que de pronto sienten nostalgia de encontrar la luz encendida de vuelta a casa, así tú, después que nos vestíamos, perseguías el mundo de las cosas diarias, querías aprender dónde guardaba yo las tazas o cómo se ponía mi aparato de música. Y eras desmemoriada y concebías gestos incorruptibles: tu mano cruza mi frente produciendo un efecto benéfico y este hecho puede repetirse por los siglos de los siglos.

Señores, un hombre ha encontrado un ciervo en el umbral. Ahora lo abraza con desesperación. ¿Creen, quizá, que se equivoca? Brezo, mi vida estuvo llena de cifras inexactas, me confundía en las sumas, tachaba y era en vano, los errores nos siguen siempre. De un lado estaba Sergio e iba perdiendo caballos, peones, torres; del otro, la realidad intacta, sedienta. Fue cuando subiste a mi casa, miraste por los balcones y te dejaste acariciar el costado como un pájaro. Pude haber eludido tu presencia, desde el primer encuentro. Pude haber permanecido solo, Sergio gobernador de su escasez. Pero extendí la mano y toqué al ciervo. Acepté la grave interferencia que tú cometías, confiando en que esta única cosa que poseo, mi intimidad poblada, ordenada,

secreta, éste, mi punto mudo del reposo, crecería, como península emanada, como margen de río o bastión inatacado por los otros, tantos otros, conquistadores de lo que fue un destino no escrito y es ahora una página casi terminada.

A Elena Morales no le había pasado desapercibida mi falta de rendimiento; un día me llamó para interesarse por el estado del informe. Me excusé sin fervor, inventé vagas contrariedades surgidas en el análisis de los datos e incluso, dado el talante afectuoso de doña Elena, me atreví a mencionar una crisis anímica. Lo cierto es que también ella me pareció preocupada. A modo de despedida dije «Buenas noches» sin querer, equivocándome o acaso expulsándome yo mismo a un horario de tinieblas, al paisaje del sueño y lo imprevisto: doña Elena no me oyó. Vuelta de perfil, en actitud ausente, encendió un cigarrillo y no miraba.

Me recogí en la mesa víctima de una decisión sin cauce: ¿hacia dónde partir, a qué reino de paredes canceladas conducirte?

—Brezo —ya, detrás del hilo, me escuchabas—, igual que en los mapas físicos hay signos que indican la presencia de un parador, un santuario, una vista panorámica, ¿no podríamos marcar, en los mapas mentales todo punto, interruptor, manivela o muesca de cenicero que sirva para descansar?

—Me parece que estás obsesionándote con una tontería. —Un malhumor opaco te velaba la voz.

¿Y los geógrafos de la percepción, murmuré, y Berkeley, ese obispo filósofo para quien la mesa donde escribía no era más que un objeto del pensamiento? ¿Y el margen, amiga, y tu barra espaciadora? No sé en qué momento de la conversación me interrumpiste diciendo: «Pamplinas». Insolencia de mujer, recurrías al mismo calificativo que mi madre para abolir deseos. Pero no me entristecí.

Qué verbo débil —pensé— es comunicarse. Un buen día la amada nos

confiesa que aquella tarde azul, mientras paseábamos bajo la glorieta, dijimos algo que todavía la conmueve; pero nosotros ya no recordamos qué dijimos, ni tampoco que hubiera sido azul aquella tarde sino más bien mortecina y nuestros comentarios, de carácter banal. Semejantes desaveniencias mentales —oh, no pongas ese gesto de desgana— son también el origen de la páfida atención: sumido en un rubor de confesiones, quién no ha visto a su interlocutor efectuar algún movimiento ladinamente práctico: empujar hacia el centro un cenicero demasiado próximo al borde de la mesa, alzar el brazo para llamar al camarero, señalar, mediante un giro de mentón, el peligro de introducir la manga en el consomé. Estos y otros sofismas aterraron mi juventud irracional y crédula. Con la intransigencia del neófito yo exigía que el gesto ratificara siempre al sentimiento, que el enunciado fuera reproducción exacta del mensaje interior. Pero el tiempo nos vuelve benevolentes para con nosotros mismos. Cuando, con desapego, tú contestaste: «Pamplinas», hube de considerar que en las emociones, igual que en el mundo de los significados, hay una estructura profunda y una superficial. No es lo mismo decir «Dame el vaso», que decir «Pon en mi mano el recipiente cóncavo y transparente», aunque de alguna manera sí lo es. Y Sergio pensó que, en la estructura profunda de tu emoción, le entendías. Una pausa en el espacio, amiga, sólo eso buscaba. Detener al espacio y solicitarle un hueco, un lugar de descanso en donde transcurrir contigo sin cometer equivocaciones. ¿Cómo no ibas a quererlo tú, si me abrazabas?

Nos asedian el corazón collares de absurdos, cientos de concreciones nacaradas nos golpean, loca, cómo no ibas a querer un lugar a salvo, ¿cómo no ibas a aceptar que yo empleara mi pequeño ímpetu y el tiempo en ganar un territorio? Investigaría, hasta meter los brazos en el vacío si hacía falta, para huir de la mujer de guantes de cabritilla largos, de su pulsera de perlas.

Desposeído, no obstante, de claras e inobjetables razones, colgué turbado el teléfono. No hallé sosiego en la mecánica del trabajo pendiente, ni tampoco en

mi excelsa investigación. Volví a mi casa cabizbajo. Sergio era un hombre en un callejón sin salida. Sergio, el infame, aceptaba la dádiva de una Brezo doblada, ardorosa, complaciente, flexible, excitantemente dócil, negándose luego a su sed de compañía, a su nostalgia de tardes viendo llover en el comedor. Pero por qué me quieres; pero qué puedo darte que no se corrompa. Brezo, un pisapapeles de cristal sobre el que se acumula el polvo, un llavero de dorados oscurecidos o aún peor, un mantel con sus manchas, un jersey avejentado, un cartel, viven en nuestra casa y son depositarios de la ciudad donde estuvimos, lejana, estrellada de acantilados y de cúpulas. El largo viaje por las aldeas hasta alcanzar la capital y allí la ópera con sus lámparas de araña, treinta días de luz austríaca o tal vez noruega residen en ese huevo de cristal polvoriento, en una caja vacía de bombones. ¿Y la memoria? Es cierto, queda la memoria, aún nos sentimos capaces de referir el grosor diferente de los adoquines, la inesperada altura de los árboles. Pero el símbolo ajado es todo cuanto podemos palpar. Brezo, cuando la pasión termina, se repliega en objetos: prendas, regalos, cartas. Y si uno desconoce el hueco, el canal que comunica los objetos entre sí, entonces un objeto es un objeto, forma de ruina. Que mi pasión no se repliegue, amiga, que mi pasión fluya por un espacio blanco y libre de realidad, por esta ruta apaisada que voy trazando.

Y dejé de llamar a Brezo. Como quien elude una culpa, como quien vive en lo que está a punto de ocurrir pues ha aprendido que los sueños definitivamente consumados causan dolor. Dejé de llamarla porque hay seres que saben existir a todas horas, pero la mayoría no sabemos. Hay unas pocas personas de hoja perenne, pero a mí las agujas de los pinos me aterrorizaron, ese deber de permanencia, esa imposibilidad de abrigarse con ropas castañas, rojizas y, como un hombre cae a la piscina, dar un paso, quedar desprendido del volumen propio. Sergio de hoja caduca, Sergio hibernando vivía en lo que estaba a punto de ocurrir. Y era un lugar plácido. Durante aquel período, salir a la calle me espabilaba, percibía mejor el relieve del aire, la perspectiva, porque salir a la calle era a menudo la inminencia de encontrarla, incluso cuando una información previa —Brezo seguía dejándome mensajes— lo desmentía. Dirán que se trata de una forma cauta de belleza, pero qué mal puede haber en ser cautos cuando ya estamos un poco viejos. Les confieso, por otro lado, que, de vuelta a mi apartamento, un viento en contra solía dificultarme el camino, las rodillas se hundían como si atravesaran capas de nieve.

Hasta que otra vez cogí el teléfono y ella, obstinada, me anunció una visita. Si supieran qué miedo, entonces, a sus ojos ávidos, a sus proposiciones. Tan pronto cantan el ruiseñor o la alondra, tiene el enamorado tan poco tiempo para aprender a parecerse al otro; tuvo Sergio tan pocos días para emular al hombre temperante, ardoroso y extraño que habían visto en él.

Cuando aquel viernes llamaste, un sol tranquilo alcanzaba el sillón donde Sergio leía y fue como si presintiera azotes y lluvias y le faltaran las fuerzas

para quedar a cubierto: guarecido y sin Brezo, qué contradicción. Acepté la visita, tu presencia, los diálogos que luego me ocuparían la casa como el polvo de los estantes últimos, indefectiblemente. Yo estaba sentado en el sofá, te recostaste y apreté con mis manos anchas tus antebrazos dejándolos fijos, dejándolos quietos. Brezo, si lo entendieras: en esos momentos yo me sentía equilibrado como una plomada, yo, puro cuenco de inestabilidad.

Mientras nos desvestíamos, tú, preocupada, hacías preguntas sobre la convivencia. Despertar en invierno y no ver los bordes enemigos de la cama sino un torso no frío, un perfil de contornos resguardados como una costa, semejante situación, decías, ¿por qué habría de tener fin? Sin contestarte yo pasé mis dedos por tus labios. Adoraba ese tacto. Poseer un cuerpo no es sólo remontarse con la persona amada —agotar la cantidad de placer que pueda darnos—, no es sólo prolongar la expansión de los sentidos. Poseer un cuerpo es, en verdad, tenerlo, experimentar la certeza de que esa piel y sus órganos son nuestros. El hombre, de pronto, se ve favorecido con el don de unos pechos. El hombre, de pronto, nota en su carne el hundimiento de la cintura, tiene un color de pelo distinto, esas otras piernas, lóbulos, labios. Y el hombre ya no quiere privarse de tenerlos. Con tus alusiones estabas sugiriéndome una posesión ininterrumpida. Qué tortura conservar la razón cuando arrecia el deseo. Mas aún fui capaz de argüir: Brezo, conviene no olvidar el anverso de las cosas. Y así como en el discurso de un hombre culto apreciamos el silencio que lleva a cuentas —el tiempo transcurrido en pupitres mudos, su impecable sistema de lectura—, del hombre impar nos fascina su existencia en precario, el talento para sobreponerse, la intención de sus noches. Por respeto a esos dones me buscaste, por ellos viniste a mí en una tarde-ola de camisa blanca, pero, insaciable, insaciable, te has empeñado en conocerlo todo. Permite, amiga, que no te muestre la aspereza de mis uñas recién cortadas, la pesadumbre, el miedo a atragantarme con un hueso de cereza en el amanecer.

Tú asentías con la cabeza, pero negabas con tu gesto ilusionado y tus

preguntas. «¿Tienes fotografías?», me pediste. Esperabas el álbum, querías verme en un patio, en una playa, en la casa de los abuelos: pantalón corto, el niño ríe de la mano de su abuela; bañador, el niño sale tiritando de un mar de sombras; pelo arremolinado, rostro arisco, el chaval preferiría que no le hicieran fotos. Una a una ibas cumpliendo las pruebas de la tribu. Y al mirar las imágenes parecías decir: «Quiero a todos, también al que no conocí, al que ni puesto de puntillas alcanzaba los timbres, al que rompió el cristal y luego mintió y acusó, al que me escondes».

Preparamos una sopa en un alarde de cortesía mutuo, tú me alargabas un cazo, yo te reñía por no quedarte quieta. Así el hombre se rebela contra lo que ha vivido; retoca sus gestos con perfeccionismo de maniático; quiere creer que aquellas otras ocasiones en que se mostró avaro, intolerante, rudo, fueron sólo borradores de la obra definitiva que ahora emprende. Preguntar «¿Dónde están las servilletas?» era decir: «Contigo no me irritaré nunca, antes que manifestarme con brusquedad me ocultaré, seré amable, brillante, no me toleraré un desliz, seré un artista». Mas sabe el hombre que nuevamente moverá la mano y una mancha de tinta caerá sobre el papel, o un lamparón de aceite, el óvalo translúcido de la equivocación; y en sus labios, dos guiones rojos darán señal de mordedura por arrepentimiento.

Al terminar, mientras me ayudabas a quitar la mesa, hacías escalas: con el plato en la mano probabas asientos, el sofá, el sillón tapizado de gris. Luego, cuando te fuiste, te vi desdoblada, tu figura obediente a mi imaginación.

«Ha llegado la hora de pensarte —dije—. De admitir tu presencia separada y próxima, pero nunca permanente. Eres, mujer, el reino de Aragón, yo soy Castilla y no caben alianzas. En esto ha consistido mi destino: ser el punto que fulgura y que se pierde en otras vidas. Considérame una canción grabada. Algunas mujeres me tienen en su casa en una cinta, me ponen, me escuchan de vez en cuando; soy su principio de romanticismo, la inducción a perpetrar escenas de película o los momentos puros del poema. Pero en tanto no halle el

huevo de mi descanso, que es el tuyo, debo estar solo y agregarme a una historia común: la de quienes renunciaron a los pactos eternos, a la angustia de tanta transacción, aceptando que ya no empalmarían las horas en virtud de una sola presencia. Les ocupan presencias fragmentarias, son pensiones llenas de huéspedes una semana y a la semana siguiente vacías.»

En la papelera, una bolsa arrugada sonaba igual que el lento crepitar del fuego. «Mefistófeles —dije—, ven aquí: mi reino y mi vida por un sitio donde la sensación generosa posea tanta o más consistencia que el acto insuficiente.» Y Mefistófeles no llegaba, y tú tenías el pelo del color de mis muebles cuando pasé muy despacio los dedos por el canto de la mesa.

Faltaban, por aquel entonces, apenas dos semanas para la Navidad, respiraba Madrid el frío del invierno y tú me llevaste a la antigua casa de fieras. Que era tu infancia, decías asomada al foso de los monos o frente a la jaula del oso blanco, pero más bien se trataba de una superstición: habíamos ido allí para que tú cogieras fuerzas. Después nos metimos en un bar pequeño, anónimo; te vi beber cerveza como para ocultarte. «En los colegios tendría que haber una asignatura que se llamara el guía interior de Marco Aurelio —por fin te desahogabas—. Si se dieran clases de serenidad, luego nadie se enamoraría tan desahogada y tontamente como yo lo estoy haciendo.» Claro que recuerdo tus frases con exactitud, aunque debiste de juzgarme ausente y desabrido mientras yo me preguntaba si no conocerías la tragedia de Swann. Tal vez no supieras que ese hombre sucumbió a la negativa, sólo a la negativa y a los celos. Brezo, ¿pero no te das cuenta de que es mi negativa lo que te pierde? Yo soy el amor de Swann, me llamo Odette, soy la amante vulgar que se negaba. Acabará hablándote de la televisión, de mis dolencias ínfimas, de mi muy exaltada vanidad. Pasará el asombro de tenerte y me oirás renegar de los osos polares, Brezo, aléjate de mí. ¿Pero es que necesito pervertirte? ¿Deberé empujarte contra las sombras? Me obligarás a profanarlo todo, esta dicha y los parajes, la cordialidad, todo para que quedes libre, para que en ti se encarne el nuevo Swann, el amador escéptico, avisado, clarividente.

«Brezo, háblame de tus amores como catarros mal curados», dije. Pero tú no querías. Lo entendí, de veras que lo entendí. Estabas cansada de haber vencido tu orgullo para declararte, y era una respuesta lo que deseabas. Entonces, dije —¿o no lo dije, Brezo?, ¿tal vez me apenaba hacerte daño?—:

«Déjame que te hable de Lucía. Lucía fue una rara tarde con almendras. Un episodio, como llaman los médicos al desacuerdo pasajero del cuerpo con su curso natural. Lucía fue una súbita necesidad de resolverlo todo, un órdago sin cartas, una creencia. Al volver a casa solía ocurrirme abrir la puerta y verla ensimismada, su melena morena tendida como un telón. Eran días inútiles, tiempo de impacientarse contra el destino voraz que nos obliga a resultar inoportunos, indelicados. Viviendo con Lucía yo perseguí las desapariciones de modo compulsivo e inexacto. Pero contigo no, en esta dobladura de mi vida, Brezo, concédeme la libertad del método. Tú no eres tan distinta de Lucía. Tampoco yo soy tan distinto de tus amores antiguos. Nadie es *tan* distinto. Ella, en cambio, es la idéntica. Con sus guantes de cabritilla mueve los hilos y, para sortearla, se requiere una metódica manera de llenar el espacio de agujeros».

Salimos a una calle de farolas rosadas, remisas. «¿Dónde piensas pasar la Nochebuena?», le preguntaste al hombre que huye de cenar en familia, de las familias. Mientras buscaba una respuesta útil vislumbré, lejana, la figura de nuestra perseguidora. Con precisión contraria a las reglas de la perspectiva se afilaban los bordes de su vestido, la pulsera de perlas, la sonrisa semejante a un gong. «Puede que salga de viaje», improvisé, torpe. Me daba miedo mirar la decepción en tus ojos, pero sólo giraste la muñeca para ver la hora. Era elegante el gesto. Tu silencio —ninguna pregunta en torno al viaje— era elegante y orgulloso.

Y bien, señores, ya lo han oído. No se trataba de la primera conversación. No sería la última. ¿Piensan, tal vez, que tuvo alguna importancia? Trabajos de amor perdidos, créanme; ratos de irrecuperable amor. Un hombre y una mujer van hablando por la calle y a su paso quedan las aceras idénticas. Muy al contrario, el diálogo entre el sol y una planta, llamado fotosíntesis, produce formas elementales de la dicha, por ejemplo, pétalos. Y esta carta interior, este monólogo blanco —porque no dispara, Brezo, porque hiera tan sólo con el filo

—, este diálogo mudo entre una planta verde, pujante, que eres tú, y un sol crepuscular, atardecido, que soy yo, va dejando hojas blancas, folios dispuestos sobre la noche como las rayas de una carretera.

Treinta radios convergen en el centro de una rueda, pero es su vacío lo que hace útil al carro.

Se moldea la arcilla para hacer la vasija,  
pero de su vacío  
depende el uso de la vasija.

Se horadan puertas y ventanas en los muros de una casa,  
y es el vacío  
lo que permite habitarla.

*Del Libro del Tao. XI (fragmento)*

En el gabinete, a bordo de mi ordenador copié cada línea parsimoniosamente y las archivé como si también formaran parte de la «matriz de impactos para identificar las interacciones» con que empezaba el estudio del campo de aterrizaje.

Una fina desidia profesional había ido penetrando en mis paredes como el moho; era una desidia de color verde azulado, un principio de resistencia pasiva que a mí mismo me asombraba. Siempre fui un individuo responsable. Siempre envidié a los que tenían el valor de no entregar un trabajo a tiempo, porque sabían cómo trazar una raya de tiza entre su vida y el mundo. Yo cumplía mis compromisos con exagerada prontitud; la sola idea de que un hecho imprevisto pudiera impedírmelo me mataba de ansiedad. En los últimos días, para mi sorpresa, el inexcusable retraso de mi estudio había dejado de

preocuparme. Como barco indolente sentía que pesadas maromas fueran desanudadas en torno a mí. Los compañeros de trabajo hacían las veces de costa, ser inmueble que, en la distancia, disminuía.

Estaba entretenido con el color niebla de mi mesa cuando vino doña Elena para halagarme. «El cliente —dijo— ha elogiado con entusiasmo mi anterior informe sobre monasterios.» «Bueno —repliqué—, bueno, bueno.» No soy tartamudo. Ahora bien, la fatalidad me lleva a atrancarme con algunas palabras. Es una torpeza, y es un impudor describir esta torpeza. Quiero hacerlo, sin embargo, pues en ella presentí un atributo del hueco.

Verán: mi intención había sido responder algo agradable, pero me encasquillé. «Bueno, bueno, bueno, bueno», y cuanto más me atoraba, más claramente percibía la incomodidad de Elena Morales, una sensación que lindaba con la vergüenza ajena. Procuré tranquilizarla, reírme, y sólo conseguí aumentar el número de «buenos». Como el que sueña que se desliza por una cuesta arriba, me alejaba: «Bueno, muchas gracias», logré decir. Doña Elena asintió y se fue. Mas, en rigor, era yo quien se había marchado primero: durante los diez o quizá más segundos que estuve embarrancado con las palabras había desaparecido por una puerta abierta, una grieta. La materia no es compacta, como saben. Entre el núcleo del átomo y su electrón queda sitio, y entre una molécula y otra. La materia es discontinua, como la energía y, según ciertas hipótesis, también lo son el espacio y el tiempo. No habría así un río fluyente de años y de siglos, sino especies de adoquines yuxtapuestos el uno al otro, moléculas de espacio y moléculas de tiempo, topones y cronones los llamaban. Pero entre un cronón y otro, entre un adoquín y otro, entre un «bueno» y otro «bueno» ¿qué había? Rendijas, intersticios, la raya que no queremos pisar nunca y por cuyo través yo deseaba filtrarme.

Reanudé mi trabajo. El futuro aeropuerto militar se ubicaba en Alnedo, un pueblo de la serranía alta de Cuenca. Y yo, que no soy un turista, ni tampoco un viajero, elegí ese pueblo para pasar las fiestas. No es infrecuente que uno

diga mentiras para tener la obligación de convertirlas en verdad. Saldría, pues, según le había contado a Brezo, de viaje. Iba a marcharme, amiga, al frío y a las nieves, a la gripe, al desorden de un hotel azaroso en un pueblo desconocido. Rompería mis normas. Haría, por quién, por ti, por la realidad, una excepción.

Volví a mi casa andando, la ceniza del cielo acaparaba extraños resplandores. Como en postales aéreas, yo preveía el aspecto de Alnedo, chavales con pantalón corto, nariz y orejas rojas en la plaza, los faroles creciendo, todas las puertas cerradas y el silbido del vendaval. Entretanto, por mi misma acera, al final de la calle del Pozo una niña pequeña cogida de la mano de su madre golpeaba el cristal de una pastelería. Así se rebelaba contra la hora inhóspita, qué imagen desangelada. Cuando una ciudad cierra sus tiendas de dulces, interrumpe el acceso a la fantasía que está en el origen de todas las fantasías: mira el crío con la nariz pegada al escaparate, un extraño se le acerca, «¿Quieres ese pastel?», dice, suavemente le empuja, le hace entrar en el cuadro coloreado. Pero era la hora inhóspita y yo, que soy un hombre afable, ni siquiera podía secundar el tópico interpretando el papel de caballero magnánimo. Habían caído las persianas sobre los bartolillos de crema, habían cerrado y atrancado mi decisión.

En la mañana del sábado saqué el billete de tren y reservé habitación en un hotel de Alnedo llamado El Buey Escarlata. Cuando, por la tarde, fui a despedirme de ti, me abriste la puerta con un dedo en los labios. Creías a tu padre dormido, pero debes saber que, vestido con batín de seda y zapatillas, don Emilio atravesaba el pasillo en dirección a la terraza. Tuvo el tiempo justo de verme interrumpir precipitadamente el abrazo y sonrojarme.

Pasamos al salón. Te acucillaste en una esquina a llamar por teléfono mientras tu padre, cómplice de mi rubor, simulaba verme de nuevas:

—¿Se puede poner Jaime Orúe?

Sobrecogido yo, atento don Emilio a mi palidez, nos quedamos callados. Tú ni siquiera te diste cuenta. Hablabas con tranquilidad infinita, sin bajar la voz, dedicada a un lado del hilo: el otro carecía de importancia. Por el talante mesurado de tu charla hube de admitir que una vida, con sus leyes y sombras, transcurría al margen de mí. Una Brezo distinta a la Brezo fanática de mis teléfonos se me desvelaba. Tú ya no eras tú, la sin-punto, sino un equilibrado personaje en la historia de Jaime Orúe, el intruso, ese que me desordenaba el cuarto volcando los cajones de mi memoria.

—¿Sabe usted a qué obedece el interés súbito de mi hija por los preceptos de Euclides? —me preguntó don Emilio, entre curioso y conciliador.

Jaime Orúe, decía yo para mí. Te imaginé existiendo bajo sus auspicios: yendo al cine con Jaime Orúe, tomándole del brazo, haciendo gala de un aplomo nuevo para mí. Me sentía capaz de soportar la rueda de los cuerpos, la fantasía inminente de vuestras perversiones, pero no aquella tranquilidad: tú no podías ser Brezo-apacible, Brezo-acompañada. Y además, si tus gestos

estaban secundados por otra presencia, ¿debería yo verla, siquiera presentirla, cuando me embebiese en tu contemplación?

—No tengo la menor idea —dije contrito.

—Vaya, vaya, si son más de las siete —se excusó don Emilio estrechándome la mano—. Lamento tener que dejarles solos.

Tú, cual si fueras inocente, abrías un libro y me interpelabas. Pero yo no podía concentrarme. Sin avisar, la realidad había tomado mis trucos imaginarios y los azuzaba contra mí. Trucos de doble filo. Brezo, mi espectadora imaginaria, la oidora de mis pensamientos, poseía a su vez secretos espectadores, se movía respaldada por una escolta de virtuales caballeros y quizá ninguno era yo.

—¿Tú tienes fantasías de simultaneidad? —pregunté tendiéndole una trampa—. Quiero decir si estás metida en un vagón de metro, o en un restaurante, y te pones a pensar que en ese momento, exactamente en ése, con las luces encendidas a causa de la niebla, un gran barco atraca en un puerto ruso.

No las tenía, señores, ella estaba libre de nuestro insumiso, fantasmagórico padecer. Y cuando la hice recordar su primer apercebimiento, «A veces te imagino», apenas se inmutó. Iba por la calle y a menudo me veía caminando por otra con un periódico en la mano o bien sentado en un banco de la plaza de San Ildefonso. Mi silueta flotante la acompañaba, pero nunca se le habría ocurrido hacer un cálculo temporal: «Eso es de novios antiguos —dijo—. Cuando estaba en el instituto sí lo hacía: un amigo y yo nos poníamos de acuerdo en que a una misma hora, y estuviera cada uno donde estuviera, tararearíamos la misma canción», recordaba, y se reía, y a mí me asustaba su risa, y le hubiera pedido: «Contente un poco, por favor, contente. ¿No ves que aunque te prevenga contra las emociones que nos hacen débiles, y me oigas abominar de las palabras cursis, de los guantes de lana, de las mesas camilla, y con dureza desdeñe las melodías fáciles, y desmenuce sus letras, y me burle,

no ves que estoy fingiendo, que soy un trapo de bandera agitado en la noche convulsa y sentimental?».

—¿Qué quieres? —dije en cambio, y me acerqué.

Se trataba de un epígrafe dedicado al punto: «Límite mínimo de la extensión, que se calcula sin longitud, latitud ni profundidad». Tal vez el hueco fuera eso, proponías, un círculo despojado de latitud. Seguías empeñada en adorarme, consentías al fin con mi obsesión e incluso consultabas manuales de geometría para entregarme una idea. Brezo, ocurre en ciertos períodos de la vida que la razón nos aturde y nos agota, y entonces necesitamos entregársela a otro, de cualquier manera pero enseguida, darla, liberarnos de ella como de la bomba encendida, negra y redonda de los dibujos animados. Tú me amabas —pero alejaos, oh, verbos imprecisos—, tú me saliste al encuentro porque fervientemente deseabas asentir. Habías tal vez atravesado una etapa de resoluciones y, al dejarla atrás, ningún gozo mayor que abandonarse. Luego te cansarías.

—Mañana me marchó a Cuenca —te informé, bronco—. Ya sé, ya sé que yo detesto viajar. Pero tengo que irme.

—¿Mañana?

—A las dos y media.

—Voy a echarte de menos —decidiste con violenta ternura. A la sombra de esas manifestaciones lógicas crecía mi desesperanza. ¿Por qué apreciamos más a quien se aleja? Se sacia el organismo y necesita horas en blanco para volver a tener hambre. Regamos una planta, rezuma la maceta, queda el agua sobre el pequeño plato y ha de pasar el día hasta que lentamente se reabsorba. ¿También así el afecto, también así el deseo, es así todo?

—¿Nos vamos a mi casa? —pregunté sin embargo.

—Ojalá. —En tu suspiro se rebobinaba, Brezo, el hilo del placer que suspendías. Me diste explicaciones importantes, un asunto, una cena donde se hablaría del futuro de tu trabajo sobre el archipiélago del mar Báltico..., pero

ya sólo alcanzo a evocar la repentina certeza de que Brezo amurallada por la gran mesa de despacho era Brezo vestida para siempre, para lo que restaba de tarde y para la interminable semana de mi ausencia. Después volvimos a la geometría, te conté que me hallaba algo desorientado en mis investigaciones, te confesé mi tímida intención, «lo que de verdad me gustaría es intentar un experimento», y aunque tus ojos atendían y de tu boca brotaban observaciones pertinentes, tu mano, que acariciaba dorsos de lápices, no me acariciaba a mí.

Te dejé con mi taxi en el restaurante y hube de apearme unos metros después. El deseo de tu cuerpo me azotaba. Exactamente azotar, como los vientos, exactamente luz de tu vestido, luminarias llamándome en el esternón. Tormenta del deseo que no habría de aplacarse ni aun si volviera yo a erguir tu cuerpo desde dentro, ni aun si volviera a poseerte —¿cuántas veces más?—. Hacía frío, comerciaban con su aliento los colgados, me ofrecían chocolate, me rozaban, pero ninguno pudo distraerme. Con qué dulzura bárbara el cuerpo vedado se allegaba a mí, fibra interior, losa extendida bajo mi pie desnudo, nube sobre mi cabeza, todo mi ser envuelto, pálida luz, te deseo, Brezo. Bruja, te deseo, mujer delgada, mujer niña de miembros pérfidos, te deseo rítmicamente, sin pausa, sin que a una hora o un día olvide que ése, tu cuerpo inmisericorde, cruza calles, sube en ascensores, se acomoda o se tiende sin llamarme, oscuro y musical quisiera oír tu cuerpo golpeando en mi deseo, mi deseo girando por tu cuerpo, sombra y llama, ¿no lo notas? ¿No afluye a ti la misma acometida que en mitad de la calle me da el alto y en la noche irrumpe, montaña de placer no hollada, estremecimiento como flor, como pétalo abocado a morir entre el pulgar y el índice de tu mano?

Un experimento consiste en provocar cierto fenómeno para estudiarlo, y ustedes se preguntarán cómo se puede provocar un hueco. También Brezo me lo preguntó. Supón, le dije, que hoy te anuncian el regreso de un viejo amigo a quien ya juzgabas irrecuperable en la distancia de otro continente. Son las ocho de la tarde, tú sales a la calle fantaseando con el encuentro, es tan incontenible tu alegría que andas riéndote en voz baja, porque en un segundo has visto tu pasado con esa persona y el futuro, la dicha de la proximidad. Subes a un autobús enumerando los sitios donde piensas llevarle, tu brazo en alto se aferra a la barra sucia, un individuo de cogote grueso te empuja contra el pecho opulento de una mujer, ella hace ostensibles gestos de molestia pero tú los ignoras, concentrada en la escena que imaginas, palpitas de puro júbilo, como si ya sintieras en tus costillas la presión del primer saludo. Mas he aquí que era todo una falsa alarma. Quien te anunció que tu amigo volvía se había confundido en la fecha o en el nombre. «Qué chasco», comentarían algunos. «Qué hueco», diría Sergio Prim. ¿Dónde estabas tú mientras planeabas el encuentro? Si contestas «En un autobús», ¿no pecas, cuando menos, de imprecisión? ¿De qué sustancia se compone, en qué lugar se ubica esa emoción que fue tuya: cuarenta y cinco minutos de felicidad concreta motivados por un acontecer ilusorio? El chasco, bien que fulminante, sucede a posteriori: afecta sólo al último minuto, no puede borrar los otros cuarenta y cuatro pasados al margen de su jurisdicción. En cambio, ese espacio de tiempo contrario a la realidad de quién es, Brezo, Brezo, ¿a qué categoría pertenece?

El sábado se había disuelto rápido, como un nudo mal hecho por la premura de Brezo y su cita nocturna. Pasé aquella noche en vela, sentado frente a mi antigua máquina Olivetti. Escribí y escribí, insomne avistador de los murciélagos. Cuando dieron las tres de la mañana tenía ya en mis manos una lista de experimentos. Así me esforzaba por no declinar nunca, Brezo. Desde que subiste a mi casa y te dejaste acariciar yo había procurado no cometer errores: rendirte, mas sin dejar de desearte; desearte, pero sin sucumbir al monstruo de los celos. Adorarte y servirte, sin tornarme por ello débil ante tus ojos, y por lo tanto inútil, vano y alicaído, e incapaz de servirte por lo tanto. El hueco era mi único recurso: encontrarlo, ofrecértelo sobre un altar de rojos mimbres vacilantes que ya me esperaba.

Por un andén moderno y su cemento oscuro salió el tren. Antes los compartimentos emulaban cuartos. Ahora no. Hay vagones enteros sin puertecillas. Las hileras de asientos se dan la espalda. Si no fuera por el abrupto bamboleo o por la cinta de raíles que asomaba distante, me hubiese creído en una furgoneta. Era aquel tren contrario a cualquier relato decimonónico. Un hombre con aspecto de vendedor de biblias quiso entablar conversación.

—¿Es usted de Cuenca?

Dije «No» con voz seca. Por fortuna, la incómoda postura de nuestros cuellos no invitaba a confraternizar. Mantuve la línea del monosílabo renuente hasta que el hombre humilló la cabeza y se durmió. Por la ventana, que era del tamaño de una pantalla de cine, entraba el crepúsculo: árboles de hoja caduca, olmos viejos a ambos lados de la vía, chopos desnudos bordeando pequeños

arroyos, y en las lomas, la eterna bicicleta parada con un chaval encabezando tropas invisibles. Pero yo disfrutaba, sobre todo, de los prados rectangulares y de la tierra diseminada entremedias. Viéndolos, constataba el concepto de extensión, daba crédito a los mapas, comprendía que entre un pueblo y otro pueblo quedan kilómetros cuadrados, kilómetros de superficie libre a cualquier hora. A esta hora —miren el reloj— cien kilómetros casi vacíos separan Santa Cruz de la Zarza y Cuenca. Allí donde la densidad de población es mínima, me dije, quizá los cuerpos cumplan otras leyes: una gravedad distinta haga que la leche se vierta a cámara lenta sobre el tazón, no rija para ellos la ley de la entropía, sea otro el sentido del sexo y de la noche.

Llegamos a Cuenca con alguna demora, apenas tenía tiempo para coger el autobús y tomé un taxi que me llevase de la ciudad al pueblo. El taxista dijo conocer El Buey Escarlata. Desentendido del mundo, recliné la cabeza contra la ventanilla. No sólo no me escandalizó su velocidad temeraria a la entrada de las curvas, sino que se la agradecí como un descanso. Daba, en efecto, alivio, tener la vida en suspenso, imagínense cuántas decisiones aplazadas, los años, mi continuación a merced de un taxista de aldea y un camión improbable al otro lado del repecho. Circulábamos a oscuras con las luces largas, conos de Brezo. Vi su gesto al acodarse tumbada y erguirse, una y otra vez Sergio mandaba llamar a ese gesto para que su calor exacto, localizado, germinara en la noche escondida.

«¡Ea!», exclamó el taxista, y frenó bruscamente a la entrada del hotel. Atravesé dos espesos metros de intemperie, empujé la puerta, destemplado. Dentro de aquel caserón vetusto me esperaba una calidez moderna. Calderas gigantes animaban la atmósfera, tornaban tibia la superficie de cuero de las sillas, el suelo de pizarra, los clavos metálicos que sobresalían en los muebles castellanos, arcaicos, y el ladrillo visto de las paredes. Una muchacha de aspecto prerrafaelita anotó mi nombre, las ondas de su pelo rubio le caían a los lados y terminaban justo en la curva de los pechos. Su hermano, supuse,

rubio también, con unos iris grandes de un azul abusivo, me acompañó a la habitación situada en el ala izquierda del piso primero. Me quedé solo, sumido en el prematuro cansancio que producen una bolsa de viaje a nuestros pies y las meticulosas dobleces de una cama recién hecha. Y antes de que me hubiera movido me asaltó una vaharada de incompatibilidad. La habitación estaba semivacía: cama y mesilla de noche, alfombra mínima; al fondo, un pequeño banco de madera sin cojín y una mesa menor. Celda desnuda pues, colcha de sólido algodón deshilachado en los bordes, losetas pétreas. Qué tibieza, sin embargo.

Por la ventana se oía el valle oscuro, la ondulación del viento en las mimbreras. Sonaba un bisbiseo de teclados, y era la lluvia. Yo me acerqué al cristal, delgado límite entre los radiadores y el mundo, entre la habitación concreta y el exterior oscuro, interminable. Ya no soy joven, no tengo edad para agacharme a clavar piquetas con un mazo, abomino de la servidumbre de lavarse los dientes acuclillado sobre los ríos. Pero aún no he olvidado que la única noche es la que sucede en las fértiles extensiones despobladas. Agua, grillos y sombras. Bastó con ese mismo espectáculo contemplado desde mi habitación para que yo reviviera una adolescencia de absolutos. Cómo deseé entonces haberte traído conmigo, mirar el valle juntos y libres de ansiedad. Cómo quise abrazarte a la hora del primer trueno y asistir a una revuelta de cumulonimbos, a una granizada gigante.

En aquel momento yo hubiera entrado en tu cuarto por el aire, como un ruido. Mas qué hacer con la distancia. Altas sumas de tiempo para un roce de labios. Para llegar hasta tu casa y besarte era preciso subir en un vehículo, cruzar las carreteras, respetar el orden de los semáforos. O bien Sergio podía imaginar. Tuve una vez un amigo que renegaba de la imaginación: el pájaro no puede desear ser hombre y yo sí puedo desear ser pájaro. El pájaro no sufre y yo sí, se dolía. «A no ser —hube de rebatirle— que el hombre se enseñoree de su imaginación.» Igual que bate el pájaro sus alas, conduce el hombre el carro

de sus visiones. Se acercaba la noche y Sergio te atrajo hacia sí. Como quien hace a un lado los cortinajes, cruza las estancias, penetra en la cámara y ve la colcha, y ya te está viendo, así yo he caminado por tu sueño, he puesto mis manos en tus hombros aplicando una presión fugaz con que dejarte, Brezo, extrañeza mía, levísimamente trabada a mí.

Bajé a cenar y hallé sobre las mesas un objeto onírico cuya existencia no había vuelto a verificar desde la infancia, en casa de mis abuelos, cada primer domingo de mes. Me refiero a las soperas de porcelana. La de El Buey era de color crema y textura acanalada, con dibujos de rosas minúsculas. Un individuo alto y casi calvo servía el primer plato del menú. Yo elegí la mesa del rincón, receloso ante la posibilidad de que algún huésped sociable quisiera hacerme compañía. Pero sólo había parejas, distribuidas en grupos de cuatro, y parecían animadas, autosuficientes. Al terminar, como si no fuéramos clientes sino invitados de alguna anciana condesa, pasamos todos a un salón con tapices en el techo, multitud de sofás y una chimenea que el muchacho de ojos zarcos trataba de encender. Paredes, armarios y puertas cubiertos de azogue formaban un entorno telescópico de cuadrículas en relieve. Yo no fumo, carezco del socorrido velo de las bocanadas de humo para hacer que lo miro y mirar en torno. Para cerciorarme del carácter inofensivo de mis acompañantes acudí a un enmohecido periódico de la provincia. Por detrás de sus páginas les miraba y oía charlar sin recato de sofá a sofá. Al parecer, alguien —una mujer— había propuesto un paseo nocturno. El grupo estaba dividido entre los que oponían la inclemencia del tiempo y los que se mostraban animosos. Me llamó la atención descubrir al individuo calvo reclinado a lo lejos e interviniendo como un huésped cualquiera. Concluida la lectura del periódico, advertí la utilidad del azogue bruñido: mediante un sencillo juego combinatorio podía mirar fijamente a quien quisiera sin que el observado hubiera de sentirse incómodo, sin que llegara a percatarse de mi interés. Siempre me ha complacido estudiar los accidentes geográficos de las

personas, sorprender la postura de sus manos en descuido, su perfil pensativo y rumoroso, o su bigote negro, su tragedia oscura. La nuca del individuo calvo ocupaba justo uno de los cuadrados del espejo; en ella me detuve.

Luego subí a mi habitación y, tras hojear un libro que me había prestado Brezo, probé a insertar la nuca en la hipótesis del griego san Clemente de Alejandría: «Si se abstraen de un cuerpo sus propiedades y sus dimensiones, queda un punto que tiene una posición; si se lo despoja de la posición, se alcanza la unidad primordial (Stromata)». Abstraída de un dueño y una posición, la nuca me servía de antesala a la unidad primordial, una expresión tal vez algo ampulosa pero que, por fuerza, había de designar cierta zona del mundo equivalente al hueco. Cuando un hombre deposita la mirada en la nuca de otro, diríase que descansa, que se ha como encaramado a una repisa inaccesible o bien que recostado, ajeno al vocerío, aspira los efluvios de una envolvente y sinuosa pipa de kif. Busqué mi unidad —tu nuca de barquillo— en la alcoba; hallé sólo un cansancio denso en las rodillas, bostezos ininterrumpidos, el sueño que venía como un caballero negro, calada la visera, lanza en ristre, el sueño de la infancia, voluminoso y rotundo, tan distinto al hombrecillo flacucho y escurridizo que es el sueño de la ciudad.

Desperté con la congoja propia del día de Nochebuena, aunque me aliviaba saberme en un pueblo serrano de corte sobrio, lejos del festivo impudor. Y di en pensar en Lucía, quien también estaba fuera de Madrid —«Me voy a las Islas Canarias, con unos amigos», había comentado no sin cierta eufemística dejadez—. Me la figuré de espaldas, la melena oscura cubría sus omóplatos y contrastaba con el color celeste de su pijama de seda. Imaginé que si, al enroscar el tapón de la pasta de dientes, yo giraba mi mano a cierta velocidad y no a otra, podría repercutir en su mano haciéndola subir la persiana de una terraza desde donde se vería el océano Atlántico. Pero seguramente Lucía se había deshecho ya de aquel pijama, regalo de una amiga suya que estuvo en Japón, y llevaría puesto otro desconocido para mí. Un cálculo aproximado me

permite afirmar que yo he permanecido en la vida de Lucía el mismo número de horas que aquella prenda traída de Oriente. Como el comerciante que despacha alimentos perecederos, así el hombre que indaga en su amor. Al poco de conocernos yo había visto a Lucía entrar en el agua de una playa con varios amigos. Sus movimientos ágiles, confiados, su aptitud para formar parte de un conjunto, me cautivaron. ¿Y qué se había hecho de aquel estremecimiento? Yo recordaba bien los calambres de antaño con Lucía, cuando la inmediatez de su cuello durante el simple rito de los dos besos accionaba en mí una palanca de exaltación. Yo recordaba, pero ¿qué humana fuerza se habría precisado para accionar en mí esa misma palanca si de pronto hubiera entrado Lucía por la puerta? O, lo que es lo mismo, ¿qué fuerza humana habría podido contener mi júbilo, mi férreo impulso de abrazar, si al salir del cuarto de baño hubiera estado esperándome, desplegando un periódico, sentada y resplandeciente de seriedad divertida, Brezo?

Brezo, no había manera de sortear tu imagen, sucesiones de escenas tan nítidas que acabarían por estorbar la visión de mi rostro medio rasurado en el espejo y, de este modo indirecto, tú me cortarías sin querer. Salí del baño — nadie me esperaba, nadie había venido a darme una sorpresa—, abrí las contraventanas y el cuarto se llenó de un sol desconocido. Fuera temblaban los mimbres, una luz blanca, densa, rebotaba en los bordes desnudos de los álamos, en la escarcha lejana. Cuando un hombre contempla el mar le parece más fácil estar solo. Y aquel valle de mimbreras semejava el mar. Tu ausencia, apaciguada, se sumó al recital de sensaciones menores que ante mí se ofrecía: colores imperiales —granate, cinabrio, ocre—, invasión de quietud, agorafilia.

Luego estuve paseando por el pueblo. No había coches, los gruesos muros de las casas no transpiraban voces de televisiones. Sólo, de vez en cuando, el grito de un chaval que llama a otro o el ladrido de un perro atravesaban el aire sin hendirlo. Por la desembocadura de las calles, en lugar de otras calles —

caldo sucio de colmenas urbanas— se veía el contenido de la palabra lejos. Y yo me demoré en los ángulos abiertos de las afueras —qué cercano el confín en un pueblo, qué sencillo el tránsito de lo interno a lo externo o al revés—. Al pie de un fresno iba enumerando la amplitud y sus nombres, hoces de espliego, tomillo, el sendero de acebos hacia el otro lado de la montaña. Un oscurecimiento repentino me distrajo. Era la envergadura de un buitre que había cruzado delante del sol. Oí las ramas agitarse, me envolvió un olor a sabinar, a tilos, un insoslayable olor a Brezo mientras el día se desfiguraba entre las nubes. Regresé. Como todos los pueblos serranos en invierno, también Alnedo parecía deshabitado a las tres de la tarde. Y mientras lo cruzaba —el cuello de mi gabán subido—, sentí por todo el cuerpo un frío romántico, esa clase de frío que te hace desear a una mujer que mira por la ventana y tú estás en su misma habitación, y te acercas por detrás y tapas su espalda con tu pecho, y rodeas sus hombros con tus brazos, y la besas, aunque luego no sepas qué decir.

Se avecinaba una cena meliflua con pavo y champán a los postres. Cuando entré en el salón el individuo calvo acudió presuroso a preguntarme si pensaba asistir. «Se lo agradezco, pero esta noche quiero estudiar —dije paladeando mi situación libérrima—. ¿Tendrán la amabilidad de subirme unos huevos fritos, un plátano y un vaso de leche, alrededor de las nueve?» Me tendí en la cama, encendí la lámpara de la mesilla y consulté mi lista de experimentos. Empezaba con unas líneas de *Ada o el ardor*: «No los golpes recurrentes del ritmo, sino el vacío que separa dos de esos golpes, el hueco gris entre las notas negras, el Tierno Intervalo. La pulsación misma no hace sino recordar la pobre idea de medida, pero entre dos pulsaciones acecha algo que se parece al verdadero Tiempo. ¿Cómo puedo extraerlo de su hueco delicado? El ritmo no debe ser ni demasiado lento ni demasiado rápido. Un golpe por minuto deja muy atrás mi sentido de la sucesión, y cinco oscilaciones por segundo constituyen un borrón inaccesible. El ritmo espaciado disuelve el tiempo, el ritmo apresurado lo expulsa. Que me den, pongamos, tres segundos; entonces podré hacer estas dos cosas: percibir el ritmo y sondar el intervalo». Mi querido Van Veen, cuánto le agradecí aquellas hipótesis. Usted quería fijar primero el hueco gris entre las notas negras, y era como si un genio hiciera el trabajo de campo en mi lugar. Una vez recogida la información, precisadas las posiciones, usted se aproximaría al objeto estudiado como a un cáliz del cual extraer esa sustancia mística: el Tiempo. Luego aparecería yo, con mi gabán, mis manos de ilusionista tímido: «Por favor, ¿me autoriza a quedarme dentro de su cáliz?», le preguntaría. Y es que a mí no me interesaba sondar el intervalo sino habitarlo, pasar dentro de él minutos o meses de mi vida, ser su

guardés, decir «Plantemos una tienda», decir detente, instante, deja que te mire y que te reconozca: sí que eres tan bello.

A estos efectos, el texto de Nabokov poseía un atractivo especial: su calidad concreta. Los comentarios que hasta entonces había encontrado eran demasiado filosóficos, inmateriales. Por el contrario, el señor Veen no sólo utilizaba cifras, sino que proponía una tarea: bucear en el ritmo. Recorrí con los ojos la habitación austera y cálida. El bamboleo de la cortina me inspiró: hacía falta un péndulo. Até mi pesado reloj de muñeca con el cordel de un zapato y lo anudé al aplique colocado encima de la mesa. Ahora se trataba de fijar sus oscilaciones. Según Van Veen, una por minuto era demasiado, pero cinco por segundo demasiado poco. Debía regular la altura del cordel y la intensidad de mi pequeño empujón hasta conseguir un ritmo medio de tres segundos. Costaba trabajo controlarlo, pues no tenía más reloj que ese que hacía las veces de péndulo. No obstante, a base de agudizar la vista y de torcerme las vértebras, pude aprehender su exacta velocidad. Y bien, ya estaba, tres segundos por oscilación. ¿Era aquella abertura intermitente el comienzo del Intervalo? ¿Era el atrio, el portal, el ascensor del hueco? Imposible no acordarse de los hipnotizadores. ¿Y si su oficio consistiera en mostrar huecos? Lo descarté enseguida. Nadie como yo se había instruido en el arte de permanecer absorto, y bien sabía que no era suficiente. Para eludir las trampas de la realidad, un estado de hipnosis no bastaba. Sépanlo, yo quería el sumo camuflaje, alguien que mira un pájaro y casi se convierte en ese pájaro. Alguien que lee un libro y asiste al milagro de que, entre sus ojos y el funcionario del gabán robado, las palabras se borren. Alguien que está en el sexo y conoce cómo, fuera, el mundo se disuelve. Pero el sexo precisa fervor, juventud, no-cansancio, no-dolor de estómago. Mi hueco en cambio sería leve y sin contingencias, fácil como tocar un timbre de hotel: la palma de la mano pulsa un resorte, el macillo golpea la campana, llaman a la puerta.

—Adelante —dije, y entró la muchacha prerrafaelita.

—Aquí está su cena, señor Prim —indicó depositando justo debajo del péndulo una bandeja, dechado de simetrías: huevos fritos, plátano y vaso de leche—. ¿De verdad no quiere una copa de champán, o mazapanes, barritas de turrón?

—Ya que lo dices, sí quisiera pedirte algo.

Le rogué que se sentara frente al péndulo hecho a mano y lo contemplara mientras, a mi vez, yo la contemplaba a ella. Sus rasgos cobraron una pátina dorada, mezcla de piel y de luz, pero ningún otro fenómeno digno de mención tuvo lugar. Dime, muchacha, en qué piensas cuando miras ese abanico de aire. Desoladoramente previsible: al día siguiente una amiga suya iba a dar una fiesta en su casa, ella se había comprometido a llevar música del hotel y —en eso pensaba— aún no le había pedido permiso a su padre. Pero ¿acaso no buscaba yo un hueco simple, puro y fundamental como un elemento químico? ¿Por qué obcecarme, entonces, con enrevesados trucos de hipnotizador? Para justificar la escena a ojos de la muchacha le hice alguna pregunta técnica — ¿veía varios relojes o uno solo con los contornos difuminados? ¿Alcanzaba a distinguir la hora que marcaba el reloj en movimiento?— y la despedí:

—Feliz Nochebuena, muchas gracias, adiós, adiós.

Sergio Prim, me dije, has perdido la compostura. Sin ningún respeto por sus ocupaciones, has avasallado a esta muchacha, obligándola a malgastar su tiempo con una estupidez, y ni siquiera le has pedido disculpas. Entonces me sonrojé. Recorrí con la mirada el cuarto buscando huellas, zapatos de tacón tirados bajo la cama, restos de perfume, las perlas, la sombrilla. No encontré nada. Y, sin embargo, estaba seguro: había sido víctima de una típica burla de esa mujer cuya sonrisa recuerda a un gong. Fui hacia el cristal; anticipé las manos enguantadas de la modelo sobre un volante de automóvil o su espalda escotada junto a una botella y dos vasos de whisky en una ancha valla publicitaria. Fuera —ya lo había olvidado— sólo había mimbres sinuosos, árboles diseminados y en lo alto, como la sacudida de pintura de una brocha

mojada, estrellas. Fue un pensamiento reflejo: «Brezo, si pudieras verlo». Y la llamé.

Sí, te llamé, porque el hombre es voluble y la vanidad —el deseo de complacer—, poderosa.

—¿Estás cenando? —pregunté, pues temía ser inoportuno. Pero la voz de Sergio fue recibida con un oleaje de sorpresa y de risa, y pude oír un débil, conmovido, «qué bien que hayas llamado». Todo te divertía: la nuca del individuo calvo, el péndulo, mi cena de Nochebuena amarilla y blanca a lo Mondrian. Mientras duraba la conversación estuve imaginando nuestros cuerpos juntos, abrazados entre las mimbreras. Y como esas veces en que percibimos el cielo en tres dimensiones —la luna esférica, las estrellas en planos distintos—, de pronto se hizo un silencio y percibí nuestros cuerpos colocados en ese relieve, dentro de la Vía Láctea, en la plenitud del espacio más poderoso que el tiempo.

Cuando colgué fui a mirar por la ventana; me sentía reanimado y absurdo como un colegial. Supuse a Brezo también asomada, vigilando su flota de camiones azules. ¿Somos tan leves? ¿Es tan inapreciable nuestro peso en la balanza que basta con la visión de una Brezo rendida y sonriente para inclinar el platillo de hoy? Acompañamiento: por la extensión nocturna, como un motor de coche viajaba y se adhería a mi marcha el persistente murmullo de su felicidad. Cerré los ojos. De sus codos, apoyados en el alféizar, partía un temblor que le agitaba la blusa en los costados; el pelo recogido le dejaba la nuca al descubierto; tu perfil se volvió para mirarme.

Mis queridos amigos, una vez más he de pedirles disculpas. Brezo irrumpe, yo sé que no les doy el tratamiento que se merecen, oh, ustedes, mendaces caballeros huidos, muchachas de terciopelo, damas, solitarios, compañeros en la íntima, barroca, lasciva introversión. Mas qué hacer si yo no toqué nunca el óvalo de la cara de ustedes, pero en cambio mis manos saben de memoria el recorrido del óvalo de la cara de Brezo. ¿No ha de irrumpir ella? Irrumpes y

contigo mi esperanza de que leas cuanto me sucede, todo lo que mi voz no dibujaba, amiga, porque esa mujer, con su sombrilla roja, con su sonrisa de perlas llega y nos disuade a los introvertidos, y nos impide precisar.

Por la mañana pobló mi habitación un eco de campanas de río. Daban las nueve, un frío de nubes grises se transparentaba por el cristal. Yo lo veía sin sentirlo. Desde los pies, todo a lo largo de mi costado y hasta el embozo reinaba la hospitalaria temperatura. Con cada movimiento de los párpados me invadía una oleada de placer durmiente, ese intenso alivio que da la sed calmada se repetía, de a poco, en las sucesivas articulaciones. Brezo, el hueco debe de ser un estado semejante a cuando nos movemos bajo las mantas, y fuera hace frío pero en el interior de la cama, como el aire, se agita y nos roza una temperatura que es la justa, la que la sangre quiso y propició en sueños.

Madejas de sol llegaron por la ventana y mi pereza partió. El pueblo me atraía con el brillo de esos cuerpos que aún no han sido nuestros pero lanzan señales: las casas apiñadas con sus muros de piedra, la delicia de buscar otra vez el final de las calles y encontrar horizonte. Tras el desayuno estuve asomándome a la terraza perpetua, a la linde circular de Alnedo. Y me acatarré. El hombre sedentario modifica también sus atavíos. Hace años que me deshice de las botas de montaña, el plumífero y la capa de lluvia. Les tocó el turno entonces a esas prendas de nombre turbador: cazadoras. Pero pronto mi circunspección las consideró excesivamente juveniles. Al cabo, para combatir el frío de la sierra me hallé sólo con una gabardina acolchada, azul marino por fuera y, por dentro, debido a no sé qué rara ofuscación de los fabricantes de ropa, veteada con semicurvas rayas rosas y diminutos jugadores de golf. Hay entre sus botones grandes bocas abiertas y por ellas, y por sus anchas mangas, y por su vuelo amplio, se cuela el viento. Cuando regresó a El Buey Escarlata, Sergio estaba griposo.

Pedí leche caliente con coñac y acudí al salón de los espejos. Notaba una intensa, aunque soportable, presión en la parte superior de la mandíbula, a la altura de las sienas. Era un tibio vapor de irrealidad que se extendía por el cráneo y me atravesaba los pensamientos. Permanecí recostado en el sillón frente a la chimenea, las manos y los ojos concentrados en el humo de la leche. Un suave mareo me remontaba a la altitud brillante de las nubes. Mientras la fiebre, abajo, libraba su nublada batalla en nombre mío, yo divisaba límpidas y despejadas regiones. Me vi así beneficiado por el humilde sentido de las enfermedades leves: como el sueño, constituyen un descanso de la percepción y nos relevan del deber de pilotar. Lento cabeceo, proa y popa suben y bajan dentro de mí, un fulgor ávido se expande, la palabra «rumbo» desaparece.

El individuo calvo se acercó para invitarme a la comida especial de Navidad, mas yo sólo quería sopa y gelocatiles, y tal vez algo dulce y una manta, y a ser posible tomármelo todo frente al fuego, en ese mismo sillón. Mis deseos fueron órdenes cumplidas. Comí, la manta sobre las piernas, la bandeja sobre la manta. Degusté el café en un cacillo metálico —me calentaba las manos—, abrí un libro, la tarde iba cayendo. En la habitación de al lado se oían fragmentos de canciones que la muchacha sopesaba con exhaustividad: polkas, habaneras, boleros. Ana Karenina, llorosa, acababa de enviarle una nota y acto seguido un telegrama a su amante. Sergio Prim estaba leyendo. Protagonista de un exilio voluntario, negaba el transcurso concreto del día. Letra a letra, carácter a carácter, Sergio componía una cámara de aire entre el tiempo, su tiempo, y el tiempo de Brezo; un circuito por cuyos senderos, espirales y curvas transitaba libre, despreocupado e ilocalizable. He oído contar que hay gentes capaces de vivir durante años sin haber rebasado la última página de sus libros favoritos: es así como quieren retener el milagro. Yo nunca pude. Una y otra vez conocí el desamparo, la angustia de notar cuánto se adelgazaba el lado de las hojas pendientes —cuánto engrosaba el lado de lo perdido—, pero continué leyendo. Aquella tarde, sin embargo,

también Sergio se concedió una prórroga. Separé mis ojos de la letra escrita, los guíe por el aire hasta el fuego y di en pensar que el mismo sistema que rige para la tierra y sus mapas, rige para los hombres: escalas y signos, representación. Los mapas de los hombres son los libros. A ninguna lectura le es ajeno el acto paradójico de estar tocando un mapa con la yema del índice y razonar cual si estuviéramos atravesando Francia. Pasar por el capítulo de un libro como quien baja una montaña o sube al circo de un glaciar por las curvas de nivel. Brezo, yo ando por los mapas, yo llevo conmigo el plano de Madrid, igual que un turista, porque tengo fe en los mapas. Ellos establecen una relación distinta entre nosotros y el mundo. Lo mismo hacen los libros.

Pero terminan. Ya la noche informaba la habitación. Cada media hora una silueta había acudido a remover los troncos y ahí estaba de nuevo. Era el joven que, cuando llegué, me había subido el equipaje. A veces el destino nos obsequia con ojos claros. No todos parecen ámbar pálido, como los de Brezo; los azules, sin embargo, tienen su misma cualidad de prisma iluminado por la luz. Yo miraba al muchacho y me estremecía un suave dolor, deseaba quedarme, parar la escena, fijar en un gesto su geometría adolescente sin dar, por ello, ocasión a la sospecha, a la molestia de ser observado, al hartazgo de este huésped griposo y mirón. Inmovilicemos, pues, la tarde, quédese quieto el hotel. Ahora, muchacho, déjame mirar tus ojos, déjame la efusión que supone caer con mis ojos sobre los tuyos: óigame, joven, yo no soy el cliente descarado que imagina, sino Sergio Prim, un hombre desnutrido de ojos transparentes, ávido de mirar sus iris azules, o bien de un ámbar claro, ojos color de cáscara de nuez.

Desapareció sin siquiera volver la cabeza. Yo escogí un asiento junto al gran ventanal sobre los mimbres. Se oía un disco de habaneras. Como una lámpara, Brezo, como el rincón que una lámpara acrece en la habitación oscura, Sergio te fue pensando. Tú no estabas, pero él te fue pensando. Rodeado de faroles en miniatura echó a andar un tren eléctrico que Papá Noel

habría traído, quién sabe, tal vez a los hijos del individuo calvo. Y la actriz esperaba en la minúscula estación. Teme a esa efigie, amiga, su falda de tubo, su sombrilla roja. Esquívala y vive de espaldas a ella, como yo vivo.

La soledad del viajero, mi soledad de buscador de túneles se adensó en la barra del bar, cuando esperaba el suministro de aspirinas. Brezo —te hablé—, ¿conoces la historia de aquel individuo que encontró un circuito formado por todas las piscinas del mundo?: «Fue entonces cuando se le ocurrió que si atajaba por el sudoeste podía llegar a su casa nadando. [...] Le parecía ver, con ojo de cartógrafo, aquella línea de piscinas, aquella corriente casi subterránea que se curvaba atravesando el condado. Había hecho un descubrimiento, una contribución a la geografía moderna, le pondría el nombre de Lucinda, en honor a su esposa». Es *El nadador*, un cuento que traje conmigo para que me diera fuerzas. Ay, amiga, ya lo dijo Baudelaire, van los hombres encorvados cada cual con su quimera. Su testa fabulosa les corona la frente como uno de esos cascos horribles con que los antiguos guerreros pretendían inspirar terror al enemigo. Y, cosa curiosa, ninguno de ellos parece enfurecido con la fiera colgada de su cuello. Brezo, gozo del ánimo, mudanza incipiente, mira cómo quiero perderme en todas las palabras, historias de otros, cómo quiero que sepas que el hombre nunca —o casi nunca— vive donde está viviendo. Sergio estaba en el bar de El Buey Escarlata y flotaba. Se había acostumbrado a tenerte por medio de sus evocaciones, pero tú no debías acercarte más. Hay seres hoscos en el mundo. Hombres inhábiles para la proximidad, taciturnos, un poco cabizbajos, y perturbarlos es discordia. Me dirás que carezco de arrestos para comprometerme, pero ¿acaso cabe decir del pájaro que carece de arrestos para correr, del topo que no tiene arrestos para la luz? Quiere el día que le siga la noche, quiere el bosque que las ardillas trepen hacia arriba de los árboles pero caigan las piñas hacia abajo. Y

hay hombres de manos cogidas a la espalda que, cuando eran jóvenes, se quedaban observando en las fiestas o poniendo los discos. Mientras los demás bailaban, ellos solían admirar la hechura de los cuerpos. Son hombres que usan abrigo y es frecuente verles quietos, en un campo, atentos a la madriguera de un animal, ya sea para imitarlo, ya para protegerlo.

Todo mi afán prudente se quebró cuando subí a mi cuarto y el teléfono, luz de campanillas, sonaba. Nubes de coñac y medicina bajo los pies de Sergio, en torno a su oscuro pelo rizado. Brezo dijo un «¡hola!» idéntico al de sus mensajes en mi contestador: no había habido catástrofes, ningún imprevisto, sólo quería saludar. Me pareció distinguir el rumor de sus zapatillas deslizándose por el empeine. Si pudiera verte ahora. Verte y no tocarte porque estoy débil, la gripe se expande como columna de humo por mis venas, tengo las manos ardiendo. Pero guárdense los amantes de inspirar compasión; orgulloso callé mis tribulaciones. ¿Y qué podía contarle? Amigos, nosotros amamos las sutiles conexiones, ese concierto de órgano que interpretan en una iglesia alemana y, simultáneamente, suena en Málaga. Me bastó mirar el botón de la radio junto a la mesilla para animarme: «Brezo, ten cuidado —dije—. De un momento a otro puedo aparecer debajo de tu boca o salir a tu cocina por la puerta de la nevera. Tú tienes mi voz guardada en los agujeritos y yo te digo que voy a meterme en una piscina aunque sea invierno, porque estaba pensando en la historia del nadador que descubría una especie de río discontinuo de piscinas y entonces llamas tú, remontas pueblos, cruzas campos, descienes por la línea, entras en mi habitación. Todo está comunicado: yo guardo un bolígrafo en el cajón y, como el conejo de Alicia, puede el bolígrafo llegar al jardín de la reina; instalar un fax en una oficina es detectar sus conductos secretos y marcarlos, en los prados los cables de la luz indican vagos caminos eminentes que los hombres a tientas se esfuerzan por seguir; yo tiro de la cadena y el agua que cae viene de Huesca; abro el botiquín del cuarto de baño y la mercromina se superpone y multiplica con

otra que hay en un cuarto de baño de Santander; enciendo la televisión y aparecen hombres que están en Cracovia, el enchufe de la lámpara de mi mesa lo alimenta el Duero, este suelo es el techo de un piso inferior. Y si entro en mi pijama tal vez salga al camisón dorado de tu cuerpo, tu cuerpo que en el sexo limita con el mío. Y si me acuesto, es el colchón la tierra donde el pielroja se tumba para oírte galopar. Y si cierro los ojos, tú los abres, estremecida de placer. Y si me duermo, el afluente de mi sueño desemboca en el río donde duermes tú. Todo está comunicado», dije, y se te oía reír.

Gracias a la enfermedad conocí cuatro días de verdadera vacación, vacación de mí mismo. El mundo le fue mostrado al otro, al convaleciente. De la planicie escarlata surgían bandadas de patos, nieblas en el atardecer. Al compás de las tormentas, me envolví en narraciones. Los ojos de Brezo, la duermevela, los libros, se sucedían. Era cuando los títulos parecían verdad, cuando la vida estaba en otra parte.

El 30 de diciembre, aplacada la fiebre, bajé a mi sillón frente a la chimenea. La puerta de espejos cedió despacio dejando paso a un carrito de contenido emblemático: la merienda, colación colegial, palabra con sabor a pan y chocolate aun cuando designe vino y jamón, o fruta o, como en aquel momento, té con tostadas. Desde mi flojedad temblorosa sonreí a la muchacha prerrafaelita. Nadie la había llamado, pero en aquel hotel lo familiar se ofrecía como en otros lugares hacen con el paisaje o las instalaciones. Envuelto en una manta caminé hacia las mesas. Elegí la más apartada de todas. El viento silbaba entre los mimbres y yo pensaba en Brezo. De frente al ventanal que daba al valle, emitía radiaciones, ondas para la inaccesible. Yo la había tornado inaccesible colocando kilómetros por medio. Kilómetros amargos y dulces como la mermelada de naranja, su mermelada preferida según dijo una tarde en mi casa —a partir de entonces yo, con la delicadeza excesiva de los indefensos, tuve siempre en el armario del desayuno un bote a su disposición—. Fuera soplaba un viento inquieto, se oían aludes lejanos y yo cubría con oleadas gigantes, naranjas, luminosas, mi cuadrado de pan. Arreciaba el granizo, sonaban ecos de largos derrumbamientos y un crujido de rayos, pero a mí me protegía el brillo de la mermelada de naranja. Convencido

miré aquella superficie transparente, era una prueba: se alejan las personas pero ya su mirada nos pertenece; cambian los sentimientos como franjas de luz, pero la mermelada de naranja es inmutable. Terminé la tostada con alivio, porque hay pequeños actos, homenajes, que si se prolongan llegan a convertirse en pequeños desplazamientos del corazón.

A medida que el té insuflaba calor, temperancia a mis miembros casi restablecidos, sentía aflorar la desazón por los días desperdiciados, por no haber recogido aún datos o testimonios que menguaban la magnitud de mi locura. ¿Puede un hombre oponer a su amada un punto en el vacío, no una profesión, una medalla, un afán sino un punto en el vacío? Y qué, si no. Dejarse hacer, retornar a la pléyade de los amantes locos. Véanlos. A lo largo de los siglos, como animales sacrificados, sus despojos van cayendo. Mueren para que sobreviva la leyenda. Véanlos en sus lechos, su candor es inicuo: formulan el deseo de no volver al mundo de las cosas vulgares, de tomarse una copa y morir allí mismo, y no saben que, irremediabilmente, así sucederá. El amante muere siempre y viene a ocupar su puesto el hombre erizado de fantasías, el estudioso, el simple, otro que es y no es el mismo. Brezo, mi amiga, yo ya ppecí una vez. Acéptame, por eso, la prudencia. He concebido un punto en el vacío para ti. Otro en mi lugar te habría preparado un domicilio, habría entregado sus días laborables a la pausada compra de una casa y sus muebles. ¿Mas no es mejor, amiga, enloquecer por nada, por la hoja que lentamente cae, por el pálido frío, por lo tenue?

En la escalera me crucé con el joven de ojos color azul abusivo. Saludó con la justa razón de mi nostalgia: «Hasta mañana», dijo abriendo un inciso de disolución. Excepto el peldaño de madera rectangular en donde yo paraba, el mundo desaparecía hasta el día siguiente, era inseguro. Cómo saber si Brezo estaba dormida o caminaba o seguía siendo Brezo. Desconfíen los hombres de las paradojas, pero ¿existe, santo cielo, existe mi mesa cuando no la mira nadie? Y acaso yo existía, me dije, sólo porque, asomado a la puerta del comedor, el individuo calvo me observaba esperando —¿exigiendo?— que yo rebasara mi peldaño. «Tenga cuidado de no introducir el pie entre coche y andén», mi vida fue ese miedo, conciencia de los abismos, discordia ante el deber de franquearlos, como cuando en las excursiones había que cruzar los ríos por puentes de troncos redondos y yo sentía vértigo. Allí estaba Prim, quieto sobre un rellano, y una vez más se le abrían precipicios entre cada fragmento de aire. No Albania, ni siquiera la antigua y orgullosa Albania: Sergio Prim era un pueblo de Burgos cuando nieva, territorio aislado.

Di un paso más, alcancé el peldaño siguiente, luego mi habitación y allí, allí fueron llegando los hombres enemigos. Estaban todos dentro, enseñándome a decir que la vida es difícil, que cuelgan azucenas como una estera tendida, azucenas inertes, dalias secas, mientras que yo no sé con qué motivo llamarte, con qué disculpa pronunciar tu nombre y pedir que no te vayas. *Solus rex* en un tablero de cuadros destellantes, Sergio te añoraba. Espacio blanco, espacio negro, como un haz de faro interrumpiéndose era tu apariencia no sucesiva, apariencia adúltera. Bajo aquel cielo sin luces, Prim, ungido por la helada de los campos, temió perderte. Cerrar los ojos y que, al abrirlos, tú ya no fueses

más Brezo desfallecida. Volver la vista y advertir que se había soltado el hilo de la cometa.

La duda hace sufrir al visionario, la buida duda inclemente que en la noche le augura soledad. Pero Sergio debía resistir. Amiga, yo pertenezco a una minoría errónea: monjes vestidos de paisano somos, atlantes flacos, enfermizos, que sujetan una tierra imaginaria. Y mientras los demás cantaban sus oraciones, y rezaban *Kyrie*, y rezaban *consolatrix afflictorum*, sabe que Sergio pedía: «Oh, déjenme preservar a Brezo de la decepción».

Regresé, aunque a veces he pensado que nunca volví de Alnedo: estoy sobre los lentos mimbres, nada ha ocurrido aún, la realidad, con su *atrezzo* de fechas y abalorios, es una figurita de azúcar congelada sobre el pastel de yema de la tarde.

En Madrid, la marea del 31 de diciembre se había retirado dejando pecios: recipientes de cerveza, papeles húmedos, virutas de cristal. Un trío de coches, siempre distinto, siempre el mismo, hacía guardia sobre el asfalto; Sergio Prim era el único peatón. A lo largo de la vida hay momentos en que un hombre se dice la verdad: nunca seré un gran geógrafo, no me llamarán para dar conferencias. O bien: estoy viejo, tengo piel de elefante. O bien: el hueco es una quimera, una fantasmagoría completamente inútil. Sentado en un banco, yo me dije la verdad: Sergio Prim, se te acabaron las excusas, has vuelto del viaje sin ese hallazgo que te permitiría una nueva dilación: tiempo para seguir buscando tu gran excusa, tu fiebre. Sergio Prim, el hueco no existe, el hueco es una metáfora.

Y bien, yo amo las metáforas. «Sólo la metáfora nos facilita la evasión y crea entre las cosas reales arrecifes imaginarios, florecimiento de islas ingravidas», dijo un español célebre. Yo te habría mirado con mis ojos de ciento veinte vatios: «Brezo —te hubiera pedido—, escondámonos en una metáfora. Cuando venga el dolor, cuando se afile en contra de nosotros y tapie las ventanas, cuando la ofensa venga y venga la desdicha, entonces, en postura fetal, acurrucados, tibios, escondámonos en una metáfora». Pero cómo vencer tu acerado sentido práctico. No, no es cierto que las mujeres estén hechas de alguna sustancia suave; son metálicas. Lucen cinturas frágiles y modelan el

arco de las cejas y piden protección, vana apariencia: la dureza se mide en virtud de una escala que empieza en el talco y no acaba en el diamante sino en la mente de una mujer. Solicitan las mujeres un detalle, un abrazo, y tal parece que interpusieran una reclamación de cantidad. Ellas aman las cifras. Diez años de cercanía, cinco mil horas de apoyar la cabeza en el hombro, doscientas cincuenta y cinco tardes de leer y mirar la lluvia, vean las cartas que Brezo ponía encima de la mesa. ¿Qué era, al lado de aquello, una metáfora?

Cansado, casi vencido por mis pensamientos, entré en una cafetería y, como siempre, me apresuré a ocultarme en el rincón, junto al cristal oscuro. Mas allí me aguardaban sus tacones altos, su pulsera de perlas. Prendida de un poste, en el centro de la plaza, la realidad riente miraba hacia mí: «Lo importante eres tú —decía la fingidora—, moda de invierno», y sus ojos parecían volverse tras de los míos. Sergio —pensé—, díselo. Dile a Brezo que ya no vas a seguir buscando lo que no existe. Imaginé que la llamaba por teléfono: «Brezo, si yo no fuera un escéptico ¿lo intentarías? Quiero decir: ¿vivirías conmigo, me llevarías leche caliente con miel cuando tuviera gripe, y compraríamos un solo periódico para leerlo juntos en el bar por las mañanas?».

No, ladina dama riente, no podrás engañarme, por más que exhibas tu sonrisa sonora. Dama de boquilla y labios de marfil, no quieras mi perdición: retener, convivir, ¿por qué me tientas con verbos de consistencia pétrea si todavía no he hallado el Intervalo? ¿Tal vez ignoras que cualquier roce continuo se me antoja imposible de soportar? No en vano, gastada ya la infancia, sigo sintiendo fascinación por los coches de control remoto. Ese vínculo aéreo es el que yo prefiero para relacionarme con el mundo. La cantidad de energía y habilidad social que nos detrae el trato con los semejantes suele dejarme exhausto. A través del correo, en cambio, y aun por el teléfono que me oculta el rostro, pero también desde la fantasía y la

memoria, establezco conexiones balsámicas. La distancia propende a la benignidad. Yo soy de los que apuntan los itinerarios de amigos viajeros: si van a Pekín, escucho en la radio todas las noticias que aluden a China. Vínculos etéreos, corresponsalías, allí me había instalado hasta que llegó Brezo y quise su contacto. Sonaba un gong, la realidad reía, moda de invierno. Para librarme de su boca esmaltada, clavada en el ángulo superior del cielo, salí dejándome la cerveza a medias.

Había en la puerta del bar uno de esos cochecitos o animales gigantes, levemente monstruosos. A veces los niños echan una moneda y el juguete se mueve con obscenidad. Yo quedé conturbado por aquella visión, qué colorido insolente, qué falta de delicadeza. Sin embargo, en un sublime esfuerzo por conquistarte, por ganarte a mi modo, me obligué a fijar los ojos en el monstruo de plástico y detener el mundo. Así dominaba mi ansia de ti. Así, luego de llamarte, encajé el contratiempo: el médico visitaría esa tarde a don Emilio; tú y yo no podríamos vernos hasta el anochecer.

La esperé, señores, con el alma como una camisa colgada de su cuerda, y no me descolgaba, y tardaba en llegar. Media hora después de lo acordado vino a mi apartamento; en la cara traía preocupación. Taciturna y escueta, apenas si accedía a contar nada. «No puedo quedarme mucho tiempo: mi padre no está bien», fue su única alusión antes de abrazarme como quien cierra una puerta y se vuelve hacia el olvido. Cumplió el sexo su misión de ráfaga imprevista, ausencia ante lo que nos amenaza, luz en los jardines apagados. Luego Brezo se adormeció. Con su cabeza en mi brazo yo pensaba que al menos el deseo es impredecible. Gimes y no sabes tu próximo gemido, amiga, pero a Sergio cómo le librarás de sus repeticiones.

Una vez vestidos, el espacio se hizo más difícil: a tenor de qué disposición respetuosa, íntima o abandonada colocarme. Ofrecerte una tila me parecía tan peligroso como sentarte a la mesa o llevarte al sofá. Y tú no trazabas lindes, no señalabas zonas neutrales, áreas donde pudiera quererte al modo despejado

de ciertos cielos, sin error y sin daño, sin inoportunidad. Consagrarme a tu afecto como a una labor de oración y de huerta, como quien escoge un tiempo fuera de los rugidos, en la bandeja hay tazas con el asa finísima, por la ventana no se divisan bloques sino montes japoneses, en el agua de un vaso cabrillea la luna.

Brezo se recostó en el sofá y endureció los labios para hablarme. Cínica como una amante vieja, empleaba mis armas, jugaba a desvestir sus sentimientos. «Narcisismo», dijo, esto es: «Yo sólo me enamoro de una Brezo que enamora». En busca de esa imagen emprendía relaciones, y se juzgaba capaz de cometer locuras sólo para retenerla, sólo para recordar que existía una Brezo posible, una Brezo a quien no apartaría de su memoria, no perturbada, no inquieta. De tal manera era así que, si flaqueaba, si un día la vencían el desafuero o la angustia, decaía su amor: «El caso es que ahora —la dama cínica se retiraba— estoy a punto de perder el dominio y aborrecer tu silencio, y entrar en la histeria o echarme a llorar».

¿Dónde estaba mi director de escena? ¿Por qué no venía? ¿Por qué no me indicaba un gesto, una sola palabra? Hay hombres, Brezo, que tienen respuestas. Tipos afectuosos que, en estos casos, aventuran dos o tres frases y se atreven a estrujar tu cabeza cariñosamente. Yo sólo tenía buena intención, un magma azul agolpándose, el impulso de sacarte por la chimenea. Como un novio de Chagall yo te cogía y estábamos ya tan alto, tan lejos cuando te oí que hablabas del dolor.

Sépanlo, don Emilio se había desmayado el día de Nochevieja. Estaba tumbado sobre el pasillo, pulcro, perfectamente atildado, cuando Brezo le encontró. No parecía intranquilo, trató de convencerla de que estaba verificando ciertas hipótesis sobre el efecto de la altura de los edificios en el cuerpo humano. Y ella había creído que su locura se agudizaba, pero se trataba de falta de oxígeno. Durante la cena estuvo contando historias acaecidas en Huelva, la ciudad donde conoció a su esposa. Antes de las uvas, cogió la

mano de Brezo y la obligó a moverse igual que se hace con los críos para que se despidan. Satisfecho, reclinó la cabeza en la silla y se durmió. El médico tenía malos augurios.

Deliraba Lautréamont, la poesía nunca es práctica. Como un inútil, yo pretendía ofrecerte un hueco, Brezo, un mundo desaparecido. Te acompañé en un taxi hasta tu casa. «Todo irá bien», dije simulando presencia de ánimo. Sergio hacía ejercicios en la cuerda floja; sus palabras eran, en verdad, tanto o más ilusorias que el hueco invisible, pero tú las creías. Cuando nos bajamos vi a la realidad en el asiento delantero. Había estado espiándonos, con sus piernas de medias brillantes, desde la portada de una revista.

«Ahora estoy viendo la manera de poner en práctica un problema clásico de la física, el llamado “problema de los dos cuerpos” —dijo don Emilio, jadeante, tumbado en su cama de matrimonio—. Consiste en determinar el movimiento general de dos masas que se atraen gravitatoriamente. Su solución, de una gran belleza matemática, tuvo enorme importancia en la historia del pensamiento científico. Pero, amigo mío, ¿no cree que ha llegado la hora de aplicarlo al pensamiento amoroso?» Brezo fingía escucharle mientras vigilaba su respiración. Una alta botella de oxígeno azul presidía la escena. «Don Emilio, es usted un sabio», exclamé, y mi voz sonó convincente. Vi en tus ojos que me lo agradecías, pero te equivocabas. Yo no pretendía darle ánimos. Yo admiraba de veras a tu padre y sus disquisiciones suscitaban graves preguntas en mi corazón. El problema de los dos cuerpos: aunque al sexo lleguen algunas palabras, queda siempre un reducto carnal, forma de la materia, lámina de piel inobjetable. Allí, en ese reducto, yo moría. ¿Por qué tu cuerpo y el mío, Brezo? ¿Por qué mi cuerpo en el tuyo se olvidaba si a mí no debía quererme nadie?

Don Emilio se adormeció poco antes de que llegase el médico. Bajé en busca de un jarabe con sabor a frambuesa, dejándoos solos en aquella habitación alzada sobre la periferia de Madrid. Me costó dar con la farmacia semioculta en un recoveco entre bloques. Al otro lado del escaparate, con perversa sonrisa de flúor, esperaba ella. Vestía un traje de chaqueta de color rosa, era bella y pensé que si la miraba durante más de un minuto seguido, me atraparía,

Sergio pequeña polilla golpeándose contra la superficie del cartel, contra el cristal.

Cuando salí a la calle se desencadenó la lluvia. Como espada y escudo esgrimí mi paraguas y avancé derribando a millares de gotas. Pero al llegar a la casa perdí la firmeza, el aplomo, las armas. Una amenaza, visible como un mosquitero, rodeaba la cama de don Emilio. Brezo dijo que estaba esperando una ambulancia, su padre había entrado en coma y el médico temía que fuera irreversible. Me recuerdo intentando abrochar torpemente la cintita de mi paraguas, esa espiral de tela que nunca coincide sino que, como mi ánimo, gira siempre hacia el lado opuesto del automático, hacia el inverso lado, Brezo, de tu necesidad.

Después de la angustia en el hospital mi casa parecía un armario cerrado, una mina sin luz. Señores, las habitaciones entreabiertas de un hospital, como las celdas de las cárceles, como las sillas de ruedas, como el dolor furibundo, son lo que no existe. Allí había dejado a Brezo, tapada con mi abrigo, en un feo sillón de cuero blanco donde se disponía a terminar la noche.

Mísero Sergio Prim, hombre pequeño, emborráchate porque no sabes nada, porque no puedes nada. Camuflado bajo el sabor dulce y denso de un oporto, el alcohol me alcanzó. Se me coló en la boca y fue como quien cae por el túnel de las lavanderías. Ser expelido, verse en la calle de pronto necesitando bordillos, persiguiendo el repecho de mármol de los escaparates para sentarme, para encarnar durante unos minutos a una dama dieciochesca que supiera llorar, esto es, simplemente el arte de llorar, un toque de cristal en las mejillas.

Me apoyé contra el repecho, húmedo, de una fuente. Y tus caderas se acercaban. Qué vendría más tarde. Qué miradas vendrían, y qué cansancio. Pero no entonces. Entonces sólo recibir una voz tuya y atravesar la noche hacia tu residencia. Quedarme prendido de tus caderas, de pie, mientras pasan mesas de operaciones o animales imposibles, qué importa, la pasión es un agolparse de ramos restallantes, pulmones entre flores, y mientras la noche se ahoga yo cogería tus hombros de talco que irían deshaciéndose. Qué inoperancia la del sentir.

Supón que en esos ojos hay un túnel, supón que yo quisiera remansarme en ese túnel, locomotora parada. No me oyes, te lleva una corriente de hospitales, he contado tres, cinco, siete, nueve días bajo la yegua de noche, pesadilla. Andas y el aire es, eso que se dice, menos respirable; te paras y sientes que el estómago se estrecha, y te pesan las manos, todo ocurre muy lentamente, estás en un día nublado sin ninguna luz. Lejos, cambian los decorados, cambian los horarios, pero frente a ti hay una sola escena horizontal: el rostro de tu padre grabado en las almohadas. Y es torpeza el hablarte, oyes una tos de lija que reincide o no oyes nada. Y sólo acierto a pensar que la yegua ha de irse, porque una yegua no puede galopar indefinidamente por tu espalda, no puede quedarse a dormir bajo tus manos, sino que viene de noche la yegua y rompe los aligustres, muerde rojos geranios, vuelca tiestos, pero un día termina la ceremonia de la muerte, y la yegua no está.

Acompañé a Brezo en varias ocasiones por los pasillos largos de la décima planta. Tras de un pijama verde claro resistía el cuerpo devastado de don Emilio; su cabeza, sin memoria y sin fuerzas, vagaba en el espacio como la de un quijote vapuleado muchas veces; se peleaba con nadie, don Emilio, gemía y atacaba, era el suyo un delirio batallador. Su violencia, remota, apenas un jadeo, le dejaba exhausto. Brezo se desvivía —que es morir un poco—, colocaba toallas de colonia en su frente, le hablaba como si él entendiera, de pronto se marchaba y volvía sin avisar, erosión de Brezo, Brezo adelgazando a la velocidad de la tragedia. Nublada, huida su conciencia como tras un ciclón, ella transcurría con los ojos crispados, animal de presa, había cazadores por todas partes. Y al verla tan quieta, tiznada la orilla de sus ojos transparentes,

yo desesperaba por sacarla de allí: no de la ciudad, no del redondo trayecto entre el hospital y cualquier zona del mapa. Yo aspiraba a llevármela — Baudelaire, Baudelaire— fuera de este mundo.

A solas me debatía con denominaciones felices, «Perpetuo Socorro», «Virgen de los Desamparados»; a solas soportaba la conciencia de que ningún hombre es una Virgen, de que las Vírgenes son criaturas literarias. Amiga, yo no tengo consuelo para darte, rebusco en los armarios, hurgo en mi pasado y en los libros, imagino promesas, pero quién puede reponer las cosas que hubieras querido hacer con tu padre y que no harás.

Además el dolor, como ustedes saben, no se contagia, es intransferible, nadie padece lo que padece el otro sino sólo su propio sufrimiento. Mi sufrimiento era haberme visto privado de Brezo sin causa previsible, y era también mi muerte, la muerte de todos, ocupando el hospital de don Emilio. Si al menos acertara a parar la aflicción de Brezo, sólo a pararla. Una persona que entra en un hueco deja de sufrir, pensé, y también que el hueco podía estar en la mente. Me impuse entonces un acto que rebajaba mi orgullo, que elevaba mi miedo a la altura de la necesidad: compartir mis pesquisas y ponerlas a prueba; buscar, igual que un libro, una persona de consulta.

Fue doña Elena, con amable premura, quien me la proporcionó: «Conozco a una psicóloga especializada en fugas mentales». La habitual inmovilidad de su gesto fue tapada y descubierta por una ola. «Es discreta y muy inteligente — añadió. Y después de una pausa—: Se lo puedo asegurar». No hallé otro modo de agradecer la confianza que estrechar su mano, luego de apuntar el teléfono de Maravillas Gea en un cuadrado amarillo.

Llamé a la psicóloga el día del entierro de don Emilio. La muerte había llegado altiva, invitada de honor, redentora final de los delirios, puta como siempre. Por teléfono, Maravillas Gea se mostró amable, aunque fría. Me dio cita para el jueves siguiente. No quiso indagar en mi problema («Trastornos espaciales —había dicho yo—, y a veces alucinaciones») pero, en cambio, se interesó por mi estado físico: apetito, enfermedades infantiles, cansancio, dolores de cabeza. Ante su insistencia, me pareció oportuno exagerar. Agrandé las dimensiones de mi insomnio, la desazón que me producían los sueños. De una simple inquietud, hice una patología. «Los triángulos —dije—, los triángulos invertidos me dan vértigo: las peonzas cuando giran, ciertas señales de tráfico, el cuenco de las copas, la «v», la espalda escotada de una mujer.»

Colgué el auricular y me encaminé hacia el entierro. El color pajizo del pelo de Brezo se repetía en otras tantas cabezas de familiares, hombres maduros, primos ignotos. Los amigos de Brezo, o sus amores como catarros mal curados, estaban agrupados en células. Un grueso renglón azul de antiguos colegas del físico muerto ponía término a la comitiva. Aunque reconocí a algunos compañeros de la facultad, evité saludarlos: prefería pasar inadvertido. Durante la ceremonia me mantuve alejado también de Brezo, y no tanto por delicadeza como por haber descubierto la verdad no aparente: ella se iba, una mujer de altos tacones y guantes largos nos la arrebatava, tal vez a bordo de una *limousine*. Pálida, Brezo semejaba un ánima, y ni el carmín pintado de las señoras, ni los corros de amigos, ni el insistente luto familiar alcanzaban a entrometer color en su aspecto de visillo blanco, de figura escondida tras el visillo blanco que se esfumaba. Sólo una vez me atreví a

pasarle el brazo por el hombro: su cuerpo se escurrió, mi brazo nadaba solo en el aire.

Sin la presencia de Brezo, era aquél el entierro de un gran hombre, el respetable anciano don Emilo Varela, físico renombrado que a los cincuenta años se volvió loco. Todos los días, en turno rotatorio, se precisa de un grupo de conocidos, amigos y parientes, un grupo heterogéneo que finja cerrar filas, que simule poner una barrera ante la portería de la muerte. Hombres de todas clases son llamados, vienen desde sus casas y se reúnen en esa ciudad roma llamada cementerio. En cuanto hubo cumplido su débito ancestral, Sergio Prim se retiró pues sabía dónde estaba Brezo.

Por la tarde fui a su casa. El portero, consternado, informaba del sinfín de tarjetas firmadas, de los telegramas, del cuantioso sínodo de familiares aún reunido en el octavo D. Brezo estaba sentada junto a un velador, fumando — nunca la había visto hacerlo—. De vez en cuando miraba en dirección a la animada charla que sostenía el grupo y asentía a destiempo. Ya no quedaban sillas, pero pude hacerme con un escabel y colocarme a su lado. La besé en la mejilla, ella no se movió.

Cada cierto tiempo depositaba la ceniza en el plato de la taza de café. Una vez, su manga tiró la cucharilla. Había un cenicero, apenas cinco centímetros más allá, pero su mano lo desechaba. Brezo —pensé—, es importante que las tazas retengan sus cucharillas, que nada se caiga en los veladores y desempeñe el cenicero su función primigenia. Pero aún diré más: si después vengo yo y deposito un mechero, si luego añades tú una cajetilla, conviene queelijamos la posición más equilibrada, el ángulo más armonioso. No veas en esto exigencias de maniático, sino simple defensa de la voluntad: parecería que nos zarandean, que estamos cansados, que nos vence el empujón negro de los ataúdes. Parecería que trabajamos durante ocho horas, durante treinta años. Parecería que, con sus tacones rojos, ella provoca horror y nos cautiva con sus labios de charol. Parecería, en fin, que somos fantoches suyos, pero

atiéndeme: tú eres una reina y te perfumas. Tú mandas sobre los objetos y dispones que tu pendiente rime con tu falda verdinegra, y colocas el cenicero de tal manera que su reflejo golpee y se repita en el asa dorada de la taza de té. Y en este instante tal vez pronuncias la palabra «báltico» porque así lo quieres, porque eso te calma o porque es esdrújula. Brezo, deberías hacerme caso, sobre todo ahora que ella se ha vestido de negro.

Mas para dar consejos hay que atreverse a errar garrafalmente o a ofender. Y ante su rostro severo, y con la muerte arrancando hojas de calendario en las habitaciones, yo no me atreví. A trompicones vadeé el cauce de una conversación trivial, la gente, los papeles, algún consejo práctico, intentar distraerla, «¿Cómo va tu trabajo?». Sus monosílabos, señores, me daban miedo. Aventuré un discurso de comedia, pero los ojos se te desleían, no mirabas y supe que mi única labor había de ser cansarte, retenerte en el tenso quejido de la noche hasta que te vencieras a ti misma y te dejaras alcanzar el llanto. Llorar es un estado que se parece al hueco por su condición de sitio visitable. Se entra en el llanto y los pulmones existen como si les rodeara un bosque húmedo, se respira bien en el llanto, es tibio y nos aísla del exterior. Y aunque el llanto no puede ser el hueco porque es aparatoso y nos delata, y un sonoro, patético pañuelo le sigue inevitablemente, a menudo nos procura trozos de tregua fértil. Por eso yo no dije «Cálmate» cuando llegó, sino que puse sólo las puntas de mis dedos en tu brazo, unas puntas vacilantes, supongo que tú no notaste nada.

Si se establecieran modos. Si se establecieran formas de relación como corrientes subalternas. Y al despertar una presencia ondulada se aproximara al lecho, libre del esfuerzo sucesivo de las frases, de la gravedad concreta de la carne, como una temperatura. Brezo, pecado mío de indolencia, pecado de omisión: dónde encontrar el oportuno, extrovertido comportamiento. El domingo te propuse ir a dar un paseo por el Manzanares, sería como el Támesis, como el Sena, sería como el Danubio, Brezo, Brezo, sería como el estuario del Tajo bajo los mármoles de Lisboa, como los barcos rodantes del Misisipí, como el gran Nilo. No aceptaste. El lunes llovió y, sin darme tiempo para moverme, tú ya retrocedías: «Estoy cansada», dijiste «Voy a acostarme pronto». Pero el martes llamabas para preguntarme si podíamos vernos, ah, la improcedente y femenina pregunta retórica.

Logré sacarte a rastras de esa casa que llevaba el desánimo metido en sus paredes. Un viento repentino desgastó los troncos de los árboles, agrietó las yemas de mis dedos: si no intenté una caricia fue por no arañarte. Y es que tú parecías de papel translúcido: una china o una piel demasiado tosca, al rozarte, te rasgarían.

Pero por qué te hablo. ¿No oyes las rosas? ¿No escuchas cómo van cayendo, en Dinamarca, en Rusia, en Pontevedra? Cuando caiga la última, comenzará el olvido. Cuando estas páginas acaben será difícil mantener el hilo de la conversación, dejarás de oírme. Brezo, si hay una preceptiva, si en parte alguna hombres establecen qué cosa sea un monólogo, y qué un diálogo, díles por favor que vengan. Quiero saber si es verdad que te hablo o si estoy como una radio sonando en una casa vacía para espantar ladrones.

Señores, una mañana el hombre introvertido mira entre sus dos brazos y ve que el ciervo que abrazaba se ha fugado de su vida.

Adviertan ahora en qué momento el ciervo empezó a debatirse, y forcejeaba, y estiraba el cuello con los ojos abiertos a diferencia de mí.

Brezo pasó de largo la parada de autobús y la boca de metro, mujer ofuscada; su abrigo grande, sus pies pequeños, se alejaban prestos. El viento, desapacible, la precedía por el trazado inclemente de su barrio, avenidas enormes sin un árbol, sin una plaza, sin un soportal. Tan sólo mi percepción sostuvo entonces la verticalidad de los edificios, ningún otro ser vivo los miraba, Brezo caminaba embebida en su preocupación. Debilidad insolente, ya la periferia iba quedando atrás. «¿Adónde me llevas?» Nada decía. Una vez el semáforo nos acercó en la espera: ¿cómo cuidarte, loca? ¿Cómo cuidarte si en silencio ponías las manos en tus sienes y eliminabas tu derredor?

Aminoró la marcha al llegar a la calle de Bravo Murillo, se apoyó en el poste de un semáforo y después, oscilando —iba a desmayarse—, se recostó en mí. La esclavitud: esa que leímos en los poemas de adolescencia, esa que no llegamos a sentir del todo en la juventud, ésa me estremeció al recibir su peso y el olor de su nuca. Suprema dictadura de aquel cuerpo que por el acto simple de estar vivo me ordenaba. Con la rigidez del perro ante la correa, así Prim respondía a su proximidad. La abracé enfervorecido, alma gemela: era ella, hubiera sido ella en cualquier caso y siempre, yo la habría encontrado aun en otro país, con otra edad, en otro idioma. Y Sergio besaba ojeras azules. En el instante en que puse mis manos en su cuello comenzó la dispersión de los objetos, se marcharon aceras y cabinas y espejos retrovisores. Como se interrumpe el río en la cascada cesó el día, pero después volvió con sus peligros.

—Sergio, anda, vámonos lejos —dijo al borde del desvanecimiento.

Entramos en el bar más cercano. Tareas inverosímiles nos son encomendadas: yo era un hombre y debía subirle la tensión. Café doble, y

tostadas, y un zumo de naranja, y un trozo de la tarta invertida que reflejaba el espejo. Brezo ya se recuperaba.

—¿Nos iremos? —insistió, tenaz.

—Pero primero tengo que encontrar el hueco —fue mi respuesta trágica.

Su mirada glacial se afiló y se rompió y cayó sobre mí convertida en punzantes pedacitos de hielo. Ella me llamó al orden.

—Estaba hablando en serio.

Yo también, amiga, yo también. Brezo, a veces, en el metro, los raíles se iluminan con un hilo de luz, es una franja que anuncia la llegada del tren, pronto distinguiremos con nitidez su ruido, pronto se le verá. Dura muy poco, pero es un sitio, es el fragmento de presente involuntario-voluntario que necesitaremos.

—Mira, Sergio —dijo, en la voz una vibración de furia, llanto y orgullo contenidos—, yo he respetado tu pasatiempo, hasta el día de hoy.

Se despedía, pájaro que velozmente pasa, con palabras que me repito sin cesar.

—Tengo demasiados muertos, y veo en cada persona un muerto posible.

Quise coger sus manos —decir: «No pienses, por favor, cierra los ojos»—, pero estaba esfumada y vulnerable. Quise pedirte, «Tócame, es lo único seguro que tenemos», pero estabas esfumada. Esfumada.

Brezo —en vano aventuraba Sergio explicaciones—, de pronto tú te emocionas, y yo no me doy cuenta. Arrebolada, tú me transportarías como sobre la superficie de las aguas, y yo te pregunto si has oído hablar de las moscas mutantes que viven en Afganistán. Es preciso encontrar el espacio que va desde la acción del uno al sentimiento del otro: un tramo firme, un puente no inconsútil, sino hecho de sólido granito transitable. Amiga, óyeme, ¿acaso quieres que yo también cometa el ritual? ¿Quieres que te pregunte: «¿Y de qué vamos a vivir?» o «¿Cómo soportaré el miedo a que te mueras?» ¿Tal vez crees que, entre todos tus nombres, podría yo llamarte Brezo-muerta-posible?

Brezo, si no tuviera uno que andar bajo los andamios todos los días, si nunca jamás hubiera yo salido los viernes por la noche y visto los jerséis pisoteados y el zapato sobre el bordillo, solo.

—Te pasarás la vida —sentenció— deshaciendo los nudos que tú mismo haces, buscando ese hueco que te has inventado. ¿Y para qué te va a servir?

En aquel momento me hubiera servido, quizá, para calmarla: «Quédate conmigo mirando un rombo azul que hay en el sobre del azúcar como si fuera lejos, hasta que sea lejos».

—Estás loco —musitó con el primer desdén. Como quien se desangra inmóvil y no busca el teléfono, y no pide socorro, Brezo declinaba la partida.

Una mujer se ha marchado, una mujer se retira dejándonos solos. Su desánimo tiene la fuerza de las resacas marinas y la arrastra hacia atrás. La copa de zumo abandonado a medias y una tarta apenas mordisqueada nos hablan de su falta de apetito, de su delicadeza. Brezo desaparecía. Reclinándose hacia el respaldo, tendió los brazos y apoyó las muñecas en la mesa —último puente—, pero resbalaban. Se le habían aclarado los ojos, más, todavía más. Después de un poco de silencio se levantó para ir al servicio y vi que la actriz de cine apagaba su cigarrillo y la seguía. Alta, con el mentón erguido, envolvió a Brezo en su echarpe de tul. Y ella luego no quiso venir a mi apartamento, no permitió siquiera que la acompañase. Mujer inapelable, última instancia de mi vida, di: ¿por qué se toman las resoluciones?

Por la tarde yo tenía cita en la consulta de Maravillas Gea, junto a la Dehesa de la Villa. Luego de atravesar Madrid a pie, me interné en el parque. Y me perdí. Mi hora se acercaba y yo, impuntual, atrabiliario, cansadísimo por la subida y bajada de las cuestas, insignificante en medio del griterío infantil, de los columpios, trepé al cerro de los locos, pero sólo vi una cruz de iglesia y una sierra cortada en planos de azul. De entre todas las salidas el parque me ocultaba justo aquella por donde la calle de la psicóloga nacía. Nuevamente hollé el vaivén de lomas y hondonadas, Sergio en los desmontes, Sergio agotado sobre la esquina de la ciudad. El sol formaba cavernas entre los pinos y la tierra sin césped, túneles color pan cuya presencia me confortó. Decidí sentarme a descansar en un banco, frente a una zona de toboganes rojos, paralelas, laberintos. Un niño se columpiaba a escasos metros de mí y, poco a poco, me fue ganando su vaivén. A lo mejor ese niño es un péndulo, me dije. A lo mejor ese niño era mi péndulo y el intervalo descrito por el columpio designaba la puerta de lo que quise ser. Iban y venían sus pantalones vaqueros, su anorak azul. Era un niño rubio y sin prisas, era mi antónimo. Brezo, a veces va a ocurrirte. Vas a ir por un parque y vas a ver a un hombre sentado que está mirando a un niño que se columpia. Ese hombre no es su padre, sino un desconocido que no puede con su vida y se ha quedado ahí. El niño se da impulso con las piernas, el columpio avanza y retrocede. Cuando el columpio está arriba, la sombra agabardinada del hombre pasa por el arco invertido: nadie se da cuenta.

Y desde el otro lado suena una voz: Brezo, ¿qué voy a hacer contigo, nube de mi pasado que ahora te has metamorfoseado en abundante lluvia y caes

sobre mi indumentaria? Yo tejía sueños, Sergio-Penélope, y los destejía solo. Entonces se te vio desembarcar. Eran tus pies, era tu tripulación descendiendo a los muelles de mi Ítaca pobre. Soy un territorio exhausto. No tengo piedras de colores en las minas oscuras. Pero hoy he salido a la calle a conquistar una península para ti. Se derramaban rosales por las tapias y, despacio, sonaban los oficios, chatarreros, afiladores, músicos ambulantes. He salido a la calle, he preguntado por el fuego, he preguntado por la dirección de Maravillas, me he dicho: «Dónde hay un acontecimiento que me justifique». Porque Prim ha cometido errores, pero ahora busca cometer hazañas. Con un ramo de hazañas en la mano, yo me atrevería a llamar al timbre. Con un ramo de huecos. Brezo —¿querrás oírme ahora?—, cuando pase el tiempo y te acucie tu rostro en el espejo del ascensor, y no halles dónde refugiarte, sabrás que Sergio abrió las enciclopedias, hizo preguntas, midió espacios, tiró líneas hasta alcanzar una emoción con espesura y adentrarse contigo en el bosque de la noche.

Los talones del niño dejaron en el suelo surcos de esquiador. Quedó una «s» en el aire, el bamboleo ebrio del columpio vacío.

Cuando di con la calle me pareció tan larga que tomé un microbús. Un joven medio dormido llevaba puestos dos auriculares que, no obstante su pequeñez, lastimaban con sus zumbidos mi soledad inquieta. Como saben, logré dominarme a tiempo y no se los rompí.

—Buenas tardes —dijo la psicóloga.

Yo ya la suponía grande como su nombre, de manera que su complexión desmedrada, y tan alta, no me sorprendió. Besé su mano cortésmente y hablé con despaciosa tranquilidad. Era el truco de un tímido. No he conseguido embridar las fantasías de fracaso ni el temor al ridículo propio de las personas inseguras; no sé cómo dominar el alma, pero me han enseñado a gobernar el cuerpo. Durante los cinco primeros infernales minutos en que trabo contacto con una nueva persona debo, me han dicho, esforzarme en hablar despacio. Así fue como me dirigí a ella. Aunque fingió interesarse por mi tratado, al principio apenas si reparó en sus contenidos, y temí que, en su fuero interno, lo designara con ese vocablo ridículo y envilecedor de las pequeñas pasiones humanas: *hobby*. Ustedes ya saben que ella me atendía con avidez; mis palabras sobre el hueco habían zarandeado los hombros de su pasado dormido, pero yo lo ignoraba. En cuanto nombré a Brezo, Maravillas Gea se incorporó, le temblaron las manos —¿o era yo quien temblaba?—. Fui, para calmarme, a mirar por la ventana, mis ojos fijos en las manchas del asfalto. De un taxi parado en la acera de enfrente salía ella, su sombrilla abierta a modo de paraguas, sus tacones finos rechinando en la lluvia.

—¿Le he dicho ya que me persiguen? —quise prevenir a Maravillas Gea.

—¿Brezo? —sugirió pasados unos segundos.

—No —respondí cortante—. Brezo se está yendo, cada día que pasa se esfuma un poco más.

Siguió haciéndome preguntas, empeñada en traducir a un lenguaje técnico —de sentido común, me había corregido con voz baja— mis confusas obsesiones. Maravillas Gea tenía los ojos de ese azul que los fabricantes de tinta para pluma llaman «mares del sur», líneas blancas cruzaban por su pelo albino. De no ser por el uso indiscriminado que hacía de tu nombre, creo que me hubiese agrado conversar con ella. Pero oírle decir «Brezo» y no perder el sentido de la frase me exigía un ejercicio de distancia demasiado difícil. Tu nombre entre sus labios no te nombraba: era un atrevimiento, un desatino, una imperdonable equivocación. Ella decía Brezo como si fueras una mujer que sube las escaleras, que inopinadamente desciende del autobús.

—Por favor —intervine—, hábleme de la memoria de los dedos. — Maravillas sonrió.

—Hágalo usted —dijo entregándome, con un leve giro de muñeca, la palabra.

—A veces los músicos olvidan un fragmento de la partitura. Tratan de enunciarlo mentalmente y no pueden; no obstante, sus dedos, que lo recuerdan, se desplazan seguros por las teclas. ¿Y si nuestros cuerpos fueran grandes conglomerados de memoria, si decir «Te deseo» equivaliera a decir «Te recuerdo con el cuerpo»? Usted no se cansa de proponerme actitudes convenientes, voluntarias, pero el deseo es involuntario, igual que ciertas formas de asociación mental.

El fondo sonoro de la lluvia uniformaba mis frases, borrando los acentos de desesperación.

—El deseo —continué— es una evocación no buscada, responde a mecanismos aritméticos y, casi siempre, ilógicos. Brezo me desea. Determinados gestos míos recaen en el vértice interior de sus costillas y luego se expanden hacia todos lados. Yo también la deseo. A solas, yo sé de mi

insignificancia y temo entristecerla con mis minucias, pero cuando aparece su cuerpo soy un dios, soy, permítame la metáfora, el hombre cuyos sueños traspasan la realidad como una flecha y huyen.

Las manos de Maravillas se cruzaron entonces sobre la mesa con resuelta profesionalidad. Al mirarme, el azul marino del agua de sus ojos se movió. Su pecho se agitaba. Sacó una ficha del cajón de la mesa, tomó rápidamente algunas notas y vocalizando, y conteniendo el placer que le daba aproximarse a lo que ella creía el blanco, hizo la pregunta original, la túrpida y fantasiosa pregunta turbia de las mujeres rubias. Así como desde el negro sin fondo de los confesionarios del colegio una voz vibrante me apremiaba: «¿Cuántas veces?», así Maravillas Gea, las puntas de los dedos contra las puntas de los dedos, dijo:

—¿Y ve usted alguna relación entre su tratado, la busca de esos puntos denominados... «huecos» y su deseo?

Creía que no lo había pensado, ya lo ven. Creía que no se me había ocurrido la idea de que el hueco estaba dentro de Brezo, de que cada mujer tiene su hueco. Al menos espero que ustedes no posean tan pobre concepto de mí. Habrán adivinado mi resistencia, mi pudor a la hora de retratar lo obvio: oquedades en Brezo, el hueco de su clavícula, los íntimos huecos del sexo, las moradas. Que el hombre sucede a la intemperie, que es un animal de desarrimo, eso también lo sabía Sergio Prim. Un animal al raso en busca de cavidades para guarecerse. Un ser a quien a veces no basta una conversación sino que necesita estar dentro del cuerpo que le escucha. Entre los caracteres que distinguen la anatomía del varón, vgr., la voz o cierta distribución del vello, figura también el estar desguarnecido. Brezo, tú me cubrías, mi cuerpo desarbolado florecía en ti. Pero el sexo es perezoso, ligazón indecisa, órgano que tan pronto decae y necesita decaer para ser. Por el contrario el hueco había de manifestarse de forma duradera y no azarosa, invulnerable a la gripe,

al cansancio, a la falta de un lecho o una hora o un talante oportuno. Traté de explicárselo a Maravillas. Luego cesó la lluvia.

—¿Está seguro de que es una psicóloga lo que usted busca? —me preguntó con el tono cansado de quien oye y no cree en boca de su amante palabras que dijera un amante anterior. Su dedo corazón pasó por la mejilla buscando el pómulo y después lo sostuvo; su melena estriada caía en vertical; su cabeza viraba distante, pensativa.

—No sé bien lo que busco —confesé—. Se me ocurrió que usted conocería el nombre de mi hueco. —Y su calidad, dije para mis adentros, y su patria.

Maravillas Gea ordenaba su mesa. Depositó la pluma en una bandejita, pasó la página de su agenda correspondiente, supuse, al día terminado.

—Por el momento no me atrevería a bautizarlo —dijo.

Quise responder algo y levanté los brazos.

«Escuche —deseaba decir—, tal vez yo esté necesitando aplomo. He buscado la templanza porque soy un hombre intemperante, he buscado el equilibrio porque carezco de él. No sé como acallar a los demonios, a los espadachines, a los músicos fracasados que viven dentro de mí. Son criaturas intolerantes y molestas, se agitan, aúllan como perros a la espera de que el amo los saque a pasear. ¿Habrá alguna manera de poner un poco de orden? ¿Habrá un sitio adonde ir cuando se solivianten todos? Si usted pudiera mostrarme la posición geográfica del contar hasta diez y contenerse. Porque a veces no basta con mirar la tela de un abrigo sino que uno necesitaría darse de baja en esta representación mientras el telón cae y uno se recita el principio de aquel poema: “Se diría que estás aún en la balastrada del balcón, mirando a nadie, llorando”.»

—Es muy tarde —suspiró la psicóloga—. ¿Desea usted que le dé hora para una nueva sesión?

Asentí con los ojos puestos en el libro que Maravillas Gea sacaba del bolso. Era una biografía de Ava Gardner: la pulsera de perlas, las cejas de

blando y fino tiralíneas, el velo negro, translúcido, sobre los hombros. Era un aviso. La realidad vendría con sus sorpresas a llevársenos: otras enfermedades, otras muertes, el primer gesto inhóspito de Brezo, el frío en una habitación de hotel húmeda. La realidad traería exigencias inesperadas. Sólo en el hueco, sólo en esa fractura de las cosas que ocurren, estaríamos a salvo.

Al salir del portal y entrar en la calle vi mi sombra ascendiendo. No el espesor oscuro de la noche sino mi sombra, la que proyectaban los faroles, mi sombra sublevada retrepándose por la acera, cogiéndome de las solapas, y yo estaba en sus manos, y era un día sombrío con un solo motivo repitiéndose: Brezo que desdeñaba mi hueco, Brezo que rehusaba venir a mi apartamento, Brezo que se esfumaba.

Cuando llegué a mi casa no parpadeaba la lucecita en el contestador. Brezo, mi interlocutora, ¿dónde estás? Necesitamos hablar con lo distante, con La distante. Necesitamos abrir en el aire túneles hacia su boca. De madrugada me desperté soñando que era mi cumpleaños: doña Elena desfilaba con una tarta en una bandeja, pero no era una tarta sino un gigantesco queso gruyère. Y quizá mi sueño no fuera más que uno de esos claros deseos que propicia el insomnio. ¿Conocen ustedes la anécdota? Al parecer, ante el comentario de un conde, quien aseguraba preferir el honor a la vida, una baronesa murmuró: «Qué tontería, es como preferir los agujeros al queso». Alguna vez yo me he querido personaje de esa escena: «Por lo que a mí respecta, señora baronesa, le diré que, sin duda, yo prefiero los agujeros». Con una risa musical, la baronesa pondría de manifiesto el sentido ingenioso —valga decir obsceno— de mi comentario. Elegante, hierático, yo especificaría: «Cuando digo agujeros, no me refiero sólo a esos placenteros orificios que motivan su complicidad. Pienso en los labios mudos de los ojales, en el hueco que deja el libro sobre la estantería, rectángulo invisible, en el claustro de música que contiene el fagot, y sé que, sin duda, prefiero el interior aéreo del huevo de pascua antes que la fina cáscara de chocolate».

La imagen del queso me acompañó al gabinete como una superstición: quizá doña Elena pudiera ayudarme. En la sala, la luz natural se mezclaba con los fluorescentes produciendo un ambiente enojoso, deslumbrador. Insensata, tú, mi enamorada: ¿dónde estarías? La manivela, fiel, me sostuvo los ojos. Pero yo quería más. Como en un corrimiento de tierras, necesitaba detectar el

momento en que el hueco se abre, y dejarme tragar por él, salir de aquí, sacarte de aquí.

Levanté la manga para mirar el compás infinito de la aguja. Dio el minuterero más de diez vueltas seguidas a su círculo hasta que me decidí y, por el interfono, llamé a doña Elena: «Soy Sergio Prim. Quisiera hablar con usted; se trata de... —no sabía cómo llamarlo— un asunto personal». Me dijo que en ese momento estaba libre, que fuera a su despacho. Vean a Sergio abriendo los cajones, vean cómo levanta libros y papeles, cómo palpa su mesa, mas no busca bolígrafos sino osadía.

—Adelante, por favor —dijo doña Elena con sonrisa de onda en un estanque. Se levantó y me condujo al tresillo de las conversaciones de igual a igual.

—¿Le importaría que fuéramos a una cafetería? —imploré.

Ella miró el reloj con benevolencia.

—Sólo dispongo de veinte minutos —dijo, pero descolgó su abrigo, comprensiva—. ¿Se trata de Maravillas Gea? ¿No está contento con ella? —me preguntó en un murmullo mientras esperábamos el ascensor.

—Bueno... —vacilé—. A lo mejor ella no está contenta conmigo.

Habíamos llegado a la calle. De común acuerdo nos dirigimos a una cafetería de salones amplios y eludimos sentarnos frente a frente: los dos formábamos un ángulo recto. Doña Elena, jefa mía, respóndame: ¿dónde está el límite entre la vida exterior y la interior? Tal vez a mí no me enseñaron a cruzar ese límite. Nadie me puso ejercicios para aprender a trasladar lo imaginado a lo vivido. Escribir en el día lo que habíamos escrito en el cuaderno; nadie me hizo caso en clase cuando sugerí que hiciéramos redacciones al revés.

—Usted dirá —murmuró, pero no ella sino el camarero.

—Un café con coñac —pedí. No me entendió nadie—. Un café con coñac —intenté de nuevo, procurando aclarar mi voz y mi horizonte. En el espejo vi

el perfil del camarero, y más allá a doña Elena y a Sergio Prim, el hombre que había arrastrado a su jefa a una cafetería para hablarle de... Me armé de valor.

—Doña Elena, ¿cree usted posible que las cosas existan fuera de nuestra mente?

Agradecemos la risa del interlocutor cuando celebra nuestra visión del mundo, pero no se imaginan cómo agradecí en aquel momento la seriedad de doña Elena. Se limitó a preguntar:

—¿Ha hablado de eso con Maravillas?

—Todavía no. —Pero hube de aplazar mi relato, tal era la abstracción de doña Elena. Sus ojos acuosos, sus ojos lentos semejaban dos pájaros que se hubieran posado al borde de su taza y la bebieran.

—Siga, siga —me animó. Vulnerada doña Elena, qué delgada parecía. Tan flaca como Brezo y, a su manera, tan enajenada como ella. Hubiera sido impropio de un caballero no acudir en su ayuda. Dedicué los diez minutos a hablarle de su muy estimada Maravillas. Doña Elena fue animándose hasta resplandecer, me hacía preguntas indirectas, indagaba en el menor detalle, inútilmente procuraba disimular su curiosidad. La venerable, sobria, serena doña Elena se excitaba como una chiquilla de catorce años. Una vez fuera de la cafetería debió de recordar el origen de la charla y se interesó por mí.

—Dígame, doña Elena, ¿cree usted que es posible detener el espacio?

Ella metió las manos en los bolsillos de su abrigo de botones ocultos y elegante cuello inglés.

—¿Por ejemplo...?

No sin atrevimiento describí su pasada actitud.

—Por ejemplo quedarse mirando el borde de una taza y que se abran circunferencias de loza, pausas.

Doña Elena cruzó la calle sin mirar.

—Ya..., le entiendo... —murmuró impávida entre los coches que frenaban al verla—. Mire, Sergio, a veces yo me ensimismo sin darme cuenta. Mis

amigos me dicen que parezco una esfinge. Y, en efecto, siento que algo se detiene, pero no sabría decirle si se trata del espacio o de mi propia vida. Ahora bien, de una cosa estoy segura: que ese momento suceda no depende de mí.

A medida que nos aproximábamos al gabinete el rostro de doña Elena se perfilaba cauto y profesional.

—Tendrá oportunidad de comprobar que Maravillas no opina lo mismo —dijo—. El peligroso mundo de las sensaciones, yo que usted me andaría con cuidado. ¿Puede alguien elegir la melodía que le alegra, el clima que le entristece? ¿Puede alguien, Sergio, por mucho que lo intente, sustraerse al influjo de un ser que no obstante le martiriza?

La transformación de doña Elena concluyó en el portal de nuestro edificio. Ya la eficiencia volvía, ya me preguntaba por mi trabajo. Pero yo seguía siendo el buscador de huecos, un hombre pendiente de sus sensaciones. Entre la puerta y la célula fotoeléctrica del ascensor puse mi masa oscura, y una disculpa para no subir.

Una gitana vendía claveles en la esquina de la carrera de San Jerónimo. «¿Quiere que le ponga unas ramas de brezo?», oí que preguntaba. El cliente, un hombretón de porte jeremíaco, lengua barba, coronilla desnuda, no se opuso. Pagó su ramo y se alejó aferrado al tallo nudoso de sus claveles con brezo. Una oleada de afecto sin destino, un soplo que brillantaba el celaje de las aceras, las cornisas blancas, las estatuas de bronce en las alturas, vino también a lustrar mi ánimo de plata vieja. Si en ese momento hubiese aparecido Brezo —víctima de una suposición—, yo hubiera gritado. Desaforado y feliz, habría incurrido en todas las promesas. Por pasillos de sol, sesteando mi mano en su nuca fragante, la habría acompañado a la calle del desvanecimiento para cambiar el orden de los días y corresponderte: amiga, vayámonos.

Pero el hombre está solo con sus sentimientos. Y éstos —sensaciones de la

mente, al cabo— son volátiles; son criaturas diáfanas y livianas, ondulaciones que servirían acaso para componer música, difícilmente para vivir. Los sentimientos, Brezo, jamás toman en cuenta la hora o el lugar en que se producen. Puedo invitarte a comer: mi sentimiento hacia ti se encuentra en el punto de máxima intensidad, pero el escenario me traiciona. Los camareros son poco educados, hay un estrépito de platos, olor a repollo. Y también el momento es inoportuno: arrastras un catarro, preocupaciones de otros días; con ansiedad me hablas de viajes al extranjero, de un proyecto inminente..., y yo que te esperaba dócil y misteriosa. Debo pues guardar mi sentimiento, como esos viejos que envuelven el pan sobrante en una servilleta y se lo llevan, tengo que salir a pasitos cortos del restaurante con mi sentimiento dentro del bolsillo, y cultivarlo a solas. Desenvolverlo cuando nadie me vea, acariciarlo en casa, poner la radio para distraerlo. Brezo, el hombre no siempre está solo con su deseo; a veces hay un cuerpo. Ni tampoco está siempre solo con sus quehaceres; hay días en que una silueta le acompaña al entrar en las tiendas, al comprar el periódico. El hombre no siempre está solo con su conversación, su telediario, su pesadilla; pero los sentimientos danzan, electrones callados en su cerebro, sin que nadie diga nada.

El empujón incauto de una mujer —¿era alta, llevaba pulsera, se fijaron ustedes en su modo de andar?— extrajo de mí la ráfaga de dulzura y me devolvió a la calle. Me interné por un callejón en pos de algo para comer, aunque no eran víveres lo que yo anhelaba sino un hueco. Aproximarme a Brezo por los espacios vacíos. En la primera taberna, dentro de la hondonada mínima de un cenicero, encontré la rectitud severa de mi cama cuando cede y se inmuta porque Brezo está ahí. Aquel objeto metálico se convirtió en remanso, vértice de mi mañana perdida. Al punto vino la realidad y se abrió paso a taconazos insolentes. Desde el fondo penumbroso en donde estaba mi mesa la escuché: quería usar el teléfono. «Está estropeado», dijo con sequedad un maître triste que observaba la calle tras los visillos. Y supe que

se marcharía sin dirigirme siquiera una mirada, porque Prim se había escondido. Alguien creyó verle, dicen, atravesando un puente ondulado de acero: iba en tu busca, el viento le despeinaba los rizos, agitaba las perneras de sus pantalones.

Al día siguiente, de vuelta del trabajo —tú no llamabas, yo no me atrevía—, me vencieron los influjos del sol y cierto profundo desacuerdo del cuerpo y de la mente por causa del cual olemos a parque como si tuviéramos diecisiete años, pero tenemos cuarenta. Era uno de esos días de primavera en invierno que me hirió como un golpe bajo, como una zancadilla en plena carrera. Tropecé. Perseguí por el mezquino muestrario de cadenas de televisión alguna zona exenta de desamparo, esto es, una hermosa película en blanco y negro. No la encontré. Me habían dejado solo. Quiénes: todos ellos, confabulados, me habían dejado solo, sin película programada para mí. Es preciso conectarse, Brezo, mira qué sucesión de antenas por los tejados. Seres sociales somos, desvalidos y prestos a prenderse de la retransmisión. Hay, por fortuna, más redes. Recordarás, cartómana, escribiente, la red discontinua del correo, su tropa de buzones llenos y vacíos. Y así también existe la red del deseo con sus líneas cruzadas, la red de los insomnes, la de los amantes de César Franck, la sutil red de puntos, rendijas e intervalos que es el hueco, ese filo de espacios parados por donde me aproximo a ti.

Había atardecido y, al encender la luz, no pude negarme a la evidencia: justo bajo la lámpara estaba la red del teléfono. Un mínimo desplazamiento, pulsar siete botones y averiguar tu voz, ese reconfortante signo de tu rostro, descorrer con tu voz la cortina de tu ventana y adivinar qué habitación has desprendido hoy para que te acompañe. Suelo ver cuartos acristalados con gotitas de la más reciente lluvia. Suelo pensar que tú promueves un espacio de enorme claridad en torno a ti. Pero nadie descolgaba: ¿dónde estarías? ¿Dónde

estabas? Cómo deseé besar tus ojos mientras la noche caía a pedazos por los cuartos, rompiéndose.

Por la mañana, en cuanto llegué a la oficina llamé a tu casa, pero seguías ausente. Te habías esfumado disparando el instinto febril de mis fantasías. En mi cabeza te vi entrar en un estanco y comprar sellos. Luego cogiste el autobús que pasaba por el Museo Naval. Te dejé marchar, tomé el siguiente. Prim llegaba y tú salías junto al director de tu investigación: os metisteis en un café. Prim se quedó fuera, y enseguida supuso que hablabais de tu futuro profesional. Tú solicitabas volver a Finlandia cuanto antes. Quise hacerte señas: «¡Espera! No digas nada, dame un poco más de tiempo». Ay, mujer evadida, qué quieto estaba Prim en su despacho y mientras tanto tú quién sabe qué gestiones multiplicarías. Brezo implacable, resuelta a hacer cuanto estuviera en su mano para olvidar al hombre retraído, al individuo ávido de reposo.

La voz de Enrique, muy cerca, me sobresaltó: «Doña Elena quiere verte». Se fue y no tuve tiempo de comprobar si la malicia que repetían sus ojos era auténtica.

Doña Elena me esperaba.

—Señor Prim, ¿me permite invitarle esta tarde, si es que está usted libre, a tomar una copa? —dijo sin un preámbulo—. Por favor, no me interprete mal —añadió suavemente—. Sé algunas cosas de Maravillas Gea que pueden interesarle.

Temí que, de un día para otro, doña Elena hubiera perdido su natural discreto, su distancia oriental. Ella sonrió.

—No me malinterprete, insisto. Se trata de esas pausas en el espacio que usted mencionó el otro día.

Brezo, yo quería mi tiempo libre para buscarte. Pero dónde, pero cómo si no era a través del hueco.

—Acepto encantado y le agradezco la molestia —dije. Quedamos en vernos en un bar con nombre ruso y sofás tapizados en rojo, a las ocho de la tarde.

Un intervalo mudo se abrió entre mi hora de salida del trabajo y la hora acordada. Como un loco, pensé que estabas en tu casa pero que no cogías el teléfono. Como un loco tomé un taxi —corra, corra—, pulsé el timbre de tu puerta, casa vacía, nadie vino a abrir.

Doña Elena llegó, exquisita y puntual. Su moño oscuro brillaba bajo las lamparillas rojas del café. Un hombre ciego tocaba el piano y ella quiso que nos sentáramos cerca. Pidió un vaso de vodka diminuto. Yo la acompañé, conmovido por el modo en que aquella mujer entregaba los ojos a las cosas, atenta, como si continuase aún encaramada a su pequeño islote de misiones a cumplir y posterior retiro.

Y ahora, insensata, oye lo que me decía.

—¿Qué hizo Maravillas Gea cuando usted le habló de detener el espacio? —preguntó.

—Nada especial, al menos que yo recuerde.

—Estaba disimulando. Mara —se le escapó el diminutivo, amable doña Elena—, lleva unos cuantos años dedicada a estudiar algo así como la percepción de fallas en el espacio: momentos en los que el ser humano pierde no la noción del tiempo sino la del espacio, una suerte, en fin, de eclipse personal. De hecho, su tesis se titulaba «La pérdida del espacio en los esquemas mentales: un análisis del sentimiento de desaparición».

Doña Elena entregó su cabeza al ritmo del piano, sus ojos negros con pequeñas motitas azules eran dos libélulas posándose en el humo de los cigarrillos, en el cairel dorado de las lámparas. Brezo, qué extrañeza en la noche: de manera que Prim no estaba solo, una mujer, de nombre Maravillas, buscaba zonas vacías de la memoria, galerías que abrir. Pero yo te perdía, se

adensaban las horas en tu modo de estar inaccesible y un pensamiento como una carcajada de soledad y vodka vino a herirme: si ahora te marchas, Brezo, si, ofendida, te alejas, será posible que no coincidamos nunca. No entraremos nunca en la misma tienda a la misma hora, ni nunca a la misma hora iremos al cine, ni ocuparás nunca el interior del coche que espere impaciente mi paso de peatón. Brezo, piano mío, te callarás y entonces Madrid será infinito, laberinto sin puertas, y no volveremos a coincidir. Yo esperaré en vano a la entrada de los lugares públicos, en vano me sentaré a la puerta de las cafeterías, visitaré en vano parques, jardines, paradas de autobús. En vano, en vano, no nos veremos nunca y un cuento de Cortázar será la vida: dedicaré yo diez, cien, mil días a las casualidades, pero nunca más en el metro, bajo el aire, en el cuerpo, volveremos a coincidir. Quizá tengas entonces la razón que deseabas, amiga: los huecos, las galerías, ¿de qué me servirán?

Doña Elena me había contado un secreto: un débil rasgueo de uñas sobre el tapete delataba su nerviosismo.

—Me alegra saberlo —musité—. ¿Pero a qué se debe que la psicóloga no haya querido decírmelo?

El pianista dejó de tocar.

—Tal vez sospecha —doña Elena vacilaba—, a lo mejor cree que yo le he enviado para que me hable de ella. Hace mucho tiempo que no la veo y una vez...

Doña Elena se había ruborizado. Rápidamente la interrumpí:

—Ya comprendo. No tiene por qué darme explicaciones. Ella depositó el vaso sobre el tapete aterciopelado, silenciosa.

—Pero quiero dárselas. Una vez, al mes de que decidiéramos suspender nuestra relación, envié a alguien. Le pedí a un amigo que fuera a la consulta e intentara averiguar si Mara se encontraba bien. No me impulsaron los celos, sólo quería saber si ella estaba bien. Se había tomado su tesis demasiado en

serio. Aseguraba que había fracturas en el espacio, interruptores del cerebro, de las pasiones e incluso de la respiración.

El piano sonaba de nuevo. La voz de doña Elena, en feliz contrapunto con la música, me pareció relajada.

—Espero que cuanto le he contado le sirva para borrar su desconfianza en una mujer excelente.

Doña Elena apuró el vaso de hielo que sostenía entre ambas manos. Luego se apuró a sí misma. Pagó la cuenta, me guió hasta una calle céntrica y se despidió: su moño se confundía con la noche; su traje claro, con los troncos de chopo que dejaba atrás; y con la leve llovizna se confundía su imagen leve.

—¿Doña Elena?

Alguien las vio pasear al otro lado del río. Maravillas Gea, alta y gesticulante, tomó la palabra:

—Doña Elena, el otro día vino a verme un hombre que dijo trabajar en tu gabinete. Su caso es interesante.

El moño oscuro de doña Elena resplandecía de azules irisados. Maravillas prosiguió:

—Busca, también él, un hueco. En sus horas de ocio trata de refutar, minuciosa, sistemáticamente, los vínculos habituales que el ser humano establece con su alrededor.

—¿Y tú qué le aconsejas?

—Sabes que mi labor no debe consistir en dar consejos.

—Dime entonces qué le auguras.

—Una desdicha inmensa. O bien... —La psicóloga se detuvo.

—¿O bien?

Desde su desgarbada altura, Maravillas miró los pies diminutos de doña Elena, su talle ordenado a la manera de los kimonos, sus ojos submarinos. La miró, en fin, significativamente. Luego dijo:

—O bien una inmensa felicidad.

Toda la noche estuve descolgándome por tuberías, Brezo. Toda la noche estuve soñando que me escurría por tuberías de fachadas para escapar. Y sin embargo, «escapar» es un verbo engañoso, a veces pienso que designa una acción imposible. Decir «escapar» sería como decir: «Bajé del tercer al quinto piso; comí agua; cerré la puerta de mi cuarto y entré en él». Brezo, toda

la noche estuve pensando que existía la emoción y era geográfica: ocupaba un sitio, tenía longitud y diámetro como la barra del metro, yo podía aferrarme a ella para no caer. Pero qué suena, pero quién llama al teléfono y ahora no llama. Pero quién ha tocado el timbre: ¿no eres tú?, ¿no vienes tú? He acudido a abrirte y no había nadie. Umbral del miedo, felpudo que se abisma, ¿es que no vas a venir? Brezo, ¿es que ya nunca vas a venir? Te has cansado... Y yo alcanzo a entender que sí, que te has cansado de mi torpeza, de mi humor cambiante, de mi irascibilidad. Pero no entiendo lo que me dices. No comprendo que te canses de mi búsqueda del hueco, de la misión que es hazaña y máxima ofrenda. Ni entiendo que te parezca posible estar conmigo sin que exista una zona franca, un punto lúcido y calmo, un punto como un pueblo costero en octubre. Brezo, necesitamos un espacio, por más que sea pequeño, necesitamos robar un centímetro del metro de platino, un grano de la arena del reloj.

Eran las siete de la mañana, demasiado pronto para ir a buscarte. Demasiado tarde para no dar vueltas —corazón insomne, tromba de latidos—, para no dirigirme a ti. Si pudieras oír el hilo de mi mente, la senda que como un camino se despliega, si yo te dijera esto y lo otro, lo contradictorio y lo indefinido, dos, tres, cien veces, entonces, hermosa dama, nada sucedería. Porque el hombre es un ser con dificultades para la comunicación, muere con su película de sensaciones detrás de la frente, y cómo va a incorporar sobre su corta cinta, sobre su sino nada duradero, una película ajena. Le haría falta otra vida, un carrete nuevo, un largo soporte donde poner cada una de las cosas que el otro conoció, sus adornos, sus falsificaciones. Quererse no puede ser fundirse entonces; quererse no suele ser más que una desorganización organizada, Brezo, coincidencias.

Me levanté y fue entonces... «cuando se le ocurrió que si atajaba por el sudoeste podía llegar a su casa nadando». Era mi esperanza, ¿lo recuerdas? Todo está comunicado. Telegramas, conferencias, cartas, una postal dándome noticia de tu paradero. Grifos, armarios, espectros de luz, ondas de teléfonos inalámbricos, radios, kilociclos, voz de los enchufes, brisa de frecuencias.

«Amiga, ven», y yo miraba árboles en la calle, polen de ideas inficionando arquitectos, escritores, músicos de varias nacionalidades. Se expanden, Brezo, las ideas y toman posesión de hombres que trabajaban aislados, uno en Sicilia, otro en Palma de Mallorca. Ah, si en ese momento tuvieras tú la idea de Sergio pensándote, si sumida en tu fuga añorases un gesto, si la idea de un abrazo fuese dejada caer desde una de tus ramas y, planeando, diera en tocar mis manos tendidas.

Brezo, llámame pronto: ¿o es que no sabes que cuando los cuerpos viven demasiados días sin ser tocados traspasan paredes, se afantisman, aletean, emigran como papel en vendaval? ¿Y si al abrir un cajón, y si al mirar en la pared una sombra, una zona mellada encontrara yo el hueco, diera yo con tu mano? ¿Y si aflorando por el declive leve de tu muñeca, Sergio te besara?

Pero ya refreno mi boca. Basta de palabras. El mundo quiere pruebas, flor traída del sueño, dinosaurio. El mundo, por lo general, detesta la retórica, desconfía de los verbos mentales: recordar, creer, pensar, suponer, fantasear, representarse. Esas gentes extrovertidas que atruenan con su claridad en absoluto prestan oídos a la imaginación. El mundo y tú, Brezo, que estabas en el mundo, exigíais actos, estabais en tratos con la realidad.

Atravesé la mañana para ver a Maravillas Gea. No tenía cita. En la calle

hacía invierno, el aliento de los peatones se condensaba en trenzas de nubes repentinas. Maravillas accedió a recibirme, aunque recelaba. El cándido aviso de doña Elena vino entonces en mi ayuda.

—En nombre de una persona a quien usted conoce le ruego que no sospeche de mí —dije—. Sólo me interesa el hueco.

Maravillas se ablandó, me invitó a sentarme y me pidió disculpas. Sin embargo, Prim continuaba de pie.

—Los buenos modales, Maravillas, exigen una lentitud que en este momento deploro. Muéstreme el descansillo de la escalera de las cosas, deme instrucciones para que yo pueda mostrárselo a Brezo y hágalo pronto, se lo suplico.

—Yo no soy más que una psicóloga —dijo—. Me interesan las fugas de la conciencia. Hace algunos años investigué sus conductos: fallas, «huecos» como usted dice, discontinuidades en la percepción mental.

Me miró y yo adelanté los hombros en ademán voluntarioso. Y la voz de Maravillas pasó por ellos rozándolos, y su palabra quiso recogerme.

—No es mucho lo que sé. Pero lo pongo a su disposición.

¿Qué diré de aquella entrevista, oh, Brezo, pérdida de mis sentidos todos? ¿Qué diré de mis ímpetus y mis desilusiones, del agitado latir cuando ella enumeraba hallazgos, del laso, lúgubre penar cuando yo presentía la extensión de sus dudas?

—De joven —dijo Maravillas—, yo quería especializarme en ansiedad. Me interesaba la propuesta de un psiquiatra polaco contemporáneo, Andrzej Niewicz. Para él, los estados de ansiedad son desacuerdos de los pacientes con el tiempo. «Fijémonos», dice Niewicz, «en la muchacha que espera la llamada de su novio y, entretanto, acude, cinco, diez, veinte veces a la nevera a tomar algo. Si aguardara escuchando música, diríamos que su reloj interior marcha conforme al paso de las horas. Pero no es así. Mediante una serie compulsiva de movimientos absurdos, la muchacha se niega a marcar el compás». Aunque el ejemplo parece insignificante, le diré que, para Niewicz, el setenta por ciento de los trastornos nerviosos leves se explican en función de una cronometría particular de los sujetos.

»Y bien, yo tenía un proyecto de tesis. Niewicz me había invitado a trabajar con él los primeros meses de curso. En aquella época yo combinaba los cursos de doctorado con el montaje de esta consulta que hoy le ha convertido en mi huésped, señor Prim. Cuando sólo faltaban dos días para mi marcha vino un caballero (no era demasiado distinto de usted: algo más alto, los ojos más claros, sin bigote). Le había dado mi nombre un antiguo conocido. Nada más verme, dijo: “Usted se ocupa de las personas que tienen dificultades con el espacio y el tiempo”. Y antes de que yo pudiera corregirle, añadió: “Mi problema tiene que ver con el espacio”. Era un hombre apacible, de origen

portugués, se llamaba Julio Bernardo Silveria. Sólo tuve oportunidad de verle en cuatro ocasiones. Y lo lamento, claro. Su caso me fascinaba: tenía, por llamarlo de algún modo, voluntades (él prefería decir estados) de desaparición.

»Veo que comienza a interesarle mi relato, señor Prim. Ahora intentaré describirle esos “estados”. En un primer momento pensé que eran simples alucinaciones. Una alucinación, como sabe, es una percepción sin objeto. Es vislumbrar a la hidra de siete cabezas donde no hay más que un pasillo. Una alucinación podría ser también creer que estamos en Burgos, contemplar los hastiales de la catedral de Burgos en lugar de esta lámpara. Sin embargo, Silveria no veía imágenes: tenía pérdidas parciales de memoria. “Yo modifico el espacio —explicaba—. Si una estrella puede hacerlo, ¿por qué no he de poder yo?”, me decía desplegando unos vagos conocimientos de física moderna. Las grandes masas estelares causan, al parecer, especies de hundimientos en el espacio. Julio Bernardo Silveria se juzgaba capacitado para provocar en su entorno pequeñas hondonadas donde ocultarse de los demás.

«Julio Bernardo Silveria»: cada vez que la psicóloga pronunciaba su nombre, me estremecía. Hace falta tan poco, Brezo, para que las habitaciones que ocupo se llenen de presencias. En una esquina del fondo estaba la realidad, las manos de negros guantes apoyadas en el vestido, alta, provocadora. Por la otra esquina se paseaba, intermitente, mitad aire, mitad embutido en un desaliñado traje oscuro, el fantasma de Julio Bernardo Silveria. Llevaba puesto un sombrero picudo de fieltro azul. A su derecha me hablaba Maravillas. Enfrente, hundido en un sillón, yo la escuchaba y temí que en el centro, tal como prescribían los juegos de la infancia, estuvieras tú, linfa, cerebro, corazón mío. Como en los juegos crueles de la infancia, ligándola tú, en el centro, esperando que alguno de nosotros se moviera. Las cuatro esquinas: alguien ha de desplazarse, ellos cambian veloces de sitio, y en el

centro tú debes correr también. Brezo, a mí siempre me quitaban las esquinas, y ahora, cuando por fin voy a tener una, temo hallarte en el centro, temo que te hayas ido, solitaria, y no poder llamarte, y no poder decir: ven a este hueco. ¿Estaré equivocándome?, ¿no quedarán rincones vacíos, países vacíos?, ¿tal vez toda conquista es una pérdida?

—Un buen día dejó de venir. —Cual si se hubiera percatado de mi distracción, Maravillas hablaba más deprisa—. Desde entonces no he podido encontrarle. Pero los datos que obtuve de aquellas cuatro sesiones bastaron para hacerme cambiar el tema de la tesis. Suspendí el viaje a Polonia. Mi nuevo trabajo versaría sobre el rechazo al espacio y el sentimiento de desaparición. El profesor Niewicz se prestó a colaborar conmigo desde su departamento. Entre los dos formulamos alguna hipótesis novedosa. Tuvimos, sin embargo, que interrumpir la investigación al llegar a la parte experimental. Por más que buscamos, no conseguimos dar con otro sujeto aquejado de la misma patología que Silveria. Han pasado seis años de esto que le cuento, señor Prim. Seis años y tres meses hasta el día en que abrí la puerta y allí estaba usted, hablándome de su deseo de irse a vivir a una manivela.

Brezo, Brezo, qué desconcierto alto, qué súbita indecisión. Maravillas me pidió permiso para observarme. Ella se comprometía a hacerme partícipe del resultado de sus especulaciones, a cambio de que yo me convirtiera en su «caso práctico». Y mientras tanto tú por los andenes, tú a la deriva, loca, tú como si Prim no te quisiera, como si no muriera por tus pedazos, como si no intentara aprender a desvanecerse sólo para mejor amarte, Brezo, secreta luz, conciencia de mi oscuridad.

Vacilante, difuso como la llama azul de un mechero cuando la ilumina el sol, brotó de mis labios el consentimiento. Maravillas Gea barajaba entre sus manos, sin fijarse, varios clips, y los dejó caer. Hubo un tintineo de cantos rodados, presencia tuya, ojos tuyos transparentes mirándonos. La psicóloga me propuso un horario intensivo: lunes, miércoles y viernes, de seis a nueve en

aquella habitación poblada de fantasmas. Cuando dije «De acuerdo», se balanceó, en lo alto del perchero, cierto sombrero de fieltro azul. Nos estrechamos las manos y, ya en la puerta, Maravillas me pidió que practicara un ejercicio.

—Observe a su interlocutor. Oblíguese a mirarle durante un cuarto de hora sin cesar, atento, comprobando que sigue ahí. Debe darme fe de que no ha pasado un solo segundo sin que usted le mirara y él entonces pudiera haberse desvanecido.

¿Qué haces, Brezo? ¿Estás encogiéndote los hombros? ¿Crees que Maravillas era una mujer arbitraria? No, no empujes el aire con la mano, por favor. Entrégate como a un arrullo. Oye, como si fueran mis labios en tu espalda vertida, sus explicaciones.

—La percepción interna de nuestro existir es un fenómeno discontinuo. La sensación de estar aquí y ahora, leyendo un libro, la tenemos sólo de vez en cuando. Esto mismo sucede con la conciencia del mundo. ¿Por qué? El volumen de información sensorial que nos rodea es muy superior al que somos capaces de asimilar. Al menor movimiento de cabeza cambia la perspectiva y, en nuestro cerebro, los objetos cambian de forma y de tamaño. Un lapicero, visto de frente, no sería más que un círculo, pero, a instancia nuestra, el ojo finge ver un lapicero. En un radio de varios cientos de metros los objetos disminuyen a medida que nos alejamos, pero nosotros les asignamos tamaños fijos de tanto en tanto. Si atendiéramos a los matices de la luz, registraríamos incontables grados de luminosidad variando el color de una tela cualquiera. Y nosotros decimos: es roja. Continuamente efectuamos correcciones, a veces inapreciables, destinadas a conformar el exterior. Necesitamos dotar al ambiente de alguna (ficticia) permanencia. Es la llamada, en fin, percepción realista, y hay quien la juzga tan poco precisa o tan incierta como algunas formas de la ilusión.

Pues bien, según Maravillas, Julio Bernardo Silveria aplicaba estos

mecanismos en su trato con los demás. Las personas, decía, nos miramos discontinuamente. Alguien está conmigo ahora, alguien repara en el dibujo de mi jersey, repara en mi expresión y luego me representa como interlocutor suyo. Al cabo de tres o cuatro minutos acaso vuelva a mirarme. Pero, en ese intervalo, sus palabras no habrán estado dirigidas exactamente a mí, sino a la representación mental que de mí se haya formado.

Silveria se dedicó a observar la frecuencia y el modo en que se producían tales desatenciones. Si, alguna vez, desaparecía —muy, muy brevemente— en público, aprovechaba uno de esos intervalos de discontinuidad. Por lo demás, caso de que su interlocutor llegara a advertirlo, desecharía la imagen inmediatamente, puesto que, como ya le he explicado, tendemos a corregir las variaciones de nuestro entorno.

De manera que mi aprendizaje debía comenzar con la observación. Yo tenía que responsabilizarme de que la mesa estuviera siempre y todo el rato puesta cuando nadie más la mira y parece que está puesta. Pero tú te has esfumado y sólo veo tus pezones rojos, tu rostro de mejillas adelgazadas, tus desmayos de heroína, mujer impaciente, Brezo arrebatada de mí.

El viento se escapó entre las paredes de las casas cuando cerré el portal. En el parque de la Dehesa de la Villa llovían agujas verdes. Retemblaban los pinos, como los mimbres, como un Sergio Prim aventurándose en oscuras empresas, y mientras tanto, tú.

Un hombre llega a su apartamento, cruza la puerta y no halla ciervo ni dintel, y le parece que el paisaje de su calle pudiera pertenecer a Irlanda o a Córcega pues flota a la deriva en un océano que también flota a la deriva en un océano que... Madrid había perdido el rumbo y no tenía el periscopio de una torre en cuyo octavo piso se encendían lámparas pulsadas por ti. Como un hombre muy viejo llevé una silla hasta la ventana para ver llover. Amiga, yo soy el Minotauro y tu venida me hizo vulnerable. Yo conocía la soledad geométrica: las doscientas cincuenta y cinco calles, las seiscientas doce esquinas, los cuarenta aljibes de mi apartamento estaban solos. Y hubiera sobrevivido a las espadas fieras, a los vastos ataques de los hombres, pero no a las paredes derruidas, al exterior, la luz. Amiga, mi Ariadna, Teseo no mató al Minotauro: fuiste tú, fue tu hilo tendido hacia la muerte de su laberinto y a su muerte. Merced a tu sigilo no hubo muros ni corredores ni encrucijadas. La intemperie me hizo daño. Leguas que se suceden una detrás de otra hasta más allá del mar; hombres entrechocando brazos, esgrimiendo tizones encendidos, prendiéndose la ropa sin querer. Y el monstruo iba muriendo. Semejante a esos minerales que al entrar en contacto con el aire se licúan es el Minotauro sin su laberinto. Busca una urna. Busca el recodo en donde tiempo y espacio se confunden y desvanecen. Brezo, Brezo, mi Ariadna, ¿cómo hacerte saber que necesito el hueco para servirte? Y desaparecerme, como entre cortinajes, cuando las bajas presiones nublen ojos y habitaciones mías, cuando no tenga fuerzas, cuando la sensatez se evada de mis sienes y en mi estómago giman líquenes, y lobreguesce reinen en mi pecho, y explanadas de adustas rocas muertas cubran mi alma. Son los límites, Brezo, de la humana condición. Es mi cabeza surcada

por espolones o el instante final de mi alegría, que a veces cae en miércoles. Doy un paso y sé que mi alegría se acaba, que alcanza la frontera de Portugal y ya no existe, que cruza los Pirineos y se convierte en un país de tila y campanarios, y es el gótico normando o el interior de un casino. ¿Pero qué ocurre ese miércoles, cuando ya no tengo más alegría, si vienes tú y me la requieres?

Apenas probé bocado: miraba constante, fijamente, la mesa baja de cristal y el posavasos con un molino holandés. Tal era mi cometido, vigilar. Saber si permanecían o si, a ratos, en un quiebro del espacio se ocultaban. Yo vigilaba en busca de nuevas percepciones, pero ninguna obtuve, porque te veía. Como un cobarde al perderte yo te amaba y veía tu cabeza en mi hombro, como un cobarde.

Mi apartamento ardió para volverse oscuro. Brezo, Brezo, los pájaros giran continuamente, trazan remolinos inútiles como si procuraran alzarse sobre sí mismos. ¿Dónde estás ahora, amiga, ahora que se pronuncia la tarde y yo soy un vencejo dando vueltas de loco? Todo lo dejaría: deshágase la psicóloga, piérdanse sus experimentos, olvídeme yo de que existió el hueco y salga en pos de ti. Pero la realidad pone, bajo las almohadas, cardos que nos arañan el rostro. Ella es maligna como un ama de llaves, es poderosa y fría y vendrá con sus designios. ¿Adónde, entonces, te llevaré?

Volví al trabajo, mas seguía sin saber en dónde hallarte. Creí no ser capaz de dar la cara, encender el ordenador, aceptar siquiera el ruido de un local indiferente, y me hubiese marchado pretextando resaca o un dolor de bronquios a no ser por la callada voz de doña Elena, por su halo de calma y complicidad. Con suma discreción, intercalando la pregunta entre comentarios sobre el informe, se interesó por mi estado de ánimo. Fuimos a su despacho.

—No sé qué hacer —dije—. Doña Elena, ¿adónde huye una mujer cuando huye?

Entonces le hablé de ti. Y ya no fuiste Brezo la negada, sino la desembocadura de mis nieblas, «mi amor humano». Doña Elena me ofreció ayuda para buscarte.

—¿Pero qué haré si la encuentro? —exclamó con alarma el pálido, el ignaro, el pusilánime Sergio Prim—. Doña Elena, ¿cuáles son los sueños? Cuando una mujer se asoma a la ventana de mi casa y envía la mirada de tejado en tejado, ¿cuáles son los sueños? Es usted una dama prudente. Por favor, no me hable de lo que ya sabemos que es mentira, la adoración eterna, el encanto invisible de la vida normal. Hábleme de los sueños.

—Yo, señor Prim, he soñado con lo que usted llama vida normal —dijo, y una cansada tristeza rompió contra sus ojos.

—Sin embargo, esa vida no existe. —Sergio bajaba el tono de voz para no molestar a doña Elena, Brezo, para no molestarte—. La realidad pone yogures muertos en la nevera, y deja paso a las corrientes frías, y cojean las mesas por su causa, y se derraman los vasos. Es entonces cuando vienen los sueños. El

hombre tiene sueños, doña Elena. El hombre es el lugar en donde ocurre la imaginación.

—En mi juventud, si es esto lo que quiere saber, yo imaginaba que me raptarían.

—¿Y después del rapto?

—Después —sonrió doña Elena—, la guerra de Troya.

Pude ver su ironía, grande como el ala de un hombre que se arroja desde una montaña, desplegándose por la habitación. Doña Elena no quería comprender. Doña Elena se aliaba contigo para decirme que después de los sueños viene la sucesión de los días. ¿Y qué de la catástrofe, y qué de los muertos que se hunden, de los pueblos que agonizan, de los barcos grises? ¿Y qué de todos esos barcos desfondados? ¿Es que es posible vivir sin detenerse a escuchar el vagón sobrecargado de individuos que se despeña en los Andes cada semana?

Pero voy a contarte mi sueño, Brezo, vidente mía que te fuiste sin saber. Yo no imagino tardes ni sobremesas, yo imagino que estamos quietos. Que la película de tus deseos y la de mis carencias, ambas, han dejado de rodar. Porque la realidad es como la bocina de un coche encerrado por la segunda fila, como el walkman cuyas cintas un muchachito renueva sin parar, y no se calla nunca. Pero si un hombre se detiene, la realidad también cesa. Si un solo hombre una sola mañana deja de ser veloz, he aquí que una grieta de orden se produce. Brezo, en mis confusos años de estudiante de arquitectura me enseñaron un concepto necesario: abollamiento del alma, siendo el alma la línea de fuerza que atraviesa las vigas, allí donde reside su solidez. Sometida una viga a una tensión desproporcionada, su alma termina por abollarse, lo que se representa mediante una curva en su recorrido. Abollamiento del alma, y tal vez en esta zona bárbara del tiempo los hombres débiles tengan razón. Los que no colaboran, los que viven con el alma abollada y se repliegan, y van

creando pausas en el espacio, curvaturas que sumadas entre sí nos darían una esfera habitable.

Yo dudaba si seguir con Maravillas o buscarte. ¿Pero cómo buscarte? África, Perú, Albania, incluso Albania, o una provincia española, Zamora por ejemplo, una casa que algún viejo amigo te hubiera prestado: podías estar en cualquier sitio.

Si regresé con la psicóloga no fue para olvidarte, habitante mío, fue por los sueños. Supón que había ciclones en medio del camino, que mis ojos se habían ido achinando de incompetencia y se vencían hacia los lados. Tiempo rápido, juventud huida. El entusiasmo, el ansia de vivir se me escapaban, Brezo, y yo tendría que declamarte el mundo, y una mañana de invierno me pedirías albaricoques.

Maravillas me recibió con el bloc en la mano. Ella, que tan inquisitiva y curiosa se había mostrado el primer día, ni siquiera me preguntó por ti. Se dedicó a tomar notas, fría como los vidrios.

—¿Los huecos están comunicados? —la interpelé, nervioso. Su pelo albino me dañaba como un sol en un espejo.

—Estamos investigando la posibilidad de modificar el espacio: ¿para qué necesitamos comunicaciones?

Pero yo quería un túnel, algo que pusiera en contacto mi posición y la tuya. Maravillas me adivinó.

—Cuando aprenda a modificar el espacio, usted podrá estar ahora mismo cerca de esa amiga suya, simplemente —y me sacudió con la mirada— debido a que la expresión cerca carece de base científica, es una convención, igual que el adverbio lejos, o la idea de distancia.

La psicóloga abrió una pequeña puerta y me condujo a un cuartito con un

proyector. En la pared apareció el diseño de un plano que era una servilleta. Se trataba de la fábula de la naranja y la hormiga. ¿Te acuerdas? Tu padre nos la explicó hace años a cuatro o cinco amigos que habíamos ido a tu casa a estudiar. Ponemos una naranja en una servilleta, de manera que se hunda hacia el centro. Traemos a una hormiga junto a la naranja. Si la hormiga no tiene ánimo para emprender una subida empinada, empezará a dar vueltas concéntricas alrededor de la naranja, y de este modo irá subiendo poco a poco. La naranja es la estrella que ha curvado el espacio. La hormiga es un satélite puesto en órbita.

Maravillas apagó el proyector, pero mantuvo la penumbra.

—Imagínese —dijo— dos puntos en los extremos de una hoja en blanco. Cualquiera diría que son puntos distantes, pero eso depende sólo del espacio, de la hoja, de la servilleta. Si la quitamos, quedan dos puntos a la deriva. Si la doblamos por la mitad, ambos se superponen —concluyó acelerando el pulso de mi deseo.

Brezo, ¿qué diferencia hay entre saber que tú te has sentado en esta silla que casi puedo tocar desde mi cama o bien en otra situada a doscientos kilómetros de mí? Pues ahora he comprendido que el universo es un solo pasillo por el aire, que en la noche el espacio se ensambla y, por él, tiendo mis raíles hacia ti. Aunque no vengas, aunque en este momento no vengas, sabe que estamos juntos en un enorme plano, en una mínima cuartilla. Parecería que estamos solos, Sergio en su habitación, tú por los andenes, parecería que somos puntos aislados en el papel, pero una mano viene y lo dobla por la mitad.

Cuando salimos de aquel cuartucho, el hueco empezaba a tener nombres. Podía llamarse doblar la cuartilla del espacio o bien agitarla para que nuestras latitudes, Brezo, salieran expelidas como motas de polvo y se juntaran.

En los minutos que siguieron, Maravillas Gea me refirió los consejos de Julio Bernardo Silveria. Al decir de ese hombre de sombrero de fieltro, quien quisiera modificar el espacio o suprimirlo debería, primero, cultivar un estado de quietud.

—Pero ¿cómo? —suspiré.

Entonces ocurrió algo impropio. Elena Morales llamó por teléfono. No cesaba de disculparse, se trataba de mi informe, don Juan Peña se lo había exigido en el plazo de veinticuatro horas. Mundo desafortunado, la realidad atenazaba el moño de doña Elena robándole su serenidad. Tuve que marcharme precipitadamente. Maravillas quedó con la palabra en los labios, y yo con la mente en desorden. «El misterio del espacio, la distancia no existe, pero quién si no un taxista me abrevia los semáforos», se dijo Sergio Prim. No era Maravillas quien me transportaba. No era ese tipo alto de origen portugués. Era el taxista. Y mientras tanto tú, plegaria mía. Qué no hubiera dado por saber tu paradero. Si se contaran los latidos, loca. Si comenzar una relación fuera como subir la bandera, a cuánto ascendería mi suma de latidos, a qué tarifa cuantiosa. En los pulsos de aquella maquinaria puse mi corazón, pero el taxi llegaba y yo sigo latiendo.

Como era previsible, el gabinete estaba vacío. Ni siquiera una raya de luz en la puerta de doña Elena. Parsimonioso, indefinidamente melancólico, me dispuse a terminar el informe. Empleé siete horas con sus cuatrocientos veinte

minutos, sin vacilar, sin apenas levantarme. Trabajé como en los primeros tiempos, concebí un informe que fuera hermoso en su redacción, audaz en sus proposiciones, precavido en su discurrir. Cada razonamiento indiscutible ocupaba el lugar de una hoja de la planta no enviada desde la floristería a doña Elena, en señal de agradecimiento por los días pasados, y a modo de despedida. Cumplí así la última tarea en el gabinete. Sergio Prim había decidido pacificar su alma, detenerla; a este fin, iba a marcharse. Desde lejos, un individuo más alto que bajo me llamaba; tocado con sombrero de fieltro azul ultramar, un hombre empezaba a dirigir mi desaparición.

Concluida la tarea, llevé la cabeza hacia atrás y estaban tus manos. Venían, no sé desde dónde. Habían tal vez cogido barcos, habían consultado horarios de vuelo o sacado billetes de tren. Pero eran tus manos, Brezo, porque todas las manos viajan en ciertos períodos y se ocultan, son almohadas transparentes. Luego, qué extraño, el hueco se entreabrió. Divaga tu cuerpo de una habitación a otra, de un sofá a otro y a otro, se multiplican los sofás y las ventanas y las camas de mi casa cuando yo te abrazo. Así también el hueco, se parece a la luz: divaga.

Era tan tarde que pronto llegarían los primeros compañeros a trabajar. En los picaportes se condensaba el frío del amanecer. Mis manos de ilusionista quisieron puertas para abrirlas sólo con la mirada, pero el contacto era preciso. Puse mi palma sobre el metal y quedó fría. Y el frío era una espada blanca: me traspasaba. Puse mi palma sobre el metal y supe que el silencio a veces suena como una sombra, y es el terror. Pero detrás del terror sólo está el día, con sus soles oblicuos. Puse entonces mi palma sobre el metal y juré, Brezo, que en mi hondonada iba a saber amarte. Como si se cumpliera una ecuación tus cien cuerpos desnudos se dejarían mecer por los cien cuerpos míos. «Yo desafío —dije— al día venidero, y afirmo que el hombre debe aprender a vivir en lo imaginario. Así como habla muchas veces consigo mismo sin pronunciar palabra —y si dijera todos sus pensamientos en voz alta,

provocaría un desagradable alboroto lingüístico, ofendería al silencio en su sagrada manifestación—, así también el hombre debe a menudo existir sin cometer acto ninguno, acariciar, penar, acompañar imaginariamente, y esto es moderación o temperancia, buenos modales para contigo, mi onda, mi partícula.»

Al pie de una columna, la realidad, despechada, se enfureció. No era verdad que yo pudiera dejar atrás sus zapatos perfectos, sus curvas que cantaban en la noche, el triángulo invertido de su espalda. La realidad extremó su cólera: venablos punzantes, negras amenazas volaron junto a mí. Pero Brezo, un individuo más alto que bajo, con sombrero de fieltro azul ultramar, una criatura de «voz empañada» me protegía. Palabra de honor.

Salí de la oficina a la hora en que la gente iba camino de la suya. En el metro, el tráfago de personas que siempre me azorara, del que huí, cobró el doliente atractivo de las últimas cosas. Eran los viajeros de las ocho de la mañana. Brezo, yo les conozco a todos. Antes no les miraba, apartaba la vista de ese espejo de soledad, sudor y ruina. Ahora que pienso en marcharme, sin embargo, me colma de nostalgia no verles más. Y grabo en mi memoria sus rostros recién lavados, indecorosamente soñolientos.

Emergí a la superficie, un verde abrumador tapaba el horizonte de la boca del metro. A duras penas, como si se interpusieran biombos transparentes y hubiese yo de sortearlos uno detrás de otro, alcancé mi portal. El trabajo sin fin de sostenerse, huesos de calcio somos, cañas sentimentales. Había dejado la cartera en el suelo, estaba sacando la llave cuando te vi venir. ¿Qué hacías a esas horas por mi barrio? Me buscabas, Brezo, ¿me buscabas? Te hacía falta, dijiste, una cartulina de esa tienda especializada que hay cerca de mi domicilio. Estabas dibujando los mapas de tu investigación. Y sin embargo: qué mapas. No sé cómo te creí.

—¿Quieres —hice una pausa, se me evaporaba la voz— un café? —Yo tenía el desfallecimiento de los que han pasado la noche en vela. Tú no podías quedarte mucho tiempo. Por favor, por favor, no te vayas, no consientas que se te trague la geografía otra vez.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Creo —dudabas— que sí.

Tus ojos casi transparentes se habían agrandado, mujer ventana. Sergio era un hombre vencido por el miedo y por el sueño, pero cuánto deseaba asomarse

a ti. Y tú eras una compulsión agazapada, remolinos de ideas en tu frente: ¿qué esperanzas tenías, qué deseos? Cogí tus manos.

—Sube cinco minutos, por favor.

Advierte el cuerpo la noticia y se prepara antes que el hombre sepa cuál es: no había yo vislumbrado el vacío ni el vértigo, cuando ya mi estómago se encogía, y una respiración de buzo abandonado me lastimaba los pulmones. Sólo al final mis oídos lo entendieron: accedías.

Oda a la incongruencia. Salve al estado de mi alma por cuya virtud me hallé incapacitado o débil para la razón, sofocados los pensamientos. Brezo, jarra inclinada y vertida, necesitaba tocarte. Ansiedad del deseo, labios acercándose a su cornisa, a su reborde último. Oda a la incontinencia, al extremo abandono, a la mezcla definitiva de los átomos, si es que esto existe y sirve para expresar la fusión ininterrumpida: disgregación de la memoria y el presente. Un tren que pasa y sigue. Los placeres son acontecimientos separados, sin embargo. Poco después nos movíamos como dos automóviles en filas paralelas, solos, y una rosquilla de humo, naranja, intermitente, brotaba de tu boca.

—Vuelvo a Finlandia. Salgo el domingo por la noche. Todavía puedes venir.

Brezo, Brezo, por qué me buscas. Si mi alma propende al desafuero, a la malicia, si yo persisto en tropezar a tientas con mi mobiliario. Hay una clase de inseguridad que viene de no saber cuál es el punto de vista de los otros, qué les pasa. Desde esta mi inseguridad resulta incomprensible que me quieras, resulta oscuro igual que un texto oscuro, igual que un oscuro significado. Brezo, mi amiga, yo no estaba capacitado para acompañarte. Tengan la bondad de explicárselo ustedes: ¿cómo ha de desplazarse el hombre que colecciona pausas, el cazador de quietud?

Aplacé pues mi respuesta y tras cubrir a Brezo con mi albornoz la llevé a mi mesa de trabajo.

—Siéntate aquí.

Sonrió un poco. Aunque apenas toleraba una indicación con respecto a su modo de vida, en las cosas triviales, en cambio, le gustaba dejarse conducir. Traje lápiz, cuartilla y dibujé el espacio con su hondonada curva.

—¿Te acuerdas de cuando tu padre nos explicaba esta teoría?

Me miró con dureza. Claro que se acordaba, la presencia de don Emilio se había extendido sobre su memoria como capa de lluvia. Oyó impaciente la tesis del portugués, y al punto la descalificaba por pretenciosa y ridícula.

—Sólo una masa gigante puede provocar curvaturas en el espacio. Las ideas de ese individuo no son más que una sarta de disparates.

Llegaba así el momento de la delicadeza.

—Puede que el hueco de Julio Bernardo Silveria no exista, pero reconforta saber que alguien más lo ha buscado.

—Estás loco. —Y su sentencia ya era definitiva.

Brezo, supón que pudieras aquietar la emoción cuando te sobreviene, o ciertos estremecimientos sesgados por la razón, rápidamente expulsados a causa de su vecindad con la melancolía. Sería el hueco permanecer dentro de esos latidos como dentro de un cuarto, para experimentar su calor, para palpar su risa interna.

—Me gustaría llevarte a un hueco conmigo —dije, aunque ella regresaba a coger su ropa y verla ceñir una media sobre su pie era ver los kilómetros.

¿Soy un cobarde? ¿Es cobardía renunciar a mantenerse en forma —oh, expresión significativa— durante los doce largos, incesantes, continuos meses del año? ¿Quién lo consigue? ¿Quién puede tolerar los buques grises? Decenas de ellos están encallando ahora, cientos de naufragos, de cabezas tachadas con heridas de rotulador rojo.

—Dame un poco de tiempo —te pedí; pero tú descolgabas el chaquetón gigante del perchero. Sólo algunas semanas, dama herida, pero ya cedías a la velocidad.

Supongo que Brezo me adivinó saliendo apresuradamente y adelantando al ascensor por las escaleras para así darle alcance. Debió de meterse en un portal, aguardar, quién sabe, en el rellano silencioso de un piso, ella era irrevocable y decidía no volver a verme.

Qué inútiles, Sergio y su camisa, Sergio y sus zapatos buscándola en las once de la mañana. Me sentía mareado por falta de sueño. El barullo de la plaza me aturdí. Los transeúntes, a empujones, me solicitaban bailes. Por la otra acera una mujer pasó con sus tacones finos, con su ramo de cardos. Recordé el principio de un poema que aprendí en el instituto: «El hombre no reposa, quien reposa es su traje». He aquí un deseo: olvidarme de Sergio, ser mi traje. Quedarme en una silla, ser pantalones tendidos sobre el asiento, chaqueta colgada del respaldo, corbata sin nudo, mientras Sergio jadea en sueños. Pero no había descanso. Dormir ahora, me dije, significaría cederle graciosamente horas de ventaja a la realidad. Hice dos escalas para tomar café, luego me metí en el Museo Arqueológico. Catedral sigilosa, techos altos, rumor —lejano— de pasos, espacio para recogerme y decidir. Brezo, humo de incienso por las altas naves, plexo anegado, resina de tu pelo ardiendo, no te vayas.

Encontré un tresillo resguardado por un recoveco. Con los párpados bajos recordé que habías venido. Y era mi sueño, y era, Dios santo, verdad. Has venido, me has dejado tu cuerpo, susurrabas: «Desfalléceme». Cruzaste la ciudad para decir la última palabra: «Vámonos». Pero Sergio ha dudado. Entraste en mi casa para quedarte y yo que muero, oh, sí, muero por tus pedazos, yo, que te besaría cuatrocientas veces, he dudado. Me retraigo, ve

aquí el pecado que cometo. Dádiva tú. Dádiva en mi habitación mientras que yo, el más irresponsable de los seres, vacilo. Porque no tengo un lugar estoy temblando: ¿cómo, Brezo, me pides que te acompañe? También en el amor existen leyes. Los gestos más en sazón se pudren, el rumor que constantemente se escuchaba termina por no oírse y sólo cuando, de pronto, cesa, nos apercibimos de aquella perdida tonalidad.

Sacudí la cabeza para expulsar tu imagen concediéndose: «Todavía puedes venir». Pero no era fácil. En las estancias de estatuas como huesos se demoraba una turba de niños. Luego, de golpe, invadieron mi tresillo, y era un signo. Me impulsaban a seguir buscando el hueco en la tela de un abrigo y más allá. Un profesor de Murcia, por ejemplo, había resuelto traer el último viernes del mes de enero a sus alumnos al Museo Arqueológico, quizá para a través de las salas empujarme y decirme: «Sigue buscando». Brezo, si el mundo está tan lleno de presencias, si a todas hago caso, ¿por qué no a ti? ¿Por qué no irme contigo al final de la tierra? Porque no quisiera mezclarte con el final renegado de las cosas.

Volví a visitar a Maravillas Gea. Me recibió una enfermera desconocida. Por las mangas blancas de su bata asomaban puños floreados, y el final de una falda vaporosa se dejaba mirar como si fuera una combinación.

Contesté obediente a todas sus preguntas, pero al ver que su brazo señalaba hacia una puerta acristalada en vez de hacia el despacho de la psicóloga, me ofendí.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Conchi —dijo desplegando las patillas de unas gafas horrendas—. Soy la secretaria.

—Pero lleva una bata de enfermera.

—Me gusta trabajar con uniforme.

Ya se había puesto las gafas. Eran muy grandes, de plástico color fucsia.

—¿Es su primer día de trabajo?

—Solicité una excedencia y ahora he vuelto. ¿Siente curiosidad por alguna otra cuestión, señor Prim?

Brezo, tal vez otras personas vinieron a la vida con una membrana lo suficientemente sólida, un margen vertical en el cuaderno que les distancia y les concede seguridad. Tal vez ellas no tengan problemas limítrofes. Yo sí: entre el punto donde aquella mujer pronunció la ironía y el punto donde la recibí, no había separación. Me sentí maltratado de repente. Como un pequeño animal retráctil, sin membrana, soy. Y por eso mi corazón se encoge, es un calambre de corazón que duele, y tú percibes mi dolor, y por eso resulta tan difícil relacionarse conmigo.

—Por favor, comuníqueme a la psicóloga que no puedo esperar —dije con una

vocecilla perturbada. Me dirigí a la sala pensando en quiénes serían los otros, qué historias se dormirían recostadas en sus manos que pasaban revistas, y sólo hallé jarrones burdeos con hilos dorados, y vitrinas, y aparadores.

Al rato, con no poca ceremonia, la secretaria vino a buscarme. «¡Sergio Prim! —gritó. Y luego, sonriendo—. Su turno».

Maravillas tenía cara de malos sueños, el tablero de la mesa había crecido, los sillones estaban más bajos que nunca.

—¿Qué novedades tenemos, señor Prim?

—Estoy dispuesto a pasar a la acción, y necesito que sea ahora mismo.

—Cálmese —dijo ella, pero no había autoridad en una voz borrosa y alejada.

—No me calmo. Interrógueme, haga de mí lo que quiera, pero deprisa. Apenas tengo tiempo y aún no sé cómo hacer que el espacio se modifique. Maravillas, la realidad me sigue, la realidad está cada vez más cerca. Temo que ni siquiera respete los recuerdos.

La psicóloga, Brezo, se irritó conmigo.

—Señor Prim —dijo—, yo también cometí el error de pensar que mis descubrimientos me servirían para la vida. Es usted un espejo en donde veo reflejada a la mujer que fui. Márchese, se lo ruego.

—Pero yo sigo dispuesto a explorar el hueco. Le aseguro que pacificaré mi ánimo, haré lo que me digan para que usted y sus colegas polacos puedan utilizarme —musité sin poder creer que me expulsaban, fuera de clase.

—La experiencia de un solo sujeto no es significativa.

—Me había parecido entender que yo era, al menos, el sujeto número dos. Estaba también Julio Bernardo Silveria.

Tal vez hubo un instante de duda en los ojos azules de la psicóloga. Luego se levantó para acompañarme a la salida.

—Hace unos años usted y yo habríamos formado un buen equipo. Pero

también nos habríamos perjudicado mucho. Créame, señor Prim: no es posible cerrarse bajo llave dentro de una convicción como dentro de un libro.

—Sin embargo, aquel hombre de origen portugués...

—Olvide todo eso. Ahora no puedo seguir atendiéndole. He de hablar con Elena Morales. Déjeme ya: se lo pido por favor.

La miré largamente. Maravillas, pensé, no se resigne. Si lo divulgamos, si damos a conocer esa menor curvatura, esa pausa de un espacio que no siempre nos empuja como el tiempo; si conseguimos que éste, nuestro agudo descanso se multiplique y se extienda, como las vitaminas, como los antibióticos. Pero ella me daba la espalda.

Abandoné la consulta decidido, no obstante, a refrendar con pruebas el hontanar del hueco. Y mientras tanto tú por las agencias de viaje, evocando mi falta sin comprender. Dices: «Él fue adorado y se ocultó. Tuvo la devoción de una hermosura, su mirada sin tregua y se ocultó. Prim fue seguido y alcanzado por su propio sueño y se ocultó». Porque intenté que vinieras a dormirte conmigo dentro de los colores de la luz. Lo demás ya voy sabiendo que no me importa: es la segunda parte de esto que te escribo, es la vida posible y minuciosa. Pero ven y duerme cuando la tarde cae. Que no te despierte el tiempo sino que lo despiertes tú: ésta es la cámara de la música. Y luego se suceden los inviernos. Hay que seguir; conviene decorar las estancias más frías. Pero tú no te has ido. Como una manecilla fina y dorada estás conmigo, dentro de mi reloj.

Una mujer sube y baja por las plantas de unos grandes almacenes, y constata que allí venden todo lo que no busca: así subía y bajaba yo por un mapa de carriles encontrados hasta que llegué al gabinete.

Me aposté en el portal y, cuando salió doña Elena, la seguí. No sabía qué lugar escoger para abordarla. Aquella plaza con árboles me parecía una caja con hojas, pero hacia allí se dirigía ella. Y allí.

—¿Doña Elena! ¿Tiene un minuto?

Doña Elena se portó bien conmigo. Me atendió como a un extranjero recién llegado, y me enseñaba a orientarme, y me explicaba la moneda, la hora de aquel país. Ni siquiera me dijo: «Está usted demasiado nervioso». Daba vueltas conmigo por la plaza, sus pequeños pies sorteando el ámbar de las botellas rotas. Yo hablaba sin parar.

—¿Ha leído usted la tesis de Maravillas Gea? Cuéntemela, deprisa. Dígame: ¿explicaba lo que es una desaparición?, ¿qué ocurría con el tipo de origen portugués?, ¿había números, fórmulas, había pruebas?

Ella me acogió con ironía.

—Los números, como sin duda recuerda, son maneras de llamar al paisaje. Podemos describir la altura de una tapia mediante el número de sus metros o bien comparándola con la de un caballo puesto en pie. ¿Por qué se fija en los números, Sergio? ¿Qué le preocupa?

Hay preguntas que desconocen su contenido bárbaro, su ambición de tormento: ¿qué me preocupaba? Tú me preocupabas, pero cuando iba a confesarlo tus ojos crecían igual que surtidores de fuentes, velando los míos, y

cómo decir: «Temo, doña Elena, perder a quien evito, temo no saber esconderme de quien más quiero».

—Maravillas —expliqué— prometió ayudarme a cambio de que yo la ayudase y parece que se ha vuelto atrás.

—Maravillas es una persona difícil —dijo, algo turbada, doña Elena—. Cuando empezó la tesis, cambió su modo de ser. Poco después de que la abandonase, dejamos de vernos. —Me miraba fijamente. Se había sonrojado y parecía querer cerciorarse de mi orfandad, comprobar hasta qué punto sus palabras me eran imprescindibles.

—No quisiera incurrir en una falta de discreción —prosiguió—. Sólo le diré, porque entiendo que usted tiene un problema parecido, que Maravillas no ha encontrado aún lo que buscaba.

Doña Elena se detuvo. De sus ojos brotó un agua suspendida.

—Y yo no puedo esperarla más.

Era Elena Morales un centro en aquella plaza, haces de radios convergían en sus hombros menores y su elegante abrigo.

—Lo siento, pero tengo que irme —se disculpó aquel espíritu convaleciente. Pero enseguida tomaba aliento—: Le felicito por su último informe —dijo con una rara tranquilidad.

Besé su mano de rayo de luna, la vi partir.

Se habían perfilado las hazañas, Brezo. Se habían cometido todas las hazañas y ya sólo cabía esperar el asombro o la muerte. Yo no quiero destruirte. He contemplado el aire frío de mi esperanza. Me golpearás en la espalda como lluvia, igual que la alta lluvia del mes de enero caerás sobre mi nuca y querré morirme allí, porque soy débil, porque soy un individuo oscuro y solitario y me pervertiría, y me derramaría sobre tu cuerpo hasta quedar deshecho, reguero azul que en la mañana se pierde. Una pulmonía intensa y mi cuerpo desnudo convertido en charco, mi cuerpo tendido sobre el césped

verde y húmedo, esto te puedo ofrecer. Y por eso, Brezo, no secundo tus sueños. Y por eso huyo de la felicidad.

Doña Elena se alejó por el callejón del Gato, pero fue como si Brezo hubiera venido corriendo a relevarla. El centro de la plaza lo ocupaba Brezo; ella sujetaba los radios, sin pedirme ayuda. Y las hojas de un otoño perdido enredaron los bajos de mi gabardina.

Entré en un bar para seguir bebiendo café con sabor a ginebra u otro alcohol capaz de empujarme lejos de mi conciencia. Y aunque pedí un bocadillo que me ayudara a cruzar las últimas calles, hubiera preferido no comer, no pronunciar palabra, ser quien no se concreta nunca y se recuesta contra las esquinas, rememorando solo, paladeando esa lentitud que tu cuerpo me daba, mientras un fondo insobornable de tristeza dice que voy a perderte, dice: los sentimientos caen igual que faldas desabrochadas de mujer.

Pasó por el aire una lluvia rápida, gotas sueltas para encerar los brotes de los árboles. El fin de semana avanzaba brillante y nuevo, era el tren de la fresa y allí se montaban los niños y los oficinistas, los novios y los ancianos de guayabera clara. Yo no me fui con ellos. Brezo, yo no compré un boleto para invitarte, sino que abandoné la ruta animadísima, me dirigí a la calle del Príncipe y entré en el gabinete. Como todos los viernes por la tarde, estaba desierto. Sergio Prim puso entonces su corazón en una manivela y escribió: «Quisiera ser un héroe, morir asesinado en la bahía de Karakúa, pero no sin antes haber descubierto la costa oriental de Australia, como James Cook. Igual que Mungo Park, ahogarme en el río Níger, pero después de haber descrito su curso. Quisiera partir, desvanecerme, mas habiendo fijado la latitud de un nombre, sus volcanes y lagos, y sus muchas especies de plantas y su clima.

Quisiera ser el ejemplo consumado, la bengala encendida y perdida para ver cómo arden las demás».

Os diré cómo he ardido. Diré que desde aquel último viernes del mes de enero mis manos no conocen otro cuerpo que estas vanas cuartillas silenciosas. Hacen revoluciones en el exterior, ponen y quitan zares mientras yo pienso en mi Zembla y encanezco deprisa. Diré que nunca dije adiós a Brezo, sino sólo a una voz sustraída por la marea del orgullo. Diré cómo he sabido que la Esfumada no aguarda ya estas líneas indóciles, y cómo, sin embargo, mi discurso aún se inclina a la segunda persona, quiere hablarte de un cuadro: *El geógrafo*, de J. Vermeer. ¿Lo recuerdas? Una luz de ventana deslinda la penumbra de la habitación. El geógrafo se vence sobre el mapa extendido. A su espalda, en lo alto del armario, puede verse la bola del mundo. Lo que más nos importa, no obstante, es el oscuro interior en cuyo centro el rostro del geógrafo se vislumbra pálido: toma el claror de la ventana, se diría, pero quien mira el cuadro, y yo lo miro, sabe que el claror le llega de muy lejanas latitudes, pues el geógrafo alberga latitudes nacientes, despejadas, en su cuarto tan oscurecido. Sobre un pupitre el geógrafo despliega lagos con aurora, y es su tesoro y es todo lo que ahora, amiga, voy a darte.

A las ocho de la tarde las mujeres de la limpieza trocaron sus ropas ajustadas en batas azules. Yo las saludé cuando entraron, pero no me moví. Se fueron primero por el edificio, luego trasegaron en mi misma planta, en mi misma sala, y otra vez sus ceñidas chaquetas de punto, sus blusas de flores. Oí su algarabía mientras esperaban el ascensor. Si no me hubieran visto, si al menos al entrar no hubieran acusado mi presencia bajando la voz. Torpe figura mía que existes a todas horas: ¿adónde se habrá ido el caballero portugués? Que venga con su caballo, quiero verle venir. Maravillas, psicóloga inclemente, tú que aturdiste mi mente con esperanzas grandes acude ahora porque Sergio permanece aquí, y no consigue dejar atrás el espacio como uno de esos alambres de pinchos que sorteábamos en la infancia, y no puede tampoco mantenerlo galantemente bajo para que lo salte Brezo.

Alcé los ojos, busqué la manivela, busqué auxilio. Fuera, una nueva ráfaga de lluvia caía, y yo sentí que entraban sus gotas para anegar mi espíritu melancólico. La manivela no abandonó su condición de metal recortado, era de nuevo una pieza pequeña y compacta que no me amparaba. En la calle se oían los tacones de la realidad. La actriz había estrechado su cerco negándome esos distritos mínimos, trozos de falleba, de alicatado, de sombra, donde tan a menudo me escondí. «El trozo de tela del abrigo del hombre que va en el autobús es el trozo de tela de su abrigo —dijo—, y no está hueco, y tú no desapareces cuando fijas allí tus ojos.»

Mala actriz, la increpé, he mirado tantas veces esos trozos como quien frota lámparas de Aladino, esperando que el espacio se abriera y me tragara. Mala actriz, esos trozos se parecen al fragmento de lava que recogió el turista para

probarse el día en el volcán; son especias traídas de las Indias porque las Indias existen. Mala actriz, basta de soledad, basta de que mi sensación de estar con Brezo la interrumpen tus encargos. Yo, realidad, visité con mi amada lechos, casas, jardines en donde siempre estabas tú. Mas ahora penetraré con ella en el espacio curvo, padeceremos juntos un desmayo de la razón: el pensamiento se retira y de pronto ya no hay ensueño sojuzgado sino hueco: controversia del aire con el aire. He aprendido que, como una red ferroviaria, existe una trama de sensaciones. Líneas secretas comunican mi emoción delicada con la turbia cintura de Brezo, su cintura que otro pudiera besar en este instante, no importa. El hueco huye de las corrientes del tiempo, ignora las ranuras de los buzones, los mensajes inoportunos en el contestador. El hueco nunca impone una visita. Le basta con saber que durante los insomnios se entrecruzan celdas, habitáculos, y también a lo largo del día el ensueño se mueve por un panal de cuartos suspendidos. Con silenciosos golpes llama Sergio Prim, y una tarde empuja la puerta, y al fondo, gata dormida sobre el sofá, descansas tú, Esfumada, y abres los ojos, y te alegras de verme.

La noche se había filtrado por las persianas cerradas: negra sala de máquinas, quietos y mudos bultos de los ordenadores, papeleras vacías como pozos en la esquina de las mesas. Superficie privada de sentido, cuántas oficinas sin nadie, cuántos edificios deshabitados, huecos, durante el fin de semana en la ciudad. Y pensé en nosotros, en todos nosotros, muchachas de terciopelo, hombres que tienen un soplo en el corazón: óigan me, haremos que se establezca un itinerario paralelo. Hombres y mujeres débiles ocupando durante la mañana las casas abandonadas por sus moradores para ir a trabajar, y de noche durmiendo en oficinas, en tiendas cerradas, en los grandes palacios de correos con sus naves de paquetes detenidos; hombres y mujeres débiles habitando en invierno las urbanizaciones huecas de ciertas playas; oyendo la radio en los coches vacíos de los aparcamientos. Hombres y mujeres con el horario cambiado: nunca nos lo consentirían.

Se abrió una sombra lechosa en la habitación; el viento había destapado la luna. Me pareció que, en vez de asfalto negro, había bajo la ventana mimbres de color escarlata. El viento borró la luna y te borró porque tú te marchabas, porque yo no iba a acompañarte, pero al menos debería explicarme contigo por escrito, aunque no fueras tú la destinataria de mis folios —tú, ya lo sé, detestas las excusas—, sino ustedes, los ocultos, mi delicada pléyade de introvertidos.

Envuelto por la claridad azulada de un flexo, frente a las pequeñas luces del ordenador, Sergio pilotaba la avioneta que no habrías de tomar, oh, mi esfumada. Apreté la orden de imprimir cuantas anotaciones tenía escritas de los meses pasados y bajé a despejarme porque, en la cabeza, algo me dolía, un rumor en las sienes, el denso chasquido del tren que te alejaba. Cuando regresé sonaba todavía el lamento de la impresora, y la vida era como un ciervo que, improbable, bramara dentro de un edificio de oficinas, deshabitado, oscuro.

Al día siguiente huí, cazador furtivo, escapé de tus ojos casi transparentes, salí temprano y vine a instalarme en El Buey Escarlata, ese animal inventado, esa zona profunda de mi pecho, este espacio que se alza sobre sus cenizas, sobre mimbreras lentas. En la cartera llevaba todas mis notas, y en la maleta, envuelto por mi gabardina acolchada, un ramo de billetes, cifra de mi disipación y mi locura. No hubo tren esta vez, no hubo taxi luego sino un solo pensamiento obsesivo, cuándo te llamaría, Brezo, con qué palabras desgraciadas y tiernas confesaría mi infamia, mi viaje exento, por fin, del apremio de tu cuerpo: Sergio Prim en una estepa, solo, vedle cómo penetra en la espesura de un bosque cuando ya no hay bosque.

El muchacho de ojos azul abusivo recogió el equipaje mientras cierto individuo calvo sonreía satisfecho de mi petición de quedarme hasta el final de abril. Las mimbreras no habían terminado aún de verdecer, los últimos bordes color solferino ondulaban a ras del valle. Descolgué el teléfono, pero no para llamarte, sino para grabar en el contestador de la psicóloga estas palabras: «No se resigne».

Los bultos de mi equipaje eran, junto a la cama, fósiles, huellas de concha o caparazón. Me parecía que una prehistoria de glaciaciones se hubiera encargado de ponerlos ahí, para sellar un pacto, para rubricar un destino. Y Sergio, que aún no había separado la mano del teléfono, volvió a levantar el auricular.

—¿Estás en Cuenca otra vez? —Así me desconcertabas.

—¿Cómo lo sabes?

—Alguien te vio camino de la estación de Atocha. —Y tu voz sonaba

serena, sonaba no triste—. Llamas para despedirte ¿no?

Como quien con el mechero ilumina una escalera a oscuras tú extendías las palabras, remediando mi torpe vacilación. Pero, en el último momento, ibas a enfadarte conmigo.

—¿Qué vas a hacer con tu tiempo, Sergio? ¿Para qué lo vas a usar?

—Para buscar un punto que lo disuelva y quedarme en él. Otros vendrán. Otros habrá que acoten su latitud, su geografía.

Oí que se cerraba la puerta de una casa. Sonó luego el golpe vibrante de la puerta de tu portal, el tráfico de bocinas, y pude distinguir la voz de la mujer que, en los aeropuertos, anuncia los vuelos y llama a los pasajeros.

Pantera herida, una tarde de junio, hace ya muchos años, te quedaste mirando el jardín del canal de Isabel II. Explanadas de césped verde. Me recuerda, dijiste, al colegio donde iba a pasar los veranos. Se te llenaron los ojos de caballos ingleses, Brezo, y al fondo vi una biblioteca forrada de madera, una bandeja con el desayuno, mermelada de naranja, sol. Pensé en decirte: «Hazme un hueco en tu pasado». Las edades perdidas del otro, sin embargo, no nos pertenecen; jamás conoceré la materia prima de tu nostalgia, el domingo tapiado de canciones, la cara del amigo que llamó por teléfono. El pasado no puede ser tocado y el futuro es una conjugación aguda y áspera: yo me equivocaré, tú viajarás, ella nos perseguirá, nosotros tropezaremos.

Hace cuarenta días que estoy en El Buey Escarlata. Y ya ha pasado una semana desde que recibí tu carta hablándome de un amor mal curado, un *pelotari* vasco que vivía en tu misma residencia de Helsinki y ahora vive contigo. La realidad es demasiado eficiente, demasiado hacendosa y vengativa, pero ya no puede herirme. Ni ella, ni las circunstancias, ni las personas entrometidas ni esas otras que pasan por el salón de El Buey, ni el curso de la vida, ni mis limitaciones, ni mi error, ni la desgracia, ni el tiempo, ni tampoco tú, ni siquiera tú, Brezo apresurada, ni siquiera tú con tus contradicciones, podréis destrozar la cristalería de mi sueño, mover la más pequeña figurita, modificar la asombrosa historia de Sergio Prim, lo que hizo con tu cuerpo cuando te desfallecía, y tú temblabas, loca, y yo recogía tu temblor: ¿en qué se distinguen diez segundos de diez millones de años?

Salgo poco. A veces doy un lento paseo por la plaza, a veces miro el valle desde la iglesia. Almuerzo con los demás huéspedes y después veo las noticias en la televisión. Puedo, no obstante, dejar de verlas durante dos o tres días y sé que este simple gesto premeditado irrita a la realidad. Porque ella, como te dije, es una actriz, y mis manías la obligan a esmerarse. Si de vuelta de mi aislamiento resuelvo entablar una conversación, se producen cortocircuitos, yo ya no estoy en el vocabulario de los otros, mi cabeza no contempla los recientes enfrentamientos bélicos o el tren descarriado ayer en Extremadura. Tiene, Brezo, patas de gallo la realidad. Tiene vísceras corrientes, lacias mejillas que el celuloide no refleja. Su vida, en fin, depende del proyector que suena como lluvia, de la oscuridad de la sala, de la corriente eléctrica. Y hay tantos cines, Brezo, y es tan raro que mis imágenes

coincidan con las tuyas. ¿No te das cuenta de que si yo digo árbol me figuro un pino mediterráneo mientras que tú ves abetos? Yo digo tren y escuchas Talgo rojo, mas yo en verdad decía el antiguo expreso de Lusitania. En medio de este azar, bajo las sombras de esta honda extrañeza, alguien apaga el confuso exterior: me retiro y tu imagen se tiende sobre mí como un párpado, y esto es más real, amiga, que toda suma de susceptibilidades.

Pero han surgido problemas, insignificancias. La otra noche, en la cena, tuve que padecer la curiosidad de un matrimonio de veterinarios. Querían saber a qué me dedico. Soy un hombre reservado, Brezo, pero no sé negarme. Una vez hube terminado de explicar mi proyecto, arremetieron contra mí. Realidad, santo cielo, qué vulgares son tus tropas. Traté de hacerles ver que el presente no es sólo esta sucesión de cuerpos pesados con su carne y sus huesos, cubos y esferas, líquidos y sólidos. El presente es, sobre todo, magma sutil, volutas de pasado mezcladas con futuro, de imagen confundida con sentimiento. Giran partículas envolviéndome, me rozan ondas de voz de la Esfumada, vivo dentro de un remolino brillante y pálido. «No puedo demostrar que la verdad científica deba concebirse como verdad válida independiente de la humanidad», dijo Albert Einstein. Pero ese matrimonio ignoraba que las ideas abstractas son territorios emergidos, como también la pintura, los libros, la imaginación. Ese matrimonio era un ente práctico con la doble risa abombada y dos pares de manos gruesas. Sus miembros, expertos en hojaldres de dátiles con bacon, me hablaban de trámites administrativos. «¿Has pedido la baja?», preguntaban tuteándome sin respeto, o «¿Crees que te conservarán el puesto?». Me retiré de la mesa y algo debieron de contarle al individuo calvo porque él, desde entonces, sospecha de mí. Esta misma mañana, cuando he ido a pedirle que ampliara mi reserva un nuevo mes, me ha obligado a pagárselo con antelación. Ni siquiera he protestado. ¿Habré de confesarte que ciertos asuntos ya no me interesan? He cerrado las cortinas, me he sumido en una penumbra plácida. Amiga, la penumbra es un derecho, exijámoslo. Conozco gentes

arrogantes que van pidiendo sol, que en las habitaciones oscuras encienden focos. Gentes de piel bronceada y juventud: vivan ellos bajo el espectro blanco, deslumbrante, no se escondan ellos, mírense con lupa bajo los fluorescentes. Pero que no me nieguen mi penumbra. Mis sombras indecisas. Porque quiero mi vida en blanco y negro, siluetas que prometen cuerpos posibles, todos los cuerpos; quiero una estancia en penumbra para limpiar rasguños y cicatrices, para sumar indicios, figuras, brillos, perfiles, franjas. Quiero, Brezo, el albedrío de oscurecer. Mi cuarto se nubla. El contorno indeciso de mi mano limita con su sombra que en la tiniebla avanza y se funde con la tiniebla menguada y venida de tu sombra, pareciendo no tener fin.

He pedido consejo al individuo calvo sobre el mejor modo de hipotecar mi apartamento, pues aún no he terminado de pagarlo y el banco llegará a Alnedo con sus recibos. No ha querido dármelo; asegura que estoy loco, claro que él tampoco debe de estar cuerdo, y por eso descuida su negocio animándome a volver a Madrid. Dice que es locura hipotecar la propia vivienda, y yo entonces le explico que no deseo un apartamento sino un sitio, porque no es posible dar la talla siempre, y para algunas personas resulta sumamente complicado. También le digo que en algunos lugares el espacio se comba igual que la madera con el frío. Él escucha, pero sólo siente curiosidad por conocer las señas de mi oficina, y me pide teléfonos de familiares, referencias. Un día estuve a punto de darle tu dirección, mujer alejada, aunque de pronto pensé que no me gustaría notar cómo las manos del *pelotari* vasco tocaban mi nombre escrito. Un detalle, en fin, trivial, que ya no me hace daño.

Se han ido pasando las horas de tristeza, Brezo, se ha hecho el dolor cada vez más tenue. No sé a quién he de agradeceré. No sé qué hubiera podido ocurrir si el dolor fuera una cifra constante. Si tu figura no hubiera menguado cada vez, no sé cómo habría podido llegar a esta página. Y esto es un cántico. ¿Puedes oírlo? Brezo ausente, háblame de las cosas inútiles. Dime: ¿era inútil el hueco, era inútil buscarlo, o era inútil soñar en tenerte conmigo? Mujer, a medida que se derraman las horas siento un frío de fresa, yo siempre odié la fresa, esos chicles rosas, el sucio sabor de los polos, los yogures y los helados. Yo soñaba con la frescura de la menta que no tuve y eras tú. El frío de la menta parece estarse siempre yendo, como si un viento lo empujara.

Pero no me gustaría que te preocuparas por mí. De sobra sé que el hueco no

es inútil. Si pierdo mi trabajo, intentaré vivir a su costa. He pensado escribir al profesor Niewicz ofreciéndole un ciclo de conferencias. Me han hablado de un físico británico, Paul Dirac, que investigó la existencia de ciertas nuevas partículas: los positrones o «*huecos* en un mar de energía negativa»; tal vez pueda ponerme en contacto con sus discípulos. Y, en último extremo, siempre cabe la posibilidad de afincarse en una manivela. Todo, ya te lo dije, es cuestión de escalas. Ante el trapecio que forma el reflejo del vino en el mantel, un hombre aumenta su escala y paralelamente reduce la escala del reflejo; se produce entonces un ámbito translúcido, rosado, y el hombre puede morar allí. Si sobre un atlas abierto en la página del mapamundi dejases caer un trozo de corteza de pan, verías, Brezo, temblor, extravío, descarrío de mi alma, que ocupa lo mismo que Dinamarca.

Ah, pero hay audaces que afirman que Brezo jamás existió. Yo tengo pruebas, por supuesto: su aroma impregna, definitivo, el borde de mis solapas. Pero ¿por qué debo probarlo? Y, probándolo, ¿qué conseguiría? ¿Es que se ha determinado ya la diferencia entre las ideas de los sentidos y las ideas de la imaginación? Si es así tengan, por favor, la bondad de decírmelo. Explíquenme cómo saber si el entendimiento entre dos personas —dos almas— existió o fue criatura de la mente nada más. Si es así que lo nieguen todo, de acuerdo. Que nieguen incluso que yo existo. ¿Existo o no existo? ¿Existo o soy una creación de esa mujer de cuello largo, esa que estaba sentada en el sillón de orejas que heredó de sus abuelos cuando todo empezó? ¿Pero qué fue, qué fue lo que empezó?

El individuo calvo me mira de soslayo; la muchacha prerrafaelita insiste en que le muestre una foto tuya. El desenlace, Brezo, es inminente. Uno de estos días, cuando baje a desayunar, me encontraré con ella —la sombrilla roja, los tacones altos—, rodeada de maletas y bolsas de piel. Paseará los ojos por el recibidor, buscándome. Sergio Prim se ha ido, le dirán las paredes y los cristales y los árboles. Sergio desapareció, como hicieron los soviéticos, un día, como ha desaparecido la RDA; como desaparecen los cines, los sentimientos —yo la quise, se oye decir—, y hay repúblicas crueles y terribles donde a los muertos les llaman desaparecidos. Brezo, aunque la realidad me busque, no podrá dar conmigo. Para esconderse, ahora lo entiendo, conviene elegir el sitio donde nadie supondría que nos íbamos a esconder. Ser como la carta robada, cambiarnos la dirección del sobre, el color de los sellos, darnos la vuelta pero permanecer en el tarjetero, delante de todos, al frente de las

cosas, ahí donde nadie supondría que nos íbamos a esconder. Y así yo, desde la primera letra, sigo aquí, no me he movido. Al fin cambié la escala y vine a quedarme en este poliedro iluminado. Doscientas trece páginas rectangulares con inscripciones impresas, y entre cada palabra, y al borde de cada letra, un intervalo, un hueco. Alza la mano y verás cómo el espacio se detiene.

**Belén Gopegui** (Madrid, 1963) En 1993, la editorial Anagrama publicó su primera novela, *La escala de los mapas*. Le siguieron, entre otras, *Tocarnos la cara* (Anagrama, 1995) y *La conquista del aire* (Anagrama, 1998), adaptada al cine en 2000 con el título *Las razones de mis amigos*. En 2001, publicó *Lo real*; en 2004, *El lado frío de la almohada*; en 2006, se estrenó la pieza teatral *Coloquio* escrita en colaboración con Unidad de Producción Alcores. En 2007, publicó la novela *El padre de Blancanieves*; en 2009, *Deseo de ser punk* y en 2011, *Acceso no autorizado* (Mondadori). Sus novelas han sido traducidas a numerosas lenguas.

Edición en formato digital: septiembre de 2012

© 1993, Belén Gopegui

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S. A.

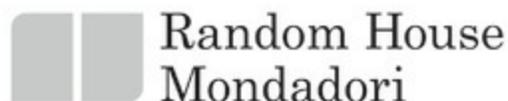
Ilustración de la cubierta: Marta de Gonzalo y Publio Pérez Prieto

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9989-946-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)



Consulte nuestro catálogo en: [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre [Random House](#), división editorial de [Bertelsmann AG](#), la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y [Mondadori](#), editorial líder en libros y revistas en Italia.

Forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents, Sudamericana y Conecta.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47–49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Madrid:

Agustín de Betancourt, 19

28003 MADRID

España

Tel.: +34 91 535 81 90

Fax: +34 91 535 89 39

Random House Mondadori también tiene presencia en el Cono Sur (Argentina, Chile y Uruguay) y América Central (México, Venezuela y Colombia). Consulte las direcciones y datos de contacto de nuestras oficinas en [www.randomhousemondadori.com](http://www.randomhousemondadori.com).

